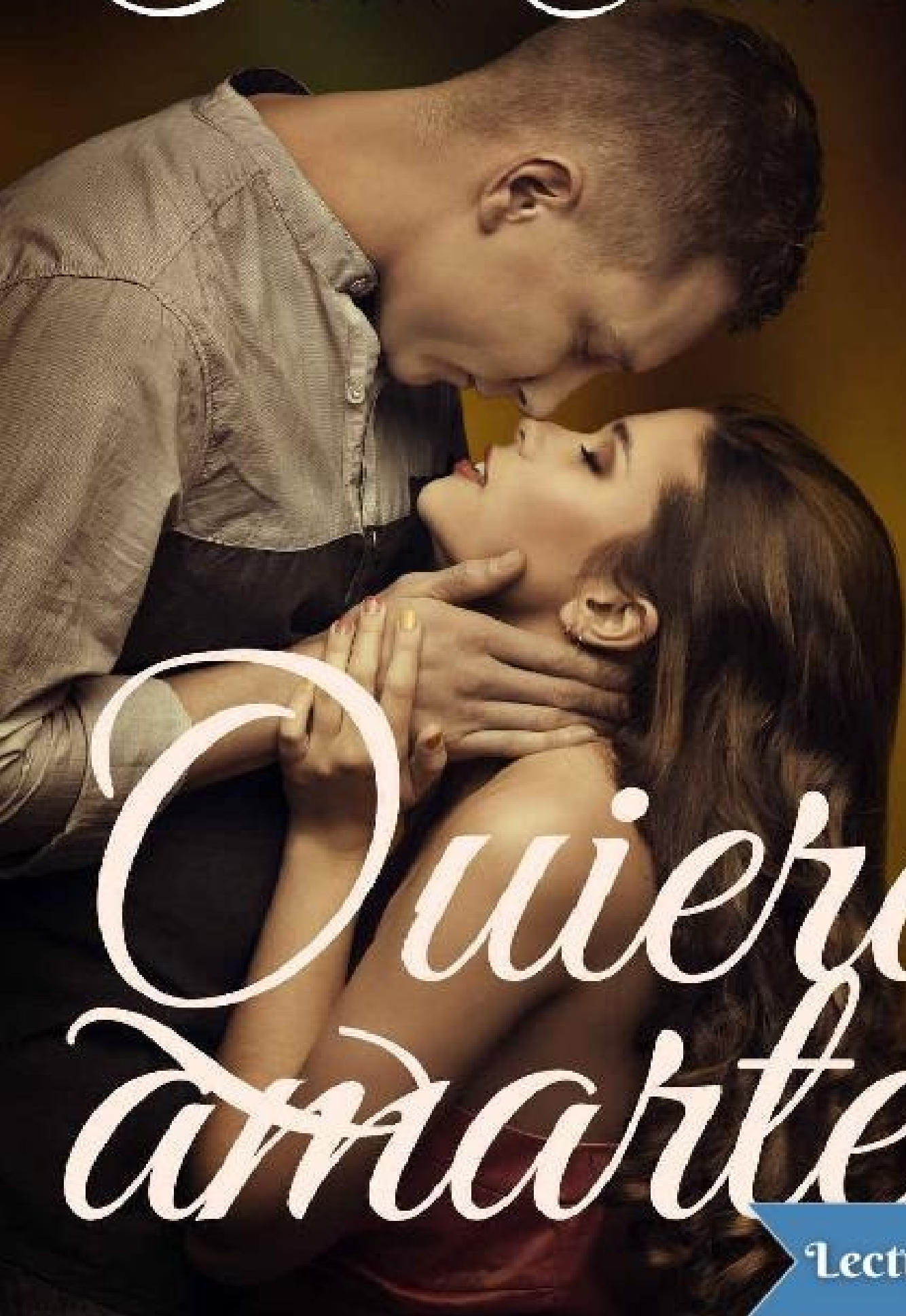


Tina Casado



*Quiero
amarte*

Lectulandia

Quiero amarte

Título: Quiero amarte

Autor: Tina Casado

Es una obra de ficción, los nombres, personajes, y sucesos descritos son productos de la imaginación del autor. Cualquier semejanza con la realidad es pura coincidencia.

Capítulo 1

El reloj en el aeropuerto le recordó que hacía tan solo dos minutos lo había examinado por última vez, y pesar de que eran poco más de las dos de la tarde, Willa Kinnaird ya se sentía visiblemente cansada de esperar. La paciencia ese día en particular la había abandonado. Cuando por fin se hubo bajado del avión que la trajo desde Inglaterra hacia su nuevo hogar en América, quedó boquiabierta por el caos reinante a su alrededor, también fascinada por la escena, y por un tiempo que le pareció interminable, quedó inmersa por el balbuceo de la diversidad de idiomas y toda aquella nueva vestimenta.

Ya sabía ella que en los viajes por lo general siempre estaban marcados por bastante ruido y algo de confusión, pero eso unido, a que en aquella oportunidad para la chica en ningún modo representaba ser un viaje de desahogo, placer o romance, la mantenía en relativa rigidez. Como pudo consiguió donde sentarse a esperar a que su hermano mayor la recogiera en el aeropuerto, pero la espera ya llevaba poco más de treinta minutos y el vuelo había sido del todo puntual. Cuando iba a levantar de nuevo sus ojos al reloj, se sujetó a toda la disciplina aprendida bajo la tutela de sus tíos en Escocia, y alisó los pliegues de su falda, suspiro varias veces mientras sentía que sus manos estaban sudadas, y comenzó a preguntarse qué le habría ocurrido a Ian.

Estaba aterrada y llena de pánico.

Esperaba con ansias que el dilema en su interior disminuyera lo suficiente como para que su hermano no se diera cuenta tan pronto, o por lo menos para que no comenzara con demasiadas preguntas. Para Willa ya era suficiente con haber tenido que salir de su hogar casi a la carrera y en contra de su voluntad, ¡y todo por una deuda de su padre! Que en paz descansa sí, pero el hecho de que estuviera muerto no disminuía su responsabilidad en el desastre, y el hecho de que con su muerte también hubiera arrastrado dos metros bajo tierra a su madre con él, eso no lo convertía en menos hijo de puta. La había dado como parte de pago de una deuda entre familias, una deuda de valor incalculable, en pocas palabras estaba vendida, y sus tíos –por parte de mamá- la habían ayudado a escapar sin importarles las terribles consecuencias que traerían sus acciones en contra de ellos.

Por los parlantes anunciaron que el vuelo con destino a Francia partiría en pocos minutos, y algunas personas comenzaron a recoger sus bolsos y pertenencias, otros caminaron con mayor rapidez en busca de algún acceso. Una pareja con dos niños se despedía en ese momento, y el caballero de traje se agachó para darle un beso en la mejilla a una niña no mayor de cinco años, la mujer tenía la mirada triste. Willa se giró un poco y observó un par de adolescentes con vaqueros desgastados que iban cogidos de la mano y caminaban hacia las puertas de salida del aeropuerto. La mirada de ella se extendió a través de los cristales con la esperanza de ver algún rostro conocido, pero no tuvo suerte.

Era sin duda una cuestión de suerte, que ella se encontraría allí en ese momento y no en brazos de un desconocido desalmado, si porque eso era precisamente Alec Buchanan, un hombre terrible, despiadado y desalmado, lo mismo que fueran todos los antepasados de su clan y el hecho de que se encontraran en una época mucho más moderna, no les redimía de sus pecados, su predecesor era una sombra oscura de muerte pisándole los talones y según Willa, así eran todos los Buchanan, todos sin excepción. Además de que tenía una fama de ser todo un salvaje el tal Alec, aunque ella no lo conocía en persona, daba fe a todas las historias contadas por sus tíos y demás familiares, simultáneamente tampoco en las montañas eso era representaba ser un secreto.

Willa se levantó y se dirigió al tumulto de gente que estaba casi en la salida del aeropuerto, habían pasado tal vez otros veinte minutos más, y la cabeza le daba vueltas de tanto pensar y definitivamente no quería hacerlo en ese momento. No creía que su hermano se hubiera olvidado de que ella llegaba ese día, pero le preocupaba el hecho de que le hubiese ocurrido alguna cosa, hasta que divisó su nombre escrito con letras azules en un cartón que se movía por encima de algunas cabezas. La chica casi que echó a correr en su dirección, tuvo que abrirse paso entre muchas personas en medio de quejas y una que otra palabra que no comprendió, y cuando finalmente estaba cerca se detuvo en seco. Aquel hombre no era Ian Kinnaird.

Era un hombre escuálido.

De rasgos definidos pero escuálidos al fin. Willa le calculó unos cincuenta y tantos años. Llevaba barba y bigote espeso casi blanco, sus ojos hundidos bajo unas

cejas también pobladas y blancas, eran de color café. Le recordó alguna caricatura de papá Noel de alguna manera, exceptuando tal vez que le faltaba el cinturón negro y su feliz panza, además de eso todo hacía juego con la descripción, del desconocido que se encontraba ridículamente con los zapatos de cuero negro brillantes de puntitas para que pudiera tener mejor visibilidad el letrero que se leía: **Willa Kinnaird**.

Agitó la mano sobre su cabeza y el hombre estrechó el espacio que los separaba en un par de segundos. Por lo menos el hombre era bastante ágil para su edad, pensó ella divertida.

— Soy Willa Kinnaird. — dijo de inmediato. Descubrió que era un poco más bajo que ella.

— Lo supuse — el hombre le dirigió una mirada de arriba abajo y sonrió. A Willa le parecía complacido. — tiene los mismos ojos que su hermano Ian, son verdes como los pastos en primavera, por supuesto que no puede negarse su parentesco. Me llamo Tom, Tom Anderson y estoy aquí para servirle.

Luego de mirar con rapidez alrededor de la joven, se dirigió de nuevo con preocupación.

— ¿Dónde se encuentra su equipaje?

— No traigo equipaje señor Anderson...Solo este pequeño bolso me acompaña por ahora. — confesó en tono casi inaudible.

En realidad, no era normal que no trajera consigo ni siquiera una muda de ropa viniendo desde tan lejos ¿cierto? desvió la mirada evitando así cualquier pregunta que no estaba dispuesta a responder.

— Su hermano me encargó de venir a recogerla. — dijo de pronto mientras se ponían en marcha y cruzaban las puertas al exterior. — Algo sobre una reunión de negocios importante, pero no se preocupe señorita Kinnaird, todo está preparado para su llegada. Yo soy amigo de su hermano, trabajo en la casa de los Astor desde hace casi treinta años, soy personal de confianza y puede llamarme Tom desde ahora.

— Se lo agradezco, usted puede llamarme sólo Willa también desde este momento. — Ella le sonrió. El pequeño hombre le resultó además de amable simpático.

Durante el viaje a la casa le habló sobre el clima en la gran ciudad, sobre el tráfico y lugares interesantes que debía visitar en los próximos días. Se enteró de que el señor Astor además de ser el dueño de la casa era el jefe de su hermano y grandes amigos, que había enviudado hacía menos de dos años. Había sido un atentado en un coche y pensaban que el señor se encontraba con su esposa dentro del vehículo en ese momento. Desde luego, el informante era muy allegado a la familia, pero el señor Nick se había atrasado más de la cuenta en la oficina y surgió algo a último minuto, por lo que la esposa se fue sola de la compañía en dirección a su casa. Por suerte el único niño de 5 años se encontraba en casa con la niñera para el suceso.

— La desgracia ha hecho lo suyo con los Astor por estos tiempos — dijo con

cierta pesadez, mientras Tom sacaba del tráfico el Mercedes Benz del año y entraban en la vía rápida. — primero fue el padre de Nick, el amo de todo, ya de por sí llevaba varios años solo, pero el corazón hacía otros tantos que estaba dándole que hacer, y no le tomó la menor importancia. Él no lo atendió o por lo menos eso dijo el médico que lo vio por última vez. Tenía solo 62 años, relativamente era un hombre joven y se veía del todo muy saludable. Llevaba la empresa cervecera sin nada de esfuerzo, eso se lo aseguro. Viajaba de aquí para allá por todo el mundo, tenía oficinas y plantas en más de once países y un negocio fructífero en sus manos, pero eso fue todo. Así que el joven Nick luego de eso tuvo que asumir toda la responsabilidad y su esposa hizo un buen trabajo de apoyo, ya lo creo que sí, Eleine siempre fue mi pequeña damita, era una mujer de todo corazón, bondadosa y llena de vida.

— Cuanto lo lamento, Tom. — dijo Willa desde el asiento de atrás. Se sentía confusa y muy conmovida con la historia.

Se enfocó en el pequeño, ahora huérfano de madre. Se dio cuenta de que no sólo ella tenía problemas, Willa que creía que su problema era el más grande de todos se inclinó a pensar en ese instante que estaba siendo muy egoísta. Debía de dejar el pesimismo de lado, tal vez la vida de nuevo le sonriera y al final le esperara un brillante futuro en el nuevo hogar, en el nuevo país, y sin embargo... sus pensamientos no se apartaban de sus tíos, en el peligro que correrían cuando los Buchanan se enteraran de que ella no había cumplido con el tratado. ¿Serían capaces los Buchanan de lastimarlos? Sacudió su cabeza y buscó los ojos de Tom por el espejo retrovisor.

— Parece que usted apreciaba mucho a la familia Tom, en verdad lamento tanta tragedia.

— Son cosas de la vida mi querida señorita. Conocía al señor desde mi juventud, siempre me mantuve a su lado...

Willa perdió la noción del tiempo absorta por completo en la conversación, pero creía que habían permanecido bastante en el vehículo, y de vez en cuando admiraba el paisaje. Hacía muchos kilómetros que la ciudad quedó olvidada a sus espaldas. El cielo estaba despejado, las nubes eran níveas y el sol se reflejaba danzando en el asfalto a medida que avanzaban por la autopista. De pronto tomaron un nuevo camino en dirección a la montaña y el mismo se estrechó con rapidez a medida que las sombras de los árboles se alargaban cobrando vida. Willa recostó la cabeza a la ventanilla unos minutos que le parecieron interminables.

— Hemos llegado señorita Willa. Bienvenida a la residencia familiar Astor. — anunció con un gesto.

Al abrir los ojos pestañeó un par de veces.

La entrada era larga y estaba flanqueada por dos enormes pilares de piedra gris. Los arbustos perfectamente podados, se extendían a lo largo del sendero sobre un manto alfombrado de hierba que vestía las colinas con majestuoso verdor, y se desarrollaba hasta donde la vista de Willa alcanzaba apreciar. La imagen solo podía

haber salido de un lienzo, pensó ella maravillada. Era real, era hermoso.

El camino era zigzagueante hacia la majestuosa casa de cuatro plantas, Tom bordeó despacio la mansión. Las columnas principales eran de piedras, pero se notaba que había sido remodelada ya que no conservaba un aspecto antiguo ni desgastado. Era un estilo propio, genuino y muy moderno. Los ventanales que circundaban la casa eran inmensos y todo el interior quedaba expuesto a pesar de que el vidrio era de un tono ambarino, al igual que las puertas ventanas en la parte superior. Willa se preguntó que habría en el último piso, tal vez una terraza con piscina, esa parte de la casa no se encontraba techada, una estructura tubular, moderna y en bronce le brindaban protección enmarcándola de punta a punta. Seguramente todo eso valdría una fortuna, sentenció con los ojos abiertos como platos.

Tom se echó a reír al ver que la muchacha aún no se daba cuenta de que él ya había apagado el motor. Estaba enganchada por la admiración.

— Aún no conoce el interior de la mansión, señorita Willa. Guarde un poco para después.

— Como si eso fuera posible... — murmuro por lo bajo. Luego y sin esperar que le abriera la portezuela, saltó al adoquinado mirando estupefacta las puertas dobles de la entrada.

Con muchos nervios se dedicó una mirada rápida a través del reflejo que brindaba le cristal del coche. Su rostro parecía severo con su cabellera roja envuelta en una malla negra que descansaba en la nuca. No llevaba aretes de ningún tipo ni ningún otro aderezo. Alisó su falda de pliegues, se recordó también que ese día lo había hecho un centenar de veces y eso no la tranquilizó. La falda era de un color azul claro que hacía juego con la chaqueta, llevaba una blusa de algodón blanca y unas sencillas zapatillas también azules, pero estaba segura de que no estaba vestida para esa ocasión, para entrar a esa mansión o casa o como quisieran llamarle. De pronto la belleza que tenía de frente y apoyándose en grandes columnas de piedras, redujeron a Willa a la nada.

Reflexionó que tal vez darse la media vuelta sería lo más sensato en ese caso, además el bolso que colgaba de su hombro era de su tía y de un color marrón oscuro casi espeluznante. De manera obstinada, llevó sus ojos a sus zapatillas y más arriba a sus piernas esbeltas, pero sin medias de nylon y se apuró en sacar el cálculo mental del efectivo que había traído consigo. Cuanto mucho le alcanzaría para pagar dos noches en algún hotel de perfil bajo.

Irguió los hombros armándose de valor y buscó a Tom con la mirada.

El hombrecillo la estudiaba divertido en el umbral y con ambas puertas abiertas de par a par. De ninguna manera dejaría que la chiquilla se amilanara bajo los efectos de los Astor, desde luego que no. Ya el joven Ian le había hecho la advertencia. Ella era de campo, de las montañas y era tan seguro como que el sol está arriba todos los medio días, que su hermana se podía acobardar delante de tanto derroche. El señorito al parecer no se había equivocado en decir que su hermana era una chica buena,

humilde y sencilla y además muy bonita, a pesar de que tenían aproximadamente seis años sin verse, la conocía muy bien.

Willa frunció el ceño con disgusto. Despacio subió los escalones y se detuvo frente al sujeto que parecía divertirse.

— Tom, creo que ha habido algún tipo de equivocación...

— No, estoy seguro de que no hay ninguna equivocación, señorita. El joven Ian vive aquí por los momentos y la está esperando, ¿es su hermano no es cierto? — dijo arqueando una de sus pobladas cejas y mordiéndose el interior del labio para no reírse y mantener la compostura.

Ella insistió nerviosa.

— Si desde luego que es mi hermano... — dio un medio giro y lanzó una mirada lisa a los grandes y hermosos prados. A lo lejos divisó un grupo de árboles manzanos, más allá un extendido viñedo y en el otro extremo descubrió unas largas caballerizas, eran tan largas y lujosas que no sabría realmente calcular cuántos caballos podrían en ella albergar, al parecer cientos o quizás su imaginación le empujaba al infinito— ¡Por todos los malditos demonios! — exclamó en voz alta pero inmediatamente se arrepintió.

Willa Kinnaird era una dama. Una dama modesta, y las damas no hablaban de esa manera. Rápida y mentalmente elevó una plegaria a Dios por haber recuperado a tiempo un poco de compostura. Con un tono de voz más adecuado se dirigió al hombre.

— Discúlpeme Tom, creo que... me he dejado llevar por el estrés del viaje. Sino es mucha molestia, ¿podrías llevarme a un pequeño hotel?, ¿alguna hostería cerca? Así podría esperar un poco más tranquila a Ian, quizás no le agrada mucho que lo espere por aquí, ya sabes, además creo que estoy muy cansada y posiblemente al señor Astor le incomode un poco mi presencia y...

El hombre como era de esperarse irguió aún más sus hombros y se dirigió a la chica con un tono más firme de lo habitual.

— No creo que eso sea buena idea señorita Willa. De hecho, han sido órdenes explícitas del señor Astor que el joven Ian la traiga directo para la residencia. Arriba la espera una agradable sorpresa, se lo aseguro. Y estoy convencido de que tendrá tiempo para descansar hasta que su hermano llegue y departan el tema. — Cuando Tom advirtió que ella iba a abrir de nuevo la boca la interrumpió con destreza— Si no cumpliera las órdenes del señor, y no le mostrara sus habitaciones como es debido, para finales de la tarde estaría recibiendo mi cheque y sacando mis maletas por la parte de atrás, y estoy seguro de que no es precisamente lo que la señorita desea ¿o sí?

Con el ceño fruncido aún, Willa negó con la cabeza. La había vencido y no había manera de dar marcha atrás. Buscó algún que otro argumento válido, pero como no encontró ninguno de peso, atravesó las puertas de la mansión y se detuvo a

regañadientes. Tom cerró tras ella disimulando el agradable sabor a triunfo y la condujo con ágiles pasos hacia un salón inmenso y con piso de mármol.

Alec Buchanan en condiciones normales, era un hombre duro.

Rondaba cerca de treinta veranos y su fama se extendió por todas las altas y bajas montañas de Escocia, prácticamente conocían de su existencia también en algunos lugares de Inglaterra, y con honestidad eso a él no le importaba.

No creía en las leyes de los hombres adinerados, leyes que muchas se habrían creado por tedio y no por honor, quizás un trasfondo por deshonorables intereses y aunque la época era moderna siempre la lucha sería la misma para ellos, libertad. Siempre batallando con ser libres, lo que antes se peleaba a filo de espada, ahora todo eran actos pacíficos y maricones que no conducían a nada, necesitaban ser un país independiente y particularmente, las últimas cifras de otro intento inofensivo, por cierto, no fueron claras. El porcentaje fue evidentemente manipulado en su contra.

Había crecido con relatos, historias, la verdad de una época que vivieron sus antepasados, y de allí que naciera su criterio bien definido en torno al problema, y a pesar de que su familia no le faltaba nada, ni posición, ni dinero ni educación, no entendían como él seguía batallando aquella lucha interior y estéril, porque para ellos eso era lo que significaba todo aquel esfuerzo de Alec. En cambio, prefería quedarse en aquellas heladas montañas, dándole más de que hablar a las lenguas venenosas.

Sin muchos rodeos, él sabía que tenía mucho de salvaje claro estaba, pero había aprendido a lidiar con ello y para Alec, eso le sentaba muy bien. Por supuesto, como su familia no comprendía la lucha por el autogobierno, no los mantenían al tanto del círculo que él había denominado Movimiento, donde sólo unos pocos se mantenían dentro, hombres competentes, fuertes y muy estratégicos lo conformaban. Su existencia era cuestionable, y estaba prohibido darlo a conocer a amigos. El incumplimiento de esa medida era severamente castigado con un desenlace fatídico, así que, en resumidas cuentas, Alec Buchanan tenía todo siempre bajo su entera supervisión y control. Sabía el rol que tenía que desempeñar con los suyos, conocía bien su descendencia y aunque comprendía que algunas veces su mal carácter entorpecía sus propósitos, tampoco eso lo afectaba, no como para intentar redimirse

ni cambiar, y menos por ninguna mujer. Eso lo describía un poco más como un hombre duro, en condiciones normales...

En ese instante simplemente Alec Buchanan estaba furioso.

Y todos sabían lo muy desagradable, cruel y ruin que podía convertirse en un chasquear de dedos. Aquella estúpida muchacha no tenía la más mínima idea del futuro que acababa de sellar entre ellos al partir de Escocia sin su consentimiento, al intentar huir de su responsabilidad, de él, de un Buchanan. Pero se juró que pronto lo sabría, claro que sí.

Vació la botella de *uisge beatha de un sorbo y la estrelló contra el tronco dónde estuviera sentado tan solo algunos minutos atrás, esperando por respuestas. Desde luego sus tíos fueron incapaces de decir su paradero real, y tan seguro como que el infierno existía, que ellos la habían ayudado a escapar, de eso no le cabía la menor duda, pero no era tampoco como si la hazaña les serviría de mucho en su futuro. Hizo una mueca con disgusto mientras pasaba sus dedos por los cabellos que caían sobre sus hombros, en ese momento lucían un profundo dorado rebelde. Ese día en particular hacía mucho calor, el sol estaba en todo su centro y sentía el sudor escurrir sin ningún decoro a través de él, era un calor aplastante y recio o al menos, eso le pareció según se tornaron las noticias tempranas del acontecimiento de su boda fallida, ¡al diablo con eso!, tenía órdenes de su padre y las haría cumplir.

Volvió su metro ochenta y seis de estatura hacia el grupo que permanecía impasible a apenas unos metros de él.

— Llévenselos. — la fría orden fue dirigida a Anselan, su mano derecha que sujetaba al anciano por un brazo.

A su lado estaba su esposa que, aunque por dentro estaba hecha un nudo de miedo, nunca le ofrecería en bandeja de plata a esos bárbaros, la satisfacción de verla derrotada ni minimizada. Anselan obedeció como era de esperarse. Con mucho esfuerzo disimuló sus sentimientos, incluso cuando ellos ataron las manos a sus espaldas, y los montaron en los caballos como si fueran sacos de trigo, no se quejó. Sólo rezaba mentalmente porque su marido también se mantuviera a la altura de ella, y estaba, de la mejor manera posible y dadas las circunstancias, resignada a lo peor, al no darles ningún tipo de información, pasara cuanto pasara. Ya habían tenido una vida larga, sana y feliz, aunque Dios no los bendijera nunca con hijos propios, y lo mismo quería para su sobrina.

Por fortuna, los tíos de Willa no presenciaron el humo negro y las llamaradas que parecían tocar las motas de algodón en el cielo azul, provenientes de su pequeño y cálido hogar. Llevaban ya una distancia considerable de la casa, cuando Alec se subió a su montura para darles alcance.

¡Aquellas también eran sus malditas tierras!, y aquello apenas sería solo el comienzo, se dijo para sí espoleando a su caballo lleno de furia.

Le habían asignado una habitación junto a la de su hermano. Era hermosa y acogedora. Algunas paredes lucían un rosado tenue y otras que hacían ángulos con violeta un poco más claro. Las cortinas que cubrían las puertas ventanas eran inmaculadas y tenían elaboradas fina y delicadamente un salpicado de orquídeas bordadas a mano y de diferentes tamaños, haciendo con ellas una agradable combinación. El piso era sencillo de madera de roble pulida, la misma madera que lucía su cama en el centro de la habitación, con un hermoso copete en forma de cisne, una mesita de noche con su lámpara, una cómoda en un extremo, unos cojines violetas muy brillante se agrupaban al otro y por supuesto, el baño también representaba ser un lujo. Nunca había tenido uno para ella sola en Escocia, y allí tenía uno casi tan grande como la habitación. Gozaba de una tina agraciada, que descansaba sobre un diseño elaborado con soportes en bronce, y una chica llamada Samantha, había entrado para prepararle el baño caliente, y para la hora, Willa ya había descansado, había probado la tina y se estaba acicalando.

Su hermano se había tomado la molestia de comprarle un par de vestidos, un par de zapatos de soporte bajo, un pijama y alguno que otro detalle. Como era de esperarse el vestido no le ceñía, le quedaba un poco ancho, pero nada que una aguja y un poco de hilo no arreglaran. Era un bonito vestido en color negro por debajo de sus rodillas, tal cual se llevara para la época, se veía elegante pero no ostentoso y eso le gustaba. Por lo menos bajaría a cenar en un modo más decente, le importaba dar una mejor apariencia a los dueños de esa casa y por supuesto a Ian. Willa decidió cepillar su liso cabello y dejarlo suelto hasta la cintura.

— Mira nada más que me he conseguido por aquí...

Willa se giró sobresaltada en dirección a aquella voz tan conocida y seductora. No le había escuchado tocar, por lo que dedujo que Samantha no habría cerrado la puerta tras de sí.

— Ian...

De inmediato se echó en dirección a los brazos abiertos. Rodeó con fuerza su cintura y aspiró su aroma a colonia fresca, mientras él le frotaba la espalda y degustaba el reencuentro evocando viejos tiempos. Aquella muchacha sí que había crecido. La apartó un poco para detallarla.

— Estás tan flaca como una tabla, Willa. — sentenció en gaélico con una dureza

que sus ojos no reflejaron de momento. — pero no hay nada que no se arregle por aquí. El médico siempre recomienda comida, mucho whisky, dormir lo suficiente y considerables mimos.

La chica rio.

— Entonces cuento con eso, ya estoy apuntada. — Respondió en el mismo idioma— ¡Oh Ian estas tan guapo! Y como te has mantenido de bien... y esa ropa tan elegante te sienta. Te vez diferente...

Su constitución era más corpulenta de lo que ella recordaba a pesar de que apenas llegó a la raya al metro ochenta y uno. Era casi diez centímetros más alto que ella. Sus pómulos eran recios y altos como los de su padre, pero eran los mismos ojos de Willa, con aquella mirada de verde bondad que en vida habían caracterizado siempre a su madre. A veces discutían de quien los tenía más claros, los de él sin embargo se oscurecían cuando cambiaba de humor, y en este caso estaban casi tan claros como las aguas. Ella le sonrió y lo incitó a sentarse en el borde de la gran cama junto a ella.

— Cuéntame un poco sobre ti, sobre lo que haces aquí Ian. ¡Me muero de ganas de saber! ¿Qué es lo que trabajas? ¿Tienes novia? ¿Alguien que haga suspirar al buenazo de mi hermano?

— Sabes que no soy un chico fácil Willa — le sonrió luego de guiñar un ojo y alborotó su cabello como hacia cuando eran niños — aquí todo es diferente, las costumbres, las personas, y hasta las chicas. Se me da bien los números, es una suerte. — dijo paseando la mirada por la habitación.

— ¿Entonces de eso es que trabajas aquí? ¿Sacas algunas cuentas?

— Por los momentos soy lo más parecido a un administrador que pueda tener Nick. Hemos sido amigos desde la universidad ¿sabes?, y me ofreció un puesto en su compañía luego de que su padre falleciera. Oficialmente no soy el administrador pero hago todo el trabajo ya que la persona que estuviera encargada, enteramente tiene problemas ahora, está poco por la empresa, esas cosas... y las razones por las que Nick aún no lo haya despedido a mí no me conciernen, por los momentos no me afecta tampoco y eso es harina de otro costal... entonces, yo me ocupo de todo y ni por un momento creas que soy tonto Willa, — sonrió— gano lo mismo que el administrador, esa fue una de mis condiciones para asumir tanta responsabilidad desde un comienzo. Algunas veces tengo que acompañar a Nick en algún viaje, pero regresaré pronto. Son solo negocios ya sabes.

— ¿Te fue difícil el viaje? — preguntó Ian mientras la estudiaba. La chica ensanchó la sonrisa y clavó los ojos en sus manos sobre su regazo.

— Sentí algo de miedo. Ya debes saber que eso de los aviones aún sigue siendo noticia, y dicen que en cualquier momento uno que otro se puede caer al mar o caer en una montaña y esas cosas, así que— respiró profundo— en el viaje pensé en todas mis probabilidades de salir ilesa, de llegar aquí, aunque fuera a nado y verte de nuevo. A salvo.

— Ahora estas a salvo— dijo él con calma. Seguía escudriñándola con sumo cuidado, estaba aún nerviosa. — pero aún no tengo muchas cosas en claro.

— Si bueno, como sea... aquí estoy. Pero ¡hacen un ruido del demonio!, se mueven mucho, y si no es porque la tía Edith me da una bolsa de pan para el viaje, no hubiera sobrevivido a mis nervios, eso te lo aseguro.

— El telegrama no decía mucho Willa, solo que partirías a América, que debía recibirme y protegerte. Ni siquiera una llamada telefónica que me diera más información, pero comprendí que allí no sería tan fácil encontrar un teléfono.

Willa levantó la mirada hacia él. Los ojos de su hermano estaban tan llenos de preguntas que no sabía bien como empezar. Un suspiro saltó involuntario desde el centro de sus preocupaciones. ¿Acaso él aprobaría la desfachatez y audacia de ella?

— Es sólo que había llegado el momento, Ian.

— ¿El momento de qué? Si se puede saber. —Willa observó las pecas de su nariz y su frente cuando arrugó el entrecejo.

— Nuestros tíos... ellos no dejarían que ese hombre malvado se saliera con la suya. Yo no pude someterme a esa promesa, no pude casarme con él, lo siento.

Él la miró un par de segundos, se levantó y comenzó a caminar despacio por la habitación en silencio, y con las manos a su espalda. Algo en su interior le había dicho en días anteriores que las cosas no iban muy bien, pero no se habría imaginado nunca de que el tema en cuestión era aquel asunto, no.

Remotamente recordaba aquel compromiso entre familias. Ian Kinnaird había hecho su vida lejos de Escocia mucho antes de que sus padres murieran. Nunca se adaptó a esa vida, a la rutina en las montañas. Se suponía que había nacido para ser algo mejor en la vida, había encontrado con mucho esfuerzo el camino, una beca de estudios en una de las mejores universidades en ese país, y había estudiado la carrera que amaba, que lo identificaba, y aprovechó desde luego esa oportunidad, recordó cuando su familia se vino abajo por la desgracia de su padre. Tuvo que hacer una visita que terminó siendo como un relámpago, debía enterrarlos a ambos y velar porque su hermana terminara en buenas manos, ya que él no podía llevársela con él en aquel momento de su vida. Debía regresar al campus y para ser francos, quería olvidar la vergüenza que todo eso le produjo. Desde luego necesitaba sanar la herida, el dolor que le produjo saber que su padre le hubiese dado muerte a su madre con sus propias manos y luego se arrancara la vida. La gente no dejaba de mirarlos con lástima, de murmurar a sus espaldas los posibles motivos que indujeron a su padre a actuar de esa manera, y no podía lidiar con eso en aquel momento.

— Lo lamento Willa— dijo de pronto y se apoyó a un costado del largo ventanal. — tal vez creas que fui un cobarde, un egoísta al dejarte y tienes razón. Pero no quise abandonarte... yo no quise. Sabía que en algún momento te iría a buscar, solo que estaba postergándolo para después, para cuando finalmente consiguiera una estabilidad aquí, algo mejor a lo que ahora tengo y...

— No Ian. — la chica fue hasta su hermano y apoyo su mano en el hombro. — no eres un cobarde y nunca lo pensé. Sabía que tú también estabas sufriendo tanto como yo, así que... no sería capaz de culparte por nada.

— Pero era mi deber, lo sé. Cuidar de ti, como hermano mayor... hacerme una vida lejos no fue un acto muy responsable que digamos. Yo no podía con todo eso en ese instante, pero sí podía haber escogido, siempre tenemos otra opción y yo escogí la peor. Y debo decírtelo ahora porque — Ian suspiró. No debía contarle la verdad todavía. Seguramente sonaría algo enfermizo de su parte, pero si estaba claro en que Willa necesitaba conocer sus opciones o por lo menos algunas.

—...porque no tuve la oportunidad. — se volvió y atrapó su rostro con sus manos. — necesito que me perdones.

— Ya estoy aquí, contigo, y eso no importa. No tengo nada que perdonarte Ian Kinnaird. Eres mi única familia después de todo, y cometemos errores, y tenemos mucho tiempo por delante para compensarnos, ¿no lo crees así?

Él bajó sus manos y la sujetó por los brazos con fuerza. Un brillo de preocupación cruzó por sus ojos.

— Estoy seguro de que es así, hermana y te agradezco el gesto y tu comprensión, pero volviendo al tema... debo decirte que ese compromiso no se puede evadir, no hay una piedra endemoniadamente grande para esconderte y tú lo sabes, ¿no es así?

Lo miró incrédula y negó con la cabeza.

— ¡Yo no sé porque tengo que hacerlo!, Ian. Dime ¿Por qué tengo que casarme con un hombre simplemente porque así nuestros padres lo planearon? ¿Cuál es esa deuda tan grande que dejó nuestro padre que es imposible de saldar? ¿Por qué tantos secretos? — se soltó de él y se apartó. — Tú tienes una oportunidad en la vida, yo no. ¿Eso te parece justo? No, yo no regresaré a Escocia y no puedes obligarme. Yo acabo de cumplir mi mayoría de edad, si quieres me voy de aquí y así te liberó de la carga, pero estamos en una época muy diferente de todas esas locas costumbres, castillos, dotes y compromisos, entiéndelo.

— ¡No se trata de eso Caroline Willa Kinnaird! — Estalló con el rostro encendido — Se trata de que él es un maldito Buchanan. Se rigen aún por un extraño rito de lealtad y de honor y algunas veces por la venganza, y la palabra de un hombre es su pilar de fuerza, no importa en qué siglo del infierno nos encontremos, es un Buchanan y eso es suficiente. Te cazaré como un animal, y si sangra no lo sentirá, te perseguirá estés donde estés y luego de correr, esconderte y de tanto esfuerzo de tu parte, lograrás únicamente satisfacerlo mucho más, y a ti todo eso te consumirá. ¿Crees realmente que el haber cruzado mares o fronteras eso lo detendrá de llegar a ti?

Willa lo miró consternada y se dejó caer en el borde de su cama, pero no respondió quería pensar, pero él no la dejaba tampoco.

— ¿Crees que realmente me gusta el hecho de que tengas que entregarte a un

hombre que ni siquiera conoces? ¿Qué tal vez no te haga feliz o quizás nunca llegues a amar? No, eso no me hace feliz, a decir verdad, pero es poco lo que pueda conseguir al respecto, te lo aseguro.

Ian se sentó de nuevo junto a ella. No era precisamente el reencuentro que se hubiera imaginado temprano y no quería dañar la velada, desde luego que se sintió derrotado, pero necesitaba decidir un plan de acción al momento por el bien de ambos.

— Escúchame Willa, podemos al menos intentarlo ¿está bien? — Ella no lo miró — quizás después de todo las cosas no resulten como yo digo. Nick es un hombre muy poderoso, además es mi amigo e incluso, me aseguró que tenía un buen trabajo para ti si querías ocuparte en algo. Si en verdad no quieres casarte yo lo comprendo y prometo hacer lo posible en todo lo que sea necesario para evitar lo evidente.

— ¿En serio Ian? ¿Harías eso por mí? — un dejo de esperanza brillo en su hermana y eso lo tranquilizó.

— Haría eso por ti y más. — ella asintió.

Pero le costaba creerle después de todo cuanto dijo.

— Quiero que me digas el motivo, Ian. La razón de todo este disparate en mi vida, ¿Por qué nadie aún me ha dicho que es lo que pasa? Tía Edith me zanja el tema cada vez que he querido saber, y yo ya no soy una niña. Es de mí de quien se está hablando, es de mi vida la que quieren todos manejar y eso no es lo correcto.

Dos golpes en la puerta fueron suficientes para sacarlos de la conversación. Samantha les avisó que la cena estaba servida y el señor Astor se encontraba impaciente.

— Luego hablaremos con algo más de tiempo, te lo prometo. — la besó en la frente. — ahora vamos que quiero que conozcas a mi amigo, además ya hay alguien muy interesado en conocerte, ¿me crees? Aunque...— levantó un dedo y las cejas de manera graciosa. — Creo que te dará un poco trabajo para cuando llegue el momento de besarle, es un poco, digamos... mucho más bajo que tú. Prométeme que no te burlaras, es muy sensible en cuanto a sentimientos.

— Te creo, siempre y cuando no tenga planes matrimoniales por ahora, prometo no herirle...

Ambos rieron y caminaron en dirección a la puerta.

Capítulo 2

Lyon McKinnon se encontraba acucillado junto a *Relámpago* con el rostro muy preocupado. No sabía a ciencia cierta cuanto tiempo llevaba tumbada la joven yegua ni que era lo que la había descompuesto, apenas llevaba examinándola poco más de seis minutos. Tenía mucha sudoración y estaba descompensada, de eso no le cabía la menor duda. Era una yegua castaña y muy joven, aún no había alumbrado, pero a pesar de que la vio crecer, y conocía su buen estado de salud, sabía que si no se levantaba en los próximos minutos las probabilidades para que se recuperara se reducirían a cero. Necesitaba trabajar rápido y con cautela para que el ejemplar no se perdiera.

Se levantó de su lado y buscó algo en su maletín, tendría que realizarle también un tacto rectal como parte del reconocimiento.

Era un hombre alto y fornido, sus ojos azules violeta hacían resaltar su piel más bien marmórea. Sus hombros eran anchos al igual que su trasero, abultado y firme, piernas musculosas... pensó Nina al otro extremo de su yegua. Era bastante joven y

tenía buen parecido, eso debía reconocerlo, aunque no le agradara de él muchas cosas, sobre todo que ella no le agradara a su madre, era sin lugar a dudas un punto en su contra, otro era que los McKinnon no tenían mucho dinero. Y el hecho de que ella tampoco heredaría un centavo cuando Bruce Buchanan partiera de este mundo, no mejoraba las condiciones en su futuro, así que ¿Por qué darse falsas ilusiones? Ella aspiraba poder, porque todo giraba y se trataba de eso, ¿o no? Necesitaba dinero, tenía sus aspiraciones y él no era un hombre capaz de darle lo que ella ambicionaba.

Nina estaba segura de tener sus pensamientos en buena forma y asentados. Era una chica joven, nunca se consideró tonta e incluso, mucho menos cuando se enteró por equivocación de que no era hija legítima de Bruce. Conoció la verdad hacia un poco más de tres años, y recordó en ese instante como un peso tremendo cayó sobre su cabeza. Recordaba haber sido succionada por un agujero negro, pero tenía que hacer de eso algo al respecto, algo productivo y decidió que no se vendría abajo. Lo peor fue saber que sus hermanos Douglas, Alec y Brodick también lo sabían, mejor dicho, siempre lo supieron desde muy niños, todos menos ella. Aquello simplemente la crispaba.

— ¿Y bien? — preguntó ella a secas y la mirada altiva.

Lyon la miró ceñudo y de nuevo se acuclilló para suministrarle algo a la yegua.

— ¿Puedes decirme Nina como fue su último recorrido? ¿Alguien además de ti la montó? — ella negó con preocupación y se acuclilló también.

— Estaba escarbando el suelo como loca — confesó la chica — y hacia muchos intentos por el pis, por orinar, pero no lo conseguía, eso desde muy temprano, por lo cual me di cuenta de que algo no marchaba bien con ella.

Le acarició la cabeza mientras sus grandes ojos miraban a su ama. Eran ojos tristes, grandes y castaños. Relámpago era lo único real que tenía en la vida y verle así la enfermaba.

— Solo yo la monto y lo sabes Lyon.

— ¿Has cambiado sus hábitos alimenticios?

— No

— ¿Qué fue lo último que le diste de comer? — insistió y ella puso sus ojos en blancos.

— A ver, comió lo de siempre... — de pronto recordó — Hmm, creo que yo no la alimente anoche. De hecho, estoy segura porque tenía una terrible migraña y le pedí el favor a Hank. Espera.

Se levantó presurosa en busca de una mejor explicación.

Aquellos pantalones ajustados le sentaban muy bien. Los ojos de Lyon no podían apartarse de ella ni del movimiento de sus caderas, ni de como danzaba su cabellera, ahora hecha una gruesa trenza que caía casi en los inicios de sus glúteos firmes y redondos, representaban ser para él una perdición. Bajó la mirada a Relámpago, debía

sanarla. Y después de todo si a la yegua le pasaba algo peor, ella no se lo perdonaría. ¿Pero cómo explicarle a Nina que le ponía su trabajo bastante difícil? Era una deliciosa distracción mantenerla allí, a su lado y demonios, como la deseaba tener en sus brazos, esa era su fantasía. Había soñado en tenerla en diferentes lugares y momentos, y estaba seguro de que ella era un ser humano consiente de sus más bajos deseos. Lo peor, era que Lyon sabía que le agradaba él, lo mismo que estaba enterada de lo que él sentía, pero para ella siempre sería un juego muy divertido sacarlo de sus casillas.

La chica regresó con un balde y lo miró estupefacta.

— Frijoles y también hay lentejas

— ¿Qué?

— Si, eso es lo que he dicho y no tiene buena pinta tampoco, parece estar en mal estado. — y se acercó a mostrárselo. Cuando se inclinó hacia él, pudo observar los contornos suaves de sus pechos a través de la blusa blanca, también sus pezones en forma.

¡Que lo aspen, pero no tenía sujetadores la muy descarada!

— Dios. — exclamó y secó el sudor de la frente con el dorso de la mano. Luego miró serio el alimento.

— El muy imbécil. — Continuó haciendo un gran esfuerzo por concentrarse en su trabajo— Ya sabemos que es lo que tiene relámpago. ¿Acaso no sabe ese chico que los caballos no se comen ese tipo de granos?

— ¡Demonios! juro que me las pagará ese mocoso, si algo le llega a pasar a relámpago. — exclamo la chica y lanzó lejos el cubo llena de impotencia. La yegua se quejó en ese momento y Nina no perdió tiempo en retomar el lugar a su lado. — ¿Qué es lo que tiene? ¿Por qué se queja de esa forma, Lyon?

— Ha tenido un cólico estomacal, en los caballos eso no es sano como sabes.

Ella cerró los ojos.

— Todo estará bien relámpago, lo prometo. Te pondrás bien, solo... debes ser buena chica y dejarte ver. — le lanzó una mirada a Lyon con desespero. Odiaba sentirse vulnerable y menos delante de un hombre. — ¿Vas a curarla?

— Haré todo lo que esté a mi alcance Nina, lo prometo. — colocó su mano sobre la de ella en un intento de tranquilizar. — Ya le he colocado un medicamento gástrico y solo debemos esperar a que comience a hacer el efecto deseado. Vamos a cambiarle la dieta a partir de mañana, le darás avena, a ellos les encanta y el punto a favor es que es muy saludable.

— Entonces sanará. Eso es lo que dices.

— Todo dependerá de ella, no te mentiré. Ella debe poner todo de su parte para poder mejorar y levantarse, sino...

— ¡Esa no es una maldita respuesta, Lyon! — quitó su mano y se apartó con violencia dándoles la espalda.

Había perdido mucho en la vida, no perdería también a su yegua, no. Se abrazó a si misma e intento controlarse. La ira remplazaba rápidamente la angustia, no podía echarse a llorar. No era frágil, no quería serlo. ¡El muy maldito médico de pacotilla!

No le había sentido llegar tras ella hasta que él apoyo su mano en el hombro y la obligo a darse la vuelta. Su verde mirada centelló. Parecía que saltaban cristales rotos de los ojos de Nina mientras luchaba por no llorar.

— ¡Tienes que hacer algo! — rugió de pronto.

— Lo haré, solo cálmate. Tengo la fe puesta en que ella lo hará por si sola.

Aquello derramó el vaso.

— ¿Tienes la fe? Esto no es cuestión de fe Lyon, si lo fuera ya estaría yo rumbo a la capilla buscando al sacerdote y pidiendo salvación de rodillas. ¡Necesito un médico!, uno de verdad, no uno de pacotilla. — se apartó un poco de él llena de furia.

Lyon comenzó a cabrearse.

— Soy muy capaz de curarla y lo sabes, ni siquiera te atrevas a ponerlo en duda. Nunca he perdido a ningún animal por negligencia, pero tú no tienes paciencia Nina y necesito que te controles. Tu aptitud no es saludable, ella la siente y la intranquilizas con eso, — dijo sujetándola por un brazo y ella miró a su yegua por encima del hombro de él con dudas. — respira, debes calmarte, ser paciente.

Ella asintió y dejó apoyar su frente en el pecho de él unos segundos. El la estrecho con fuerza sintiendo el aroma de los verdes prados en su cabello, era una sensación tan reconfortante el hecho sólo de mantenerla allí adherida a él. Ella levantó la mirada hacia él, sentía como la atracción de ambos emergía desafortadamente.

Nina necesitaba creer que él la sanaría.

Tal vez su yegua sintiera sus energías negativas y la preocupación porque así lo había visto en sus ojos castaños segundos antes. El caso es que la ira la había abandonado en ese momento, y estar en los brazos de Lyon la confundía, le hacía sentir débil y pequeña. Lo miró, pero eso también significaba perder el control y desde luego no le gustaba. Intentó echarse hacia atrás, pero en los planes de él no estaba liberarla con facilidad. Él olía a pienso y a brisa fresca. La mirada azul fue densa, profunda, sentía los latidos de su corazón bajo la palma de su mano. Era los latidos de él bajo su mano, no recordaba el momento en que la había puesto allí, y en ese minuto se preguntó cómo había sido, pero un pensamiento dio paso a otro y se volvía más confuso y extraño para ella. ¿Por qué él lograba hacerla sentir de esa manera? sobre todo cuando Lyon se apoderó de su boca, todo lo demás perdió la menor importancia.

Con besos suaves él la hizo gemir. Lyon disfrutó cada momento y delinea con su

lengua los contornos dulces y mansos de su boca. Ella se relajó contra su cuerpo y él sintió como la voluntad férrea de Nina se desarmaba. Estaba loco por ella, necesitaba de ella tanto como respirar, y ella era tan terca... pero la deseada de igual manera. Y la haría suya de cualquier forma. Su boca era dulce como la miel y eso lo llevó al borde de la locura, eso y que con destreza la había arrastrado sin darse cuenta hasta el montículo de heno a un extremo de la caballeriza. Cuando Nina se supo allí, que se descubrió a su lado, dio por sentado que en algún lugar del trayecto había perdido toda su voluntad. Se sentía bien estar allí, estaba cómoda abandonada entre sus fuertes brazos y embriagada por el deseo que él le despertaba.

Ella se agitó. Algo en su interior quería expresarse, confesar eso estaba mal e intentó liberar su boca, pero él la rebatió con deseo, la pasión que existía entre ellos traía aquella locura y estaba a punto de estallar en mil pedazos. Pero a fin de cuentas era pasión, el corazón de Nina había corrido muy lejos de Lyon, hasta quedar en un pasado sepultado, aunque no negaría nunca que antes él le producía otros sentimientos. Las manos de Lyon parecían expertas en el arte de amar y sabían describir a la perfección, mejor que con palabras, lo que ella necesitaba. Sintió el calor y el roce de sus dedos en sus senos, el cuerpo ardía y le dolía, temblaba y lo estrecho más para sí. De pronto esa sensación fue remplazada por una húmeda y cálida invasión de su boca sobre su tierna piel. Se descubrió entonces fuera de todo su control y eso era algo que no podía permitirse, pero para Nina su boca era un milagro evocando más ambición. Ella estaba llena de un divino deseo y eso la asustaba. Su mano intentaba abrirse camino y la exploración a su íntima femineidad fue un punto culminante para que ella deseara apartarse y retomara la cordura.

— No. — se quejó débilmente.

Lyon levantó su mirada turbia y azul, colmada de ávida pasión hacia ella e invadió de nuevo su boca y la arrasó sin contemplación.

Ella detuvo su mano.

— No Lyon — dijo entre sus besos. — déjame, esto está mal...

— No, no, esto no está mal. Tú lo deseas amor, yo también lo deseo, deja que te ame ahora... no te arrepentirás, a partir de este momento me pertenecerás, serás completamente mía... te daré lo que quieras, por encima de todos...

Ella abrió considerablemente los ojos. Casi dejó de respirar ante sus palabras y de pronto aquella hermosa gloria la abandonó de golpe. No, ella nunca sería de él, Nina no lo amaba, su corazón estaba en otro lugar, aunque no tuviera ninguna ventajosa esperanza. Con fuerza lo empujó hacia un lado y se liberó. Era una mentira y su mirada de reproche le dio de lleno a Lyon.

Agitada como pudo se levantó y comenzó a arreglarse de espaldas a él. No quería que viera lo descompuesta y descontrolada que se encontraba, tampoco como el rubor quemaba sus delicadas mejillas. No sabía cómo ocultar sus confusos sentimientos de Lyon.

— Espera Nina — la sujetó por los brazos, pero ella no se dio vuelta, sino que se

sacudió.

— Solo déjame Lyon.

— No, no, no Nina escúchame. —dijo mientras cerraba su pantalón y hacia un esfuerzo por manejar la situación.

Su voz sonaba angustiada, ella lo supo. Pero daba lo mismo, así eran como todos sementales que había conocido desde muy niña en esas montañas. Porque eso eran los hombres, unos animales siempre bien dispuestos a engañar, a engatusar y a la final todos tenían un fin en común, aparearse.

Aquella semejanza casi la hizo vomitar.

— Se lo que tienes Nina y no es esa la razón. Mírame.

— No lo creo. Lyon... yo no siento lo mismo que antes, es... diferente y no quiero lastimarte.

— Mírame — le obligo a darse vuelta y clavó su mirada de lleno en sus confusos ojos. ¿Por qué diablos se había puesto así? — He dicho toda la verdad, ¿es que aún no me conoces? ¿Crees que no te daría todo lo que desees?

Ella sacudió su cabeza. Tenía que poner en claro sus ideas antes de que se viera envuelta en algo peor y con graves consecuencias.

— Fue un maldito error, ¿comprendes? No estuvo bien, me aburrí, eso es todo.

Eso lo sacó de casillas. Se pasó la mano por su cabello negro y revuelto, y con desesperación miró alrededor como buscando la respuesta que él necesitaba. ¿Por qué todo con ella resultaba ser endemoniadamente difícil? Había trabajado más en ella que con los malditos animales en toda su vida.

— Eso no es todo, yo estaba allí, contigo, tú temblabas entre mis brazos ¿lo recuerdas? — la echó hacia él hasta que sus cuerpos de nuevo se ciñeron y escucho el latir alocado de su corazón. — me deseaste al igual que ahora me desees. No es aburrimiento, sé que no me has olvidado, es otra cosa, dime porque me tienes miedo.

Nina levantó su respingada nariz desafiante. Ella no tenía miedo.

— Tu arrogancia te supera Lyon. Yo no te tengo miedo ni a ti ni a nadie. Has pasado tanto tiempo entre estiércol y vacada que no sabes diferenciar entre la fantasía y la realidad, entre un animal y una mujer, pero te aconsejo que te quedes con lo primero, te sienta, eso es lo tuyo. Ahora déjame y olvida que esto alguna vez ocurrió y vuelve al trabajo.

— ¿Es todo lo que tienes para decirme? ¿Crees que escondiendo tus sentimientos detrás de tu lengua afilada cambiarás el hecho de que estás tan loca por mí como yo por ti? Eres una mentirosa y lo sabes.

— No es cierto. No soy mentirosa — ella intentó zafarse, pero él no se lo permitió.

— Eres mía Nina, serás mía ahora o más adelante. — dijo mientras rozaba su

nariz con su aliento, ella apartó su rostro de él y cerró los ojos dándose valor.

— Nunca Lyon, lo juro. Lo nuestro es tu fantasía no la mía. Tú nunca podrías tenerme porque no eres nadie, y las personas que nada son, deben saber exactamente cuál es su lugar en la vida, como yo. — En ese momento levantó la mirada hacia él, necesitaba ver sus ojos. Había dolor en ellos y ella así quería mantenerlos, aunque no lo quisiera realmente, debía humillarlo— ¿Qué puedes tú ofrecerme sino una vida miserable? No tienes nombre, posición ni dinero, tu madre me cree inferior a ustedes, me odia, y yo le odio, no te miento. Además de eso, yo no tengo libertad y tú más que nadie lo sabes. Nunca la tendré, no aquí.

Lyon la soltó dando un paso atrás. Sus palabras fueron una bofetada y no intentó disimular el dolor ni la indignación.

— Eres una maldita bruja... ¿Te crees muy lista no es cierto, Nina? Pero yo conozco la verdad, aunque la ocultes a todos. Te he aprendido a conocer estos años, sí. Y esas palabras algún día has de tragártelas igual que tu falsa coraza. No todo es dinero y poder, hay cosas más importantes que esas...

— ¿Cómo qué? — le interrumpió y se acercó a él. — ¿Cómo arrinconarme en un establo? ¿Averiguar que sabor tengo y de que estoy hecha para luego abandonarme como lo hacen todos?

Lyon se rio con cierta amargura que no pasó desapercibida.

— Eres una mentirosa, no conoces a ningún hombre, nunca has estado con ning...

— ¡No te atrevas Lyon McKinnon! No te atrevas a decirlo, ¡maldición! — gritó y golpeó su pecho con los puños, él la sujeto hasta lastimar sus muñecas pues según él lo tenía bien merecido.

— Serás mía Nina. Así que deja de flirtear con el Buchanan, porque no estoy de humor para seguir tu estúpido juego, no te lo permitiré — le advirtió con los dientes apretados y un tono de voz bajo que le heló la sangre.

Ella dejó de luchar y en su lugar se soltó.

— Estás equivocado ¿sabes? — Su voz cambió a un tono más superficial, intento desesperadamente quitarles peso a sus palabras— Y si fuera así, ¿Cuál es el problema? No es mi familia y yo no te pertenezco, tú no eres más que un don nadie así que olvídate de mí de una vez por todas.

Se giró y se alejó de él a toda prisa. Lyon por un segundo se sintió tentado a retenerla, a acosarla hasta que al fin se rindiera a la verdad, pero en vez de eso quedó allí, en medio de la rabia que lo consumía y la frustración. ¿Por qué se había tenido que fijar en una mujer tan frívola habiendo tantas en el mundo? Pateo con fuerza el heno y lo despedazó sin mucho esfuerzo. ¿Por qué se negaba a aceptar lo que sentía por él? Tenía los puños y todavía la sensación de su cuerpo tibio bajo de él. El dolor en su entrepierna se intensificó y tuvo que maldecir por lo bajo.

— Lo quieras o no serás mía Nina. Aunque aún no sepas cuánto me deseas, juró que lo entenderás muy pronto...

Brodick Buchanan estaba un poco atrasado cuando llegó a la taberna del viejo Mike.

A decir verdad, ya había oscurecido y se suponía que debía estar haciendo los preparativos para la despedida de soltero de su amigo Owen McDonald desde hacía más o menos unas cinco horas atrás, pero el trabajo se había prolongado más de lo que a él le hubiera gustado, apenas si pudo lavarse con rapidez en la boca del río y cambiarse la ropa, por lo que decidió que la caminata hasta la taberna evitaría que sus huesos se quebraran de frío. La noche era fresca para el momento, pero los vientos prometían bajas temperaturas en un santiamén, así era el impredecible clima de las altas montañas donde había nacido, al igual que el cielo oscuro en ausencia del astro aquella noche, era también impredecible. A lo lejos podían verse manchas grises extendiéndose y salpicando la negra oscuridad. Lo más sensato sería resguardarse, disfrutar de lo que prometía ser una buena juerga y calentarse el cuerpo con buen Whisky.

El calor golpeó su rostro cuando abrió la puerta de madera y entró.

El grupo tocaba con ánimo alguna canción de las montañas, y las mujeres reían y cuchicheaban entre sí. El humo, la luz tenue ambarina y el buen ánimo se mezclaban con el olor a Whisky y a cerveza, mientras que Brodick se abría paso entre la multitud intentando llegar hasta la barra. Con una rápida ojeada alrededor, supo que sería cuestión de un milagro si alguna mesa se desocupaba esa noche de perdición. Sonrió. Estaban repletas de gente, excitación y botellas vacías, y en breves instantes se encontró aturdido por tanto griterío, y por un tubo que necesitaría un buen trago. Con otro poco más de suerte, también una chica caliente y generosa entre sus piernas, antes que finalizara la noche. Al fondo de la barra quedaba un buen lugar para él.

De súbito y un poco desconcertado, Brodick sintió el golpe con precisión que atinó su cabeza, y al comprobar que no estaba herido se ofuscó. Douglas, tuvo un buen ángulo de su hermano menor en cuanto le vio entrar al establecimiento. Le hizo señas, pero no lo vio, le gritó, pero no le escuchó, el corcho en cambio había sido una buena idea. Levantó la botella para que pudiera tener mejor campo de visión, de quien sería el afortunado merecedor del próximo insulto.

— Cerdo. — articuló las palabras en cuanto lo comprendió, aunque sabía bien que nunca lo escucharía en medio de la algarabía, pero eso de igual forma lo complació.

Douglas Buchanan tenía puesta su chaqueta favorita, con lana en el interior y con los colores clásicos rojos del tartán de su clan. También lucía un buen semblante y disfrutaba relajado en una mesa cerca de la entrada, con la espalda pegada a la pared de piedra fría, y rodeado de algunos amigos.

— Hey — saludó a todos en cuanto se sentó en el lugar que habían dispuesto para él.

— Llegas tarde Buchanan — dijo Robert, que era poco mayor que él y el herrero de la zona.

— Ya sabes, — comenzó mientras se servía un trago y lo dejaba deslizar con rapidez. Estaba bueno y despejó primero su garganta antes de continuar. Miró al joven amigo — como sabes, es la época del alumbramiento y apenas estamos comenzando. El trabajo es duro.

— Nada que dejarle a la madre naturaleza, ¿no es así? — rio con frescura.

— Eso es lo que diría el bueno de nuestro padre, Robert. — adujo Douglas con tranquilidad. El amigo asintió. — Pero lamentablemente algunas veces la naturaleza nos deja pérdidas, y es mejor estar al pendiente de todo. Lo malo, es que mi hermanito al parecer no ha estado muy conforme estos años, no le gusta este trabajo.

— No me vengas con eso Douglas — Brodick le taladró la mirada — sabes lo que pienso en realidad y sé hacer bien mi trabajo.

— Cierto... pero una cosa no compensa la otra. Padre te obligó a dejar tus estudios al igual que a todos nosotros, y hasta el último penique que nos dejara mamá antes de morir, también en las tierras, pero fue una inversión si bien lo piensas. A la final, todo eso de nuevo regresará a tus manos — sonrió y bebió. — por lo menos, yo lo veo de esa forma y deberías de acostumbrarte, los negocios de la familia son lo primero.

Brodick se mordía la lengua, y en ese instante Robert, que se dio cuenta del disgusto de su amigo, decidió intervenir.

— Les vendría bien una mano o dos, Buchanan. Estos días ha llegado mucha gente por aquí en busca de trabajo.

— ¿Y tú porque no juegas a ser el dichoso afortunado y se los das? — atajó Bodrick lanzando una estruendosa carcajada. Al hacerlo, marcó unos óyelos muy atractivos a ambos lados de su boca — te aseguro que el viejo no estaría de acuerdo con que nosotros los reclutáramos.

— Bueno, no me gusta la gente que es chapucera, — alegó mientras meneaba distraído su vaso. — No es por alardear, pero... ya conoces la calidad de mi trabajo, Bodrick, aún no he perdido ningún cliente por ser malo, todo lo contrario, y eso me mantiene conforme hasta los momentos.

— ¡Es cierto! — dijo Alan pasado de tragos y riendo al lado de Douglas. — El maldito tuvo mucha suerte de que el viejo Robert se fuera a descansar antes de tiempo. Le dejo todo, bienes, casa, vino, mujeres...único hijo... — se limpió un costado de la boca con el dorso de la mano y le lanzó una mirada turbia — pero el buen hombre tenía juicio, de tal palo tal astilla ¿no? Era un buen hombre.

Douglas sonrió.

Era el mayor de los Buchanan y el único que hubiese heredado el cabello rubio trigo de su madre Frances y sus ojos de un azul espeso. No sólo eran envolventes, sino también retadores. Tenía rasgos altos y bien definidos, sin embargo y entre sus muchas diferencias, compartía el porte con sus hermanos y desde luego, el mal carácter.

En cualquier lugar que decidiera ir, las mujeres se volteaban a verlo y eran propensas a perder por completo la cabeza por él. Era alto, regio y no solamente se veía, sino que se sentía muy poderoso y eso no era otra cosa, sino un resquicio de su fuerte personalidad. Lo peor del caso, era que Douglas no pecaba de ignorante y algunas veces se valía del mérito para conseguir sus propósitos y así salirse con la suya. No podía decir que no tenía lo que deseaba, pero lo que más anhelaba en la actualidad no lo tenía. Y eso al parecer, le estaba restando poco a poco pedazos de su sano equilibrio.

Bebió de nuevo para alejar los pensamientos del apacible rostro de ella, y de sus modales bien refinados... sus gestos delicados, de piel radiante y mirada paciente y hechicera...

¡Como si fuera tan fácil!

Sacudió despacio su cabeza, intentaba olvidarla, eso sería lo más prudente por su bien y el de la familia. El odio sembrado en el corazón de su padre por tantos años era tan real, tan palpable y tan fundamentado, que hasta él y sus hermanos lo habían llegado a sentir. Aquella mala mujer había logrado destruirlos a todos, y por supuesto que lo entendía muy bien.

Se dirigió a su amigo.

— Ya deja en paz esa botella Alan, o no valdrás un penique para cuando lleguen las chicas, y juró que si quedas mal te lo haré pagar.

— Por todos los cielos... — balbució Alan y apoyó la frente sobre la mesa. Ya se sentía descompuesto, pero al nombrarle a las chicas lo meditó un poco más.

— Y no solo Douglas te lo hará pagar — intervino Robert que se encontraba a buen tono. — Hemos preparado una gran sorpresa para Owen, tenemos en ello más de cuatro días joder, así que no lo arruines. Tal vez te deje echarle guante en la parte de atrás a una o dos. — Sonrió con cierta perversión y miró por encima de su hombro — Y, por cierto, estuvo bueno el paseo de hoy por las calles — se dirigía a Brodick especialmente— le hemos colocado al novio la facha de mujer y todo fue un grandioso caos. Le dije que en resumidas cuentas le sentaba el colorete y las prendas femeninas, que, si estaba seguro de que la elección para casarse fuera una mujer, y el desgraciado se ha ofendido, le hubieras visto. ¿Dónde está él?, ¿Owen? juraría haber visto al mal nacido hace pocos minutos por la barra.

— No lo Sé, pero... ¿aquel que esta allá no es McKinnon? — preguntó Brodick con una sonrisa. Todos se giraron menos Douglas que se encontraba de frente hacia la barra.

— Parece que no se esperó a las chicas para emborracharse, me preguntó porque — dijo Douglas sonriendo— está ebrio como una cuba.

Lyon tenía un aspecto miserable apoyado en la barra. La barbilla gravitada en el dorso de su mano y en la otra un trago de escocés, junto a él una botella casi a terminar, otra vacía y residuos de cerveza al rededor. Tenía los botones de su camisa desabrochados y la mirada vaga, ¿o sólo sería la imaginación de Douglas?, pero tampoco estaban a mucha distancia, así que creía estar en lo correcto.

Brodick aferró su vaso y se levantó de pronto.

— Iré a por él— dijo animado. En ese momento se alzaron los gritos y todos se giraron hacia la puerta de entrada.

Comenzó a sonar el Clàrsach y se unió un acordeón en gran escala, los hombres comenzaron a gritar palabras obscenas e incitadoras. Las mujeres envueltas en plumas y vestimenta escasa, pero de extravagante colorido, no se dejaron apabullar, más bien cuanto energía llegaron desparramando por doquier, se veían perfectas, sanas, sonrientes y anhelantes de sexo, en total eran siete. Pasaron en medio de las mesas y del barullo, y una ola de hombres en pleno alboroto se levantaba de sus asientos, sonrientes y bien dispuestos a colaborar en todo lo que fuera necesario para incitar a más diversión. Apartaron las mesas hacia los extremos, abriendo espacio, y alguien arrastraba a Owen desde la parte de atrás de la taberna con los ojos vendados con una tela negra, y las manos atadas al frente, y allí en todo el centro en una silla de madera le sentaron. Tenía el pecho desnudo y los vellos dorados resaltaban su piel bajo la luz amarilla del foco. Le habían colocado el *Kilt* de lana con los colores alegres de los McDonald, las mujeres gritaban “Nada bajo el Kilt, quítatelo” y a criterio de Brodick, lucía una sonrisa bastante estúpida y muy feliz, y eso que aquello apenas si atisbaba a ser un buen comienzo.

Douglas y Robert ya bien animados se levantaron también y comenzaron a silbar, los hombres golpeaban con sus fuertes manos las tablas de las mesas con mucho estruendo, una chica de piel nívea y con tentadores senos, comenzó a pasarle licor de su boca a Owen y a verterlo poco a poco sobre él, luego intentaba recoger el líquido con su lengua por todo su cuerpo, y deliberadamente rozaba sus generosos pechos al erguirse, directo sobre su rostro, Owen intentaba desenfrenadamente de zafar sus muñecas y juró que iba a estrangular a todas esas personas cuando lo consiguiera al fin. Comenzaba a sentir la inevitable erección de su cuerpo desnudo bajo el Kilt. Deseaba tocar, sentía el delirante calor de su lengua, su aroma que era deliciosa fragancia a lavanda, ya estaba completamente excitado bajo los efectos de sus pensamientos alucinantes.

— Es una adorable tortura... — Apreció Douglas de pronto y todos se echaron a reír y a hacer bromas al respecto.

Los chicos de momento se olvidaron del amigo que al parecer tenía intención de ahogarse en aquella barra. Como fuera, McKinnon tampoco deseaba más compañía. Había sido arrastrado hasta allá por puro resentimiento, se sentía no solamente humillado en lo más profundo de su ser, era evidentemente, un hombre despreciado y

quería olvidar las palabras de esa traidora mujer, pero su rostro angelical y su aliento fresco lo acompañaban allí, la calidez de su cuerpo, la dulce miel de su boca, le atormentaban a cada segundo y realmente estaba desesperado.

Escuchó el bullicio y con dificultad se giró un poco, por un segundo le pareció que se caería de la banqueta. Aquel tarado seguramente ahora estaría feliz por casarse. Hasta ese imbécil de McDonald había tomado la delantera, pero no él. No él.

— Maldito bastardo... — murmuró y de nuevo fijó la mirada en su vaso.

Capítulo 3

Ian Kinnaird ya había recibido la respuesta a su telegrama, por consiguiente, la mitad del problema estaría resuelto en poco tiempo.

En realidad, no le gustaba tener que ocultar ciertas cosas, sin embargo, el fin justificaba los medios o al menos eso decían, y si era por el bienestar de su única hermana y el de él, mucho más rápido había que actuar. Se convenció el joven caballero frente al espejo en el vestíbulo, mientras terminaba de acomodar su corbata,

ya había recibido el segundo llamado desde el exterior. Willa estaba emocionada ya que por primera vez en su vida asistiría a una obra de teatro y habían escogido *La bella Durmiente*. Por esas semanas llevaban excelentes críticas de los bailarines ingleses, decían que la chica tenía un innato talento, que dejaba fluir el alma y lo proyectaba a los espectadores como por arte de magia. Había leído algunos reportajes sobre eso, la gente no dejaba de llorar, buen Dios... bueno, le gustaba el ballet sin lugar a dudas, pero particularmente no se veía llorando, claro que no.

— ¡Ian! — grito su hermana de nuevo, en tanto sonaba la bocina del Mercedes.

— ¡En un segundo estaré con ustedes!

Esa noche Nick contrató a Esther, una buena mujer de mediana edad, para que cuidara de Joseph. No lo podían llevar e hizo el esperado berrinche al saberlo. Había hecho una buena liga con Willa en aquellas tres semanas, y su amigo realmente lucía muy complacido con ella. El niño que siempre estaba solitario y triste, ahora se le podía escuchar riendo por toda la casa solitaria.

— Esto es simplemente un milagro, Ian — dijo un domingo por la mañana su amigo. — No creo tener palabras para agradecértelo, hermano. Se ve feliz.

— Es porque está feliz, ¿y quién no lo estaría con ella aquí? Es más parecida a un ángel. A veces me pregunto de donde ha sacado el carisma para los niños. — particularmente no sería de sus padres, pensó, no lo comentó, no quería ahondar en el tema.

Ambos los observaban desde la terraza, sentados desde el par de sillas *Adirondack* pintadas en color verde bosque. Willa y el pequeño, se lanzaban un balón rojo inmenso dentro de la piscina, chapoteaban y se reían. La sonrisa de ella era deslumbrante.

— Creo que tu hermana es sencillamente estupenda — dijo Nick bebiendo un sorbo de su bebida de coco-poof, la cual era explosiva.

Él mismo la había ingeniado y era mejor no preguntar en qué consistía, bastaba con saber que una persona en condiciones normales, comenzaba a alucinar al finalizar el primer vaso, la comparación siempre hacía reír a su amigo. Ian lo miró, pero prefería su café por las mañanas, no le importaba lo muy ridículo que podría verlo Nick o lo muy santurrón, le bastaba con llegar al medio día con todos sus sentidos en su justo lugar.

— Y también es muy bonita, ¿no? ¿Qué edad tiene?

— ¿En serio? — hizo una mueca. Su amigo sonrió de verás y se relajó en el espaldar.

— Creo que es una belleza, digo... creo que es encantadora, no me lo tomes a mal.

— Pues, no se encuentra disponible, si eso es lo que deseas saber. — Nick suspiró y puso su mano en el corazón.

— Solo ha sido una pregunta. No digo nunca que no a ningún reto, pero... aún no está en mis planes involucrarme con alguien. Todo aún en mi vida está muy fresco, el accidente, todo, lo sabes... por lo que me has dicho creo conocer cuáles son los planes en su futuro, sin embargo, es un acto lamentable y una verdadera lástima. Si me preguntaras, te diría que no Ian, ella necesita saberlo. — dijo y se levantó de pronto. — ¿Vienes? — le invitó y sin esperar respuesta se lanzó al agua cristalina.

— Claro. — respondió a la nada.

Él Sabía perfectamente lo que tenía que hacer.

Y eso era justo en lo que se había metido, no había vuelta atrás ni media tintas, solo esperaba que algún día ella llegara a perdonarle.

Habían comenzado el último acto.

La hermosa bailarina con leotardos rosados se encontraba reposando en el lecho de terciopelo encarnado, esperando a que su enamorado llegase para depositar en sus labios el beso que le devolvería la vida. La gloriosa música hacía que todo se sintiera mucho más real y emotivo, Willa estaba fascinada en medio de la oscuridad y un silencio misterioso, y por un momento se sentía hechizada, envuelta en un halo de belleza que le parecía estar tendida delicadamente allí, con los brazos descansando sobre su pecho y laténdole el corazón al ritmo de aquella música exquisita e inmortal.

El hermoso príncipe era de cabello oscuro brillante, danzaba en torno a ella, y la joven desde su asiento, pudo percibir que era fuerte y muy alto, tenía hermoso cuerpo bien torneado y sincronizaba mágicamente todos sus movimientos. De pronto hincó la rodilla en el suelo pulido y oscuro y la miró fijamente antes de atreverse a posar en sus labios el beso vacilante. Luego de un par de segundos, la chica despertó, parecía incomodarle un poco la luz, se veía tan extraviada y aturdida, pero luego fingió sucumbir al amor tan magistralmente, que Willa no pudo evitar comenzar a llorar, las lágrimas se deslizaban solas por sus blancas mejillas.

Nick le ofreció su pañuelo de seda en silencio sin hacer comentario alguno y sonrió para sí satisfecho. Ian al otro lado de ella, prefirió ahogar su comentario y miró a la exquisita pareja al frente. Todo era mágico y hermoso y ella escuchaba como los suspiros acariciaban su alma anhelante y en general todo a su alrededor. Deseaba desesperadamente ser aquella princesa amada.

Se veía tímida y asustada, tan ingenua en su castidad de princesa que el príncipe la deslumbró con ágiles pasos, provocando e incitándole a bailar con él. Y bajo el hechizo del amor realizaron un apasionante paso sincronizado con el único fin de que el príncipe amado la elevara de manera triunfal con la palma de su mano. La mantuvo allí unos segundos enigmáticos en tanto giraba con ella sobre sí mismo, para que vieran toda su gloria. Luego, la deslizo, era un descenso lento que ella recorrió adherida a todo su cuerpo esbelto.

Dudaba que hubiera algo tan hermoso como esa escena. Terminado el acto, las luces se encendieron y los aplausos fueron ensordecedores como había de esperarse. El telón abrió y se cerró varias veces y llovían al escenario hermosas flores de vivos colores, rosas, claveles, alguien dejaba caer un enorme ramo de rosas blancas a sus pies en ese intervalo de tiempo... la pareja caminó hacia delante y se colocó en el borde de la tarima y el resto del elenco se les unió para recibir una calurosa despedida. Los aplausos no cesaban, fue un momento especial, vívido y lleno de euforia y el primer bailarín con franca espontaneidad, sujetó a la princesa con gracia y gentileza y la inclinó en sus brazos hacia el público, hacia al frente, y en ese minuto el hermoso arreglo resplandeciente de su cabeza se soltó y una inmensa mata de cabello rojo y brillante se liberó delante de todos los presentes. Hubo un segundo de silencio agónico y luego más aplausos y mucho más fuertes.

Parecía haberse congelado la pareja allí, las personas ansiaban que él finalmente la besara, pero ella sólo le acarició con exquisitez y ternura su mejilla. Entonces él príncipe sonrió de verás, una sonrisa especial e impresionable, irradiaba demasiado calor entre ellos, luego, la incorporó a su lado.

Y el corazón de Willa se paralizó, por un tiempo que le pareció interminable dejando de respirar.

Miró a su hermano, él hizo lo mismo al unísono y fijaron de nuevo sus ojos en la chica de manera automática.

— Yo... yo... es increíble. — balbuceo ella casi en un susurro.

— Digo lo mismo — respondió Ian sobresaltado.

Descubrió a su amigo literalmente allí de pie, paralizado, y al igual que ellos no creían lo que estaban viendo.

— ¿Cómo se llama la bailarina, Nick? — Nick lo miró turbado.

La pregunta lo arrebató del asombro con la rapidez de un rayo, e intentó enfocar en sus recuerdos la respuesta adecuada.

— Se llama... *Katerina, Katerina Beckham Petrova*.

— *Caroline* — llamó Nick.

Él era el único que le llamaba por su primer nombre y le gustaba en verdad, pero en ese instante su corazón palpitaba por la espera. Habían solicitado ver a los bailarines para felicitarlos y descifrar el misterio que encerraba su vida. Ella se descubrió inmersa en los pensamientos y apenas si lo miró repantigada a la pared. Fuera de bastidores no eran los únicos, se encontraban las personas más adineradas y privilegiadas de la zona con el mismo propósito, y consiguieron llegar los tres hasta allí por el apellido Astor. Fue una cuestión quizás de suerte recapacitó ella.

Una mujer con el cabello teñido, diminuta, y bastante retocada salió de camerino y les dedicó una sonrisa más bien construida y se dirigió a los presentes.

— La señorita Beckham pide disculpas a todos, ya que se encuentra un poco descompuesta por los momentos, además de agotada lógicamente, y como parte de su agradecimiento desea invitarles para nuestra función del miércoles, donde presentaremos El Cascanueces, a la misma hora.

Había nueve personas esperando con ellos y a todos les entregó entradas libres. Ian sujetó las correspondientes y Nick al ver que la gente se despedía y murmuraban algo por lo bajo, dio un paso hacia la mujer quien de nuevo le sonrió.

— ¿Puedo ayudarle en algo más caballero?

— De hecho, creo que, si puede hacerlo, señora...

— *Madame Fairchild*. — Nick asintió y sujetó su mano en gesto gentil y la rosó con sus labios apenas, los ojos de ella brillaron.

— Mi nombre es Niccolai Astor, es un gusto conocerle madame Fairchild — dijo pausadamente.

— Sé perfectamente quien es usted, — le atajó con una sonrisa real que llegó a brillar en los ojos claros— en varias partes del mundo aparece su rostro. En grandes revistas y en los periódicos, en eventos sociales de gran magnitud con sus actos de beneficencia luego de la guerra, y por supuesto, es su buen nombre el que encabeza cada artículo. Realmente magnifico y un placer conocerle ahora en persona señor Astor.

—Gracias, desde luego... —hizo una pausa y le devolvió la sonrisa de manera generosa— esperaba entonces toda su aceptación, deseábamos felicitarlos por su noche de estreno con tanto carisma y éxito, estoy seguro de que su apertura en nuestra ciudad no pasará desapercibida, y además de lo evidente, tenemos una gran incógnita mis amigos aquí presentes y yo. Si nos permite, nos encantaría si es posible un minuto con la hermosa y talentosa prima ballerina...

Dicho esto, Nick, alargó hacia un lado su mano invitando a Willa a que le acompañara. La chica no lo dudó, y al verla madame Fairchild, parpadeo. Por un instante el color de su rostro pareció desvanecerse.

— Esto es... — lo miró estupefacta, y de nuevo a la chica — es... extraordinario... el parecido, ¡oh santo Dios!... denme sólo un momento por favor.

Moviéndose con ágiles pasos, huyó por la puerta. Willa para no caerse como un acto reflejo producido por sus nervios, se sujetó del brazo de Nick. Se encontraba visiblemente alterada, la pregunta sonaba una y otra vez en su mente ¿Cómo podía ser posible tanto parecido con ella? ¿Quién era aquella chica? Pero todas las preguntas caían en una espiral oscura en su interior haciendo eco en su conciencia, necesitaba respuestas, muchas de ellas para ser franca.

— Willa, debes calmarte cariño — dijo su hermano ya a su lado.

Pero ni el mismo se creía sus palabras. Visiblemente aturdido comprendió que no conocía sino parte de la historia. Había vivido ¿Cuántos años con este engaño

siniestro? ¿Por qué su madre no pudo confesarle toda la verdad? O sus tíos, ¿Por qué ocultar esto tan importante? ¡Maldita fuera su vida! Cerró el puño con indignación, ¡maldito fuera su padre! Y que Dios lo perdonara por sentir aquello con tanta crueldad, con tanta ira ¿y porque no decirlo?, si, también con tanto odio. Habían plantado tanto odio en su corazón que en ese momento se sentía asfixiado, el odio superaba en ese entonces su buen juicio. Ya no sabía que pensar de todo eso. Tampoco los Buchanan demostraron honor al ocultar parte de la verdad, y si no lo hicieron, un motivo turbio debía de existir, ¿Cuáles serían entonces las verdaderas intenciones hacia Willa? ¿Habría cometido un terrible error acaso? Sacudió su cabeza, tomo aire hasta llenar sus pulmones, ya no sabía en quien creer ni confiar... Aquella joven también era su hermana, aunque ella nunca lo supiera.

Esperaron allí inquietos y con ceño fruncido, alrededor de unos largos e interminables diez minutos. Cuando por fin Katerina Beckham Petrova salió, lucía su rostro sin nada de maquillaje, la cubría una exquisita bata de seda gris plomo y su cabello parecía flotar como una llama ardiente en su entorno. No dijo nada al ver a Willa, solo abrió enormemente los ojos también verdes, verdes como los pastos, como los de Willa y se miraron largo rato. Se detallaban con minuciosidad, la nariz respingada, la tez clara y hermosa de porcelana, sus labios carnosos, el cuerpo esbelto, de nuevo los ojos de ella inspeccionaron el cabello rojo de Willa, el mismo largo, textura, color... la similitud era impresionante en verdad, eran idénticas. Luego asintió sin decir palabra, ni en son de alguna respuesta jamás pronunciada, simplemente se hizo a un lado para darles entrada a su privacidad.

Madame Fairchild en ese instante, tuvo la gentileza de salir con otras bailarinas hacia otro lugar para dejarles a solas. Antes le colocó una mano consoladora a Katerina en el brazo.

— Estaré bien, lo prometo— dijo la chica.

— Si necesitas algo, — lanzó una mirada rápida a Willa con preocupación— alguna cosa... estaré cerca Katy.

Ella de nuevo asintió. Espero a que madame cerrara la puerta tras de ella y les hizo una seña para que la siguieran.

Caminaron en silencio los tres juntos. Las flores de gran colorido estaban dispersas en todo el lugar, encima de una mesita, en una ordenada fila en el suelo alfombrado de azul oscuro, y a un extremo del tocador también había flores, esparciendo su dulce y variada fragancia silvestre en toda la estancia, se sentía y se respiraba un aire irreal muy agradable. Encima de un cómodo sofá descansaba el traje de Cenicienta que se quitara minutos antes, y a su lado las zapatillas hermosas. Katerina con rapidez los sujetó y lo llevó al guardarropa que se encontraba al fondo del camerino, otros trajes de brillante colorido colgaban con los Tutu a la espera algún danzarín. En el suelo los distintos tonos y tamaños de zapatillas deslumbraron a Willa, quien le encantó tantos colores espléndidos, había verdes, rosas, azules, turquesa, carmesí, color plata... seguramente la vida de esa mujer era maravillosa, se imaginó que era feliz, era dichosa y por algún motivo sintió mucha satisfacción.

— Siéntense por favor. — les ofreció un lugar en el sofá y ella arrastró la silla que usaba en su tocador personal para colocarla frente a ellos.

Se sentó irguiendo sus hombros, cruzo sin prisa sus piernas, con cuidado de no dejar abrir su bata de seda gris. Tenía un aire tan sofisticado al igual que su manera de mover las manos delicadas, blancas y bien arregladas, con gracia y finura, que a ninguno de los tres pasó desapercibido. Todo en ella era agradable, hasta el tono de su voz era un poco más profunda que la de Willa, su ligero acento inglés, su manera de pronunciar las palabras...

Respiró. Estaba esperando. También se encontraba ansiosa. Ellos parecían hipnotizados. Katerina sonrió, estaba acostumbrada a ese tipo de reacciones en el largo recorrido de su vida. El primero en despertar del sueño desde luego fue Nick.

— Es un placer señorita Beckham, soy Niccolai Astor como ya debe saber.

— Desde luego — asintió y le lanzó una mirada maliciosa— se bien quién es usted, el placer es retribuido. Pero su visita es desconcertante para mí — miró a Willa — quisiera... quisiera saber...

— Yo también deseo saber — soltó Willa de súbito sorprendiendo por un segundo a la chica— mi nombre es Willa Kinnaird, soy nacida en Escocia, y esta noche para mí fue... algo traumática si puedo decirlo así sin causar incomodidad. Él es mi hermano Ian Kinnaird — lo señalo y el joven asintió, pero no pronunció palabra.

—...De hecho, él es mi única familia directa que me queda, ya que mis padres no hace mucho fallecieron en mi país. Es mi único hermano, y mi amigo Nick aquí presente, hoy me ha regalado una noche maravillosa. Usted me ha hecho llorar con su magnífica presentación en su papel tan emotivo y romántico, y yo... bueno... para mí verle ahora ha sido... revelador.

— Entiendo —dijo ella y asintió. Bajó los ojos a su regazo, pensativa, también estaba llena de una profunda confusión y a medida que la chica le hablaba, más extraña se sentía. Había algo en ella que la imantaba además de que como ella misma había dicho, era una noche extraña y reveladora.

— En realidad me encuentro en la misma situación que usted señorita Kinnaird. — Confesó de pronto— no se bien que responderle. Se bien que usted está buscando respuestas a nuestro parecido, pero no las tengo.

—...Soy hija de un caballero ingles de familia digna y honorable. Mi madre es extranjera. Tengo otros hermanos y nos parecemos sin duda. Hombres y mujeres de hecho — sonrió al recordarlos — somos cinco hermanos, dos de ellos son médicos de oficio, otro ha seguido los pasos de mi padre en la banca, mi hermana es una hermosa actriz de Hollywood, y yo. Algunos no están en Inglaterra, pero yo cuando no me encuentro de gira, allí es donde resido en forma permanente. Así que... no puedo decirle otra cosa, dicen que en algún lugar del mundo existe una persona igual a uno, un doble, tal vez... no lo sé bien... pero al fin yo haya encontrado el mío, ¿no lo cree usted así? Por su puesto, usted también el suyo. — sonrió hecha un manojito de nervios ahora.

Deseaba desesperadamente que se fueran de allí. Se sentía por alguna razón desconocida un tanto amenazada. La vaga y extraña sensación de que su vida corría peligro comenzó a atormentarle, y el caso era, que a Katerina Beckham Petrova no le gustaba tener ese tipo de eventos en su vida, donde perdiera el control. Las cosas para ella se tornaban peligrosas cuando no podía resolverlas, poner todo en el carril, en orden, para ella era demasiado importante. Y peor el caso sino podía planificarlas, simplemente las desechaba de su vida. Esa sensación la agitó de manera tal, que sintió un repentino rechazo hacia ellos.

— De hecho — Ian finalmente hablo. Se aclaró la garganta un poco para empezar a decir algo. ¿Pero qué demonios estaba dispuesto a decir? Tenía la mente hecha literalmente papilla. — creo que comparto su opinión al respecto, sí, desde luego que si... está en lo correcto. He escuchado que todos en la vida tenemos en algún lugar del mundo un doble, y evidentemente este es el caso de mi hermana. Yo por mi parte espero no encontrar aun el mío, la verdad — se levantó con prisa, alisó su traje negro, mientras reconocía sentirse con honestidad, completamente muy estúpido, y Nick, aunque no comprendía su repentino cambio de aptitud, le siguió— le ruego nos disculpe por la intromisión a su privacidad.

Willa a regañadientes también se levantó del sofá.

— Por favor, no debe disculparse, no es ni ha significado su visita ser de ninguna manera una molestia — Katerina miró a Willa por el rabillo del ojo y respiro intentando relajarse también del impacto. — por el contrario. Es... o fue una verdadera sorpresa.

Dicho esto, los acompañó hasta la puerta del camerino. Cuando se despidieron ella le extendió a Ian su tarjeta de presentación.

— Quizás en un futuro podamos volver a reunirnos por otros motivos mucho más agradables, ¿no lo creen así?

— Seria realmente un honor — respondió él, pero sin darle veracidad a sus palabras.

Guardó con rapidez en el bolsillo de su traje la tarjeta y se despidieron.

Arrastró a su hermana por todo el silencioso pasillo por el brazo, hasta el exterior. Willa no quería dar la retirada, no quería marcharse de allí y en dos oportunidades quiso hablarle, pero él la silenció. Nick se les había adelantado para poder darles un poco de privacidad y además necesitaba pensar en lo que realmente había sucedido hacía algunos instantes. Desde luego, su amigo no le había contado completamente toda la historia ¿o sí? Como fuera, necesitaba cenar, un trago y mucho aire fresco.

— Fue raro — dijo Willa a Nick al día siguiente.

Estaban desayunando en la terraza con Joseph. Ian no había regresado la noche anterior luego de que se escabullera de ellos en casa. Pero según Nick, era un hábito ya en él. Se quedaba por allí, por lo general con amigos de juego haciendo apuestas

en diferentes lugares, algunas veces con chicas, apenas si Willa comenzaba a reconocer que eso podría representar en un futuro ser un problema para Ian. Mentalmente anotó el tema como *pendiente*, para conversarlo con su hermano a su regreso.

La chica sirvió más de crema en su café y le ofreció un poco.

— Estoy bien así, gracias. — dijo y la miró por encima de una tostada que se llevaba a la boca. — ¿a qué te refieres, Caroline?

— ¡No quiero huevos así, Willa! — interrumpió Joseph, que había apartado de manera grosera su plato. Su cabello liso y rubio estaba levantado en desorden y ella con la mano buscó de contenerlo de alguna manera.

— ¿Cómo quieres los huevos entonces?, siempre los comes con crema Jo. — él chico movió la cabeza de lado a lado y frunció más el pequeño ceño.

— Hoy no. Hoy yooo quiero panqueques Willa. Samantha no sabe hacer panqueques como tú los haces. No les pone caritas de chocolate ni crema batida como tú. ¡Me gustan tus panqueques!

— No debes ser grosero Joseph y menos con nuestra amiga, — intervino su padre serio — quiero que te disculpes ahora.

Pero el chico miró a la joven amiga.

— Humm... — ella entornó la mirada al pequeño y fingió molestia.

Joseph sonrió con cierta pequeña y graciosa malicia. Al hacerlo quedó descubierto el lugar vacío donde iría un diente de leche. Pero el hada de los dientes, en días antes se lo había llevado muy lejos y eso le agradó mucho al chico, esperaba que por la hazaña recibiera algún buen obsequio a cambio.

— Sé que no estas molesta, lo sé. — Miró a su padre confiado— Papá, ¿es que no lo ves? Willa no puede molestarse ahora conmigo. Tampoco nunca. — aseguró con firmeza.

— ¿Por qué estarías tú tan seguro de eso? — le preguntó Nick con precaución, además, en ese momento la cara de su hijo era muy graciosa. Estaba luchando por mantener la compostura y no reír.

El chico suspiró un poco frustrado y meneó la cabeza en desaprobación.

— Papá, Wi-lla me qui-e-re, ¿no te das cuenta de eso? Inclusive, sé que me ama. Está enamorada ¿sabes? — Willa casi derrama su café cuando el chico dio tal afirmación.

— ¿Cómo sabes tú eso, Joseph? — Nick rio, una sonrisa fresca en su piel dorada. Su boca era ancha y hermosa.

— Porque mamá jamás se molestaba contigo, y sé que te amaba. Ella me ama, por eso no puede molestarse jamás. También te ama a ti, ¿o te ha engañado? A mí no me engaña, ya yo lo sé.

Willa miró a Nick y sonrió. Bajó su taza y la apoyó en la mesa, y con dulzura se dirigió al niño.

— Algunas veces podemos molestarnos con las personas que amamos, Joseph. Pero si nos molestamos y peleamos lo hacemos por poco tiempo, eso es una promesa. Pero el caso es, que yo no estoy molesta ahora contigo, pero te amaría mucho más si desayunaras tus huevos, eh.

El niño la observó con los ojos muy abiertos, luego y con un atisbo de sabelotodo miró a su padre y le dijo.

— ¿lo ves? Ella ha dicho que me ama. — Miró a Willa con interés— ¿amas mucho también a mi padre? Porque si es así entonces tenemos un verdadero problema.

— ¿ah sí? — Indagó ella— y... ¿Cuál sería, Jo?

El niño miró a su padre y luego a su plato con tocino y con mucha seriedad dijo:

— A papá no le gustan los huevos.

Nick y ella se miraron y estallaron en una franca carcajada. Joseph sonrió y comenzó a comer sus tostadas y huevos también.

— Hoy le llevare al barbero. — Dijo Nick— le hace falta un buen corte de pelo y a mí también por su puesto. ¿Quieres acompañarnos?

— Humm... — la pregunta la agarro por sorpresa.

Definió la boca de Nick como muy bonita. Sus dientes eran blancos, indudablemente... y perfectos. Su mirada subió vaga a su nariz de adonis y masculina y llegó a sentir cosquillas en el estómago cuando alcanzó sus ojos. Eran unos grandes, almendrados, inteligentes y también de una renovada alegría chispeante.

Bajó la mirada sintiendo que el rubor subía a sus mejillas.

— Precisamente no te estoy pidiendo una cita, Caroline — lo dijo para ver su reacción, pero ella mantuvo su mirada sobre su plato vacío y ella no pudo por supuesto, descubrir su sonrisa— pero si insistes...

— ¡No! — respondió de inmediato alarmada.

Joseph que terminaba de comer y les observaba en silencio preguntó de pronto.

— Entonces ¿no amas a papá?

— ¡Por supuesto!, digo, ¡no!, — mordió el interior de su labio azorada, con frustración— bueno Joseph, claro que le quiero, pero no de la maner...

— Está bien Willa, está bien. Ya comprendí — le interrumpió el chico. — ¿sabes? Ya he terminado mis huevos. ¿Entonces me harás por la tarde panqueques?

— Lo haré, lo prometo — le sonrió.

— Ahora jovencito, — intervino clásico Nick — ve abajo y dile a Sam que

vamos a salir, y que necesitas una ropa muy cómoda para ponerte, ropa de sábado ¿de acuerdo? — el chico asintió alegre.

Ese día era sábado, y los sábados eran felices.

— ¡De acuerdo papá, voy como un rayo! Mírame.

Ambos le vieron alejarse y correr escaleras abajo en dirección al hogar.

Luego él la miró, pero Willa esquivó la mirada y observó una bandada de pájaros en el cielo azul y despejado. Había muchos, tal vez cientos de ellos.

— Hace rato me dijiste que te parecía raro, no sé, alguna cosa... ilumíname un poco, ¿Puedes informarme de que se trata, Caroline? — ella frunció el entrecejo y reflexionó.

— Anoche por supuesto.

— Fue extraño, sí. — mintió, aunque no le gustaba hacerlo y la premeditación con que lo hizo le afectó más. Debía restarle interés al asunto, era mejor para todos. — Pero son cosas que algunas veces en la vida pueden pasar, no debes darle más vueltas a ese asunto cariño, te aseguró que no tiene nada en particular que una chica se parezca a ti en algunas cosas...

En ese momento ella lo taladró con una mirada verde punzante.

— ¿Cómo puedes decirme eso, Nick? Tú al igual que yo estabas allí. ¡Viste con tus propios ojos a esa mujer! No se trata nada más de que tenemos algunas cosas en común, es... — ella miró a su alrededor como buscando las palabras adecuadas, empezaba a cabrearse con ese sujeto. — ¡es todo! Es el cabello, el cuerpo, las cejas... sus ojos son como ver los míos en un espejo y lo sabes. Todo esto es tan confuso y extraño y...

— ¿Y?

— Es extraño. La aptitud de mi hermano desde que llegue aquí, también lo es. Sobre todo, anoche. Conozco a Ian lo suficiente como para decir... que no dejaría un asunto como ese a la ligera, ¿no crees? Llegaría hasta el fondo, ataría cabos, no sé, cualquier cosa y en cambio... se resignó a los hechos muy rápido, demasiado diría yo, se resignó al igual que lo estás haciendo tú, a una vaga teoría de un doble en el mundo, ¡Santo cielo!, no me lo puedo creer, además de ustedes dos, ¿quién lo creería? Suena tan absurdo y patético y es porque esto es, muy absurdo, sí.

Nick sonrió pensativo. El corazón comenzó de verás a latirle. Se veía espléndida y bonita cuando estaba ofuscada...

¿Qué podría él contarle? Si él mismo no comprendía lo que en la noche anterior había pasado, él manejaba algo de esa información, cierto, pero era de esos secretos que no le pertenecen a uno y, por ende, no se pueden decir así a la ligera. No le correspondía a él, no podía ser él quien ventilara el asunto sin correr riesgos, sin quedar mal y desde luego, no conocía a fondo la historia, eso también era algo muy importante para evaluar. Cualquier cosa que dijera fuera de lugar, podría tener y traer

consigo terribles consecuencias, si resultara estar equivocado.

Colocó su mano sobre la de ella y acarició con el pulgar sus nudillos. Ese contacto lo estremeció.

— Escucha, tienes toda la razón Caroline. Pero no sé qué decirte. Veamos, tengo una teoría, pero es una teoría algo irracional, y digo irracional porque siendo su amigo, conozco la historia de Ian un poco. ¿La quieres escuchar? — ella asintió. Por primera vez ella no rechazó su contacto y eso le agrado.

—... Digamos que ella es tu hermana desaparecida. ¿Alguna vez supiste de la existencia de otra niña como tú, una hermana perdida, secuestrada?

— Por supuesto que no. Sólo somos Ian y yo. Mi madre no me ocultaría algo así, estoy segura. Era una mujer honorable, de buenas costumbres y muchos principios. Algo así se escaparía de sus límites como persona.

— De acuerdo. Entonces estamos tú y yo juntos en algo, señorita *cascarrabias*...

Ella levantó mucho las cejas, ¿cascarrabias? Y sonrió, aquel sujeto comenzaba a agradarle.

—...Y es en que descartamos, que sea ella tu hermana perdida, ¿correcto? — continuó Nick y ella accedió aún no muy convencida, pero aceptó aquello por los momentos.

Él necesitaba más tiempo para que ese misterio fuese resuelto sin necesidad de su intervención, así que Nick agradeció al supremo, o quien fuera que le estuviese brindando aquella ayuda adicional en silencio, y reanudó.

—... Bien, creo que deberíamos entonces colocar ese punto, en último lugar de la lista, vamos ahora al siguiente punto probable en vías de resolver este adorable misterio...

El sol se encontraba a punto de desaparecer en el horizonte. Podía ver kilómetros de verde e insondable naturaleza extendiéndose de forma ondulada, las depresiones de los valles encastrados entre las montañas, el cielo arrojaba trazos de color anaranjadas y doradas esplendidos hacia Nina, aún no esparcía su sombra por lo que se relajó un poco más, faltaba todavía algo de tiempo para que cayera la noche. Había pasado la tarde recolectando algunas frutas, y luego de presenciar la llegada de los intrusos y tener otra discusión con Bruce, decidió que debía salir de allí a tomar un poco de aire.

Su opinión jamás valdría con Bruce Buchanan ni un penique.

Relámpago había mejorado de su malestar, lo que la hizo más feliz esos días, la llevó a dar un paseo y terminaron en su lugar favorito en el río. Luego de un buen baño, se sentó en la herbosa ladera cerca del agua para secarse y comenzó a cepillarse el largo cabello. No estaba desnuda, llevaba puesta su ropa interior de encajes turquesa y su ropa estaba apoyada en los pequeños arbustos cerca de la montura. Pero

aún no quería irse de ese magnífico escenario, estaba en un estado de éxtasis y de liberación, distraída de la realidad, disfrutando plenamente de la soledad de sus alrededores. También estaba a varios kilómetros de distancia de su casa, lo cual para ella significaba ser muy bueno. Su meta era estar sola esa tarde y lo había conseguido, una tarde casi perfecta, despejada, con solo el ruido relajante que producía el agua, los pájaros con su hermoso trinar, y el hermoso y magnánimo cielo, y toda esa hermosura para ella sola. Se sentía bendecida, generosa...

— ¿Qué demonios estás haciendo aquí, tan sola?

El rugido hizo que Nina casi rodara sobre sí misma. No era necesario que volteara para saber de quien se trataba, sin embargo, aun así, lo hizo.

— Alec, no te escuche llegar.

— Un punto a mi favor. — dijo sin ninguna emoción, mientras caminaba hacia la yegua y la examinaba un poco. — no es sensato que salgas tan lejos de casa tu sola. Deberías estar acompañada por alguien, nunca se sabe que podría pasar. He escuchado que hay gente nueva rondando por allí, no sabemos en realidad quien puede estar dando un paseo y tú aquí de manera insensata y casi desnuda.

Ella bufó y él no le prestó atención.

— ¿Acaso no sabes diferenciar una mujer con ropa de una desnuda?, para tu información esto es como un traje de baño, lo que quiere decir que no estoy desnuda.

— Para mí estas desnuda, fin de la historia.

Ella no respondió y de nuevo se giró, se quedó contemplando la superficie reluciente del agua. La alegría había quedado atrás, su maravillosa tarde repleta de paz... ¡puff! desterrada en el pasado, siempre en el pasado, pensó. Pegó sus rodillas al pecho y las abrazó.

Alec le lanzó toda su ropa y le atinó en la espalda.

— Póntela y vámonos ya a la casa, el viejo está cansado de preguntar por ti y he corrido con suerte al saber dónde encontrarte, Douglas me ha dejado cerca de aquí.

— En un momento Alec. Quiero quedarme aquí un poco más, sino te molesta. Todavía el sol no se ha puesto y estoy disfrutando del paisaje de la tarde, además aún estoy mojada, no quiero montar a relámpago así.

¡Que tonterías! Pensó el hombre, pero no lo expresó, en cambio...

— ¿Cómo ha seguido la yegua?

— Mejoró. McKinnon la curó bien, la ha atendido, y yo me esmeré en darle lo mejor de comer estos días. Hasta hoy, le siguió dando el tratamiento y la saqué de paseo porque mantenía un poco de nerviosismo, él me dijo que seguramente era producto del encierro, quería correr, y lo hizo muy bien. Me parece que estaba cojeando un poco, en paso corto.

— Si quieres puedo revisarle los cascos.

— Ya lo he hecho, creo que deberíamos llevársela a Robert.

Alec caminó hasta encontrarse de pie junto a ella. Aquel era también su lugar favorito de niños. Recordaba cuando saltaban a la parte más profunda y chapoteaban, era la época donde llovía constantemente, el hermoso río de aguas cristalinas solía entonces desbordarse, haciendo difícil en él muchas veces la pesca. Se divertían mucho, si, hasta que comprendió que la vida no siempre resultaba ser de una manera tan fácil. Su padre les informó de la responsabilidad. Un sermón sobre el pasado y como había sobrevivido por tantos años a la desgracia, y desde luego, como seguirían ellos de allí en adelante. Dándole la cara a la adversidad, a la vida, para restablecer el honor y el buen nombre de la familia. El silencio hizo que Alec rememorara aquella tarde, Bruce los sentó en la piedra angulosa a los tres hermanos, y le contó una terrible pesadilla llena de horror.

Fue la tarde en que se heló su corazón. Lo sintió. Conoció el odio, el rencor más puro y palpable, un sentimiento que jamás creyó tener dentro de sí, algo que comenzó con una historia basada en hechos reales, y que su padre, con sumo esmero lo supo atender, lo regó y dio los verdaderos frutos con el pasar de los años. Ese día, el velo de su querida hermana se desmoronó en forma súbita. No era su hermana finalmente, era una bastarda. Una miserable bastarda que había llegado al mundo para destruirlos a ellos, para recordarles que su nacimiento solo producía vergüenza, dolor y rabia. Mucha rabia contenida por largos años... Un odio saludable entonces acarició aquel recuerdo. La salud de su padre, gracias a ella, quedó devastada, y desde luego, había llegado la hora de pagar aquella miserable factura.

Casi en medio del arroyo estaba aquella piedra, con sus ángulos afilados y grises, y más hacia Alec cerca de la orilla, yacían otras dos haciendo de peldaños el camino hacia ella. De chicos solían saltarlas hasta llegar a la mayor. Recordaba su risa... miró a la causante de todo eso. Ni siquiera lo miraba, estaba perdida en el escenario, en sus tontos pensamientos, admirando el estúpido ocaso tal vez, o temblando de miedo porque sabría lo que significaría estar por el resto de su vida atada a los Buchanan, eso o merecer entonces algo peor. Eran los verdaderos propósitos de su padre, claro estaba, y aunque le pareció bien desde un comienzo, algunas veces Alec cuestionaba su decisión.

— Vámonos Nina, está pronto a oscurecer y padre te necesita.

Ella resopló.

— ¿Tu padre necesita más madera para avivar el fuego? ¿O necesita que le saque a pasear en su silla otra vez? — preguntó con sarcasmo. Alec rodó los ojos de ella.

— Levántate y vámonos. No hagas rabiar a Bruce, ya sabes que no te conviene ¿verdad?, ¿o quieres que te refresque la memoria, Nina?, no me hago responsable si la cosa acaba a gritos está noche.

Clavó sus ojos crueles en los de ella.

— Yo conozco el camino de regreso, gracias. Puedes irte y decirle que ya me encontraste, que no he huido, porque eso es lo que debes hacer, lo que harás. Irás

como un buen niño detrás de su padre, a decirle todo lo que hago, no disimules y ve. Yo iré atrás, demonios.

Ella apartó su mirada, y Alec con su bota y de un puntapié le dio de lleno por el costado, ella gimió. Estaba harta de sus abusos. De él, sobre todo.

— ¡Déjame!, ¡eres repugnante, Alec! — le gritó.

Él sonrió. Al hacerlo sus ojos brillaron, le gustaba el tono de su voz cuando gritaba, le recordaba una época en que fue feliz, de niños, un solo recuerdo bueno en su vida que de vez en cuando se permitía conmemorar. Alec pateó su ropa y se la lanzó de nuevo a ella llenándola de tierra.

— Vístete, mueve tu inmundo trasero. Vendrás conmigo, no hay otra manera.

Nina se levantó ya hecha una furia. Agarró su ropa y la arrojó al río con todas sus fuerzas. Ambos vieron como la bonita camisa azul flotaba y era arrastrada hasta la boca del afluente, para danzar en el zigzagueante movimiento del agua que era producido por las rocas que se encontraban al fondo. El pantalón iba detrás hundiéndose, y él sintió una verdadera obstinación cuando la miró.

Capítulo 4

La detestaba.

Le sacaba de sus casillas. Era capaz de tomarlo, alisarlo y estrujarlo con la misma facilidad a cuenta de sus actos, todos ellos insensatos. Apretó los puños, ella sabía lo que él estaba pensando, y dio un paso atrás. Esta vez no le sería tan fácil pegarle, no.

Con velocidad, esquivo la bofetada y se lanzó al agua. Se aseguró de alcanzar a nado el lado más hondo y se volvió a mirar. El agua ya había bajado su temperatura y los dientes comenzaron a castañearle. La oscuridad comenzó entonces a cernirse sobre ella y suspiró por su endemoniada idea y su mala suerte, por la ilusoria idea de una tarde casi perfecta. Echo un vistazo a la orilla, Alec le gritó que regresara con el rostro encarnado por la furia y eso la hizo sonreír. Se ocultó tras la enorme piedra con el rostro triunfante. Volvería a casa, sí, pero cuando ella así lo deseara. Siempre tenía un truco bajo la manga, un plan B para cada evento en su vida, poco a poco había

aprendido a ingeniárselas lo mejor que podía, y en la montura le esperaba una buena manta con la que podría regresar. Tal vez no era lo más adecuado, pero era lo que tenía a la mano y con eso le bastaba. Escuchó el silencio, y decidió echar otra ojeada deseosa, estaba tentada en saber si ya él se había dado a la marcha y espero unos segundos más.

Estaba segura de que se iría furioso. No era la primera vez que se lo quitaba así de encima y le torturaba la paciencia. Aunque debía reconocer que no él tenía mucha. Pensó en que el mejor de ellos sin lugar a dudas, había sido Brodick, él nunca sintió aquella imperiosa necesidad que tenían los otros dos de molestarla, de acecharla, de humillarla. Para ella Brodick seguía siendo su pequeño hermano. No tenía afectado por la mano del viejo, su corazón como los otros. Aquel viejo del infierno... algunas veces deseaba nunca sentir nada, era mejor, era preferible dejar los sentimientos a un lado, y de verás que Nina intentaba ignorar toda su oleada de abusos y maltratos. ¡Con cuanto odio había vivido a su alrededor!, ella cerró los ojos. Ya no sentía dolor o pena, era solo un vacío, una rabia que la acompañaba donde ella deseara ir, ellos le recordaban, que no había un lugar lo suficientemente lejos, para ocultarse del odio que le tenían. Nunca habría sueños... nunca se lo permitieron, era... un sentimiento enfermizo que parecía no acabar jamás.

El agua estaba ya demasiado fría. Necesitaba salirse y correr a por su manta. Tal vez haría un pequeño fuego para calentar sus huesos. Se giró flotando alrededor de la piedra mohosa y gris. Alec, finalmente había desistido de ella, como siempre lo hacía y eso la llenó de satisfacción.

— Un punto para mi esta vez— dijo en voz alta, sonriendo y muy segura.

Si tan solo Nina hubiera echado una ojeada por el otro costado de la piedra, se hubiera dado cuenta de su error. Alec había dejado sobre la hierba sus botas y su camisa.

Cuando la chica salió de su escondite él sonrió y se sumergió en silencio. El frío no le afectaba como a ella, estaba acostumbrado a bañarse muy tarde en el cauce que pasaba a un costado bordeando su hogar, eso y que su trabajo en las tierras le obligaban a quedarse en la intemperie muchas veces, así que estaba seguro de que ella saldría de allí, congelada y en muy pocos minutos. Por lo general para cazar, sólo había que primero dejar que la presa saliera de su escondite. Y Alec se aseguraría esta vez de darle un buen susto, no volvería a jugar con él, no. Borraría para siempre esa sonrisa altiva y esa aptitud sobrevalorada que tenía Nina.

La chica estaba castañeando de verás. A pesar de que movía sus piernas no lograba mantenerse en calor y comenzó a nadar para buscar la orilla. El dolor se hizo presente e intento no hundirse. Era demasiada mala suerte ahora tener también que lidiar con aquel bendito calambre, pero así era.

Sintió en medio de sus pensamientos, la presión en sus tobillos y trago agua cuando descendió. Era Alec desde luego. La arrastró hasta el fondo, casi no podía ver por la oscuridad, pero casi estaba segura de que el muy maldito sonreía bajo el agua mientras alcanzaba su cuello y la hundía. Su espalda levantó un poco la arena a los

costados y sintió las piedras al tocar el fondo. Nina sintió miedo porque debido al susto había perdido mucho oxígeno, levantó sus ojos para calcular que, entre el aire en el exterior y ella, quedaban por lo menos casi tres metros y dos fuertes manos de por medio, que no le soltaban el cuello. Comenzaba a luchar con todas sus fuerzas, como podía dadas las condiciones ¿En realidad él estaba jugando?, ¿o era así tanto el odio que Alec sentía por ella, que sería capaz de intentar matarla?

Concibió el ardor en sus ojos, las lágrimas intentaban salir y se imaginó que se mezclaban con el agua dulce. Ella echó sus manos hacia delante e intentaba desesperadamente zafarse de él mientras el dolor en su pierna se intensificaba y la retorció. Le arañó los brazos y lo que podía atinar y comenzó a tragar más agua, mucha. Sus dedos la apretaban con mucha fuerza. El líquido se escurrió entonces por su nariz y ella abrió su boca de manera inevitable, fue solamente un reflejo intentando respirar, asimismo fue un reflejo fatal.

En cuestión de segundos tenía los ojos muy abiertos, pero Alec sintió como sus manos se relajaron en torno a él y le abandonaron, luego flotaron a ambos costados. La había matado. Soltó su cuello y la arrastró hasta la superficie por un brazo.

Cuando emergieron sus cabezas, él la sujetó por su cintura y la apoyaba en su brazo, de manera que pudiera observarle bien el rostro.

— Nina — ella estaba relajada. Alec le propinó algunos toques en sus mejillas pálidas. Parecía una muñeca de trapo allí, su cabello largo y sedoso formaba alrededor de ella un círculo fascinante mientras flotaba. La agitó entre sus fuertes brazos y nada ocurría, eso le paralizó.

¡Por Dios si la había matado! Él no se consideraba un asesino.

Se la llevó hasta la orilla remolcada y la tendió sobre la hierba. La luna brilló desde lo más alto en la humedad de su piel. Y sin esperar un segundo, Alec comenzó a darle respiración boca a boca de inmediato. Intentaba desesperadamente que ella reaccionara. El peso de la culpa lo sepultó, en tanto las imágenes de sus vidas juntos, se unían a él sin ningún tipo de misericordia. Necesitaba mantenerla con vida. El frío cortaba la piel y se apartó un instante a recoger su camisa para echársela encima. Le daba masajes a su corazón, golpeaba el músculo esperando a que reaccionara para él. Repetía su nombre, no cesaba en llamarla, necesitaba saber que estaba bien. De nuevo cargó sobre ella, tapó su nariz y lanzó una fuerte bocanada de aire a sus pulmones, esta vez, ella si respondió. Tosió y el agua salió, y apretó un poco su estómago para ayudarla. Luego levantó su cabeza y la miró fijamente.

Ella abrió los ojos y le observó recordando los últimos minutos que pasaron por su mente antes de abandonarse a la suerte de lo inevitable. Lo miró con miedo, estaba aterrada, la había querido matar de verdad, y como pudo intento apartarse de Alec. Introdujo sus delicados dedos en la tierra formando un puño, y se la lanzó a los ojos para poder cegarlos un instante y escapar. Se giró y se arrastró, y cuando sus rodillas tomaron el impulso necesario Alec la asió fuertemente por sus caderas dejándola caer y la giró con brusquedad. Sabía que él le estaba gritando, pero su cerebro no quiso procesar la información.

— ¡Nina escúchame! — ella negó. Se tapó el rostro con sus manos, y comenzó a llorar. ¿Qué más le quedaba por hacer? estaba vencida.

¿Así entonces sería el final de su vida?

Ya no le quedaban más fuerzas para luchar contra él. Alec era muy grande y fuerte, no podría vivir. La enterraría. Seguramente en algún lugar del bosque y le diría a Bruce el trágico desenlace, tal vez pasarían la noche riendo por la hazaña o tal vez, Alec se quedará en silencio y dejara que el tiempo trascurriera para contarle a su padre. Una menos, había comenzado bien su venganza con ella. No tenía familia que la reclamara, nadie intentaría saber su paradero porque nadie más que ellos conocían de su existencia, así que sí, estaba vencida.

— Termina ya de una vez por favor — sollozo ella queriéndose abandonar.

— ¿De qué rayos estás hablando? — Le preguntó él, pero inmediatamente lo comprendió. Sintió dolor y mucha vergüenza, ¿Cómo era posible que tan sin quiera lo pensara?

— Nina por favor, no sabes de lo que estás hablando. Escúchame y mírame.

No lo hizo, pero en cambio le respondió con voz llorosa y débil:

— Termina ya con mi miseria, Alec. Puedes ir a que tu padre y regodearte con él, pero ya no me castigues más por favor. Yo... yo no tuve la culpa de todo eso, no fue mi culpa, yo no lo quise... por dios, deja ya de castigarme y mátame. Yo lo prefiero. Pero no me hagas seguir viviendo de esta manera.

Sus palabras lo golpearon en lo más profundo. Se acomodó y levantó hacia sí a Nina al mismo tiempo para acunarla. ¿Qué rayos había hecho durante gran parte de su vida con ella? Algunas veces la odiaba de verás, pero difícilmente eso sería hoy. No ese día.

— Lo siento Nina. No quise lastimarte como tú piensas... — Tenía una extraña expresión de disculpa en la mirada. — sólo quería darte una estúpida lección, porque te lo merecías.

Ella le escucho. Despacio escuchó la información, y dejó caer su mano a un lado descubriendo su rostro. Levantó hacia él la mirada. ¿Estaba jugando con ella? Pero no vio alegría en sus ojos castaños, tampoco la mirada de odio y venganza que siempre le ha ofrecido. Había otro tipo de sentimiento, parecía dolor, pero no podía ser verdad. Según su criterio, Alec dejó de tener sentimientos humanos hacía mucho tiempo. Se había convertido en un monstruo día a día. Así que, de seguro aquello era otra manera sádica de torturarla.

— Tú eres... detestable, eres... como un puma salvaje y si hay alguna maldita persona en este mundo que pueda contigo, ese soy yo. ¡Y diablos!... casi hago algo de lo cual podía haberme arrepentido toda mi vida. Pero tampoco sería algo de lo que yo pudiera perdonarte a ti, ¿sabes?, porque todo esto gira alrededor de ti, siempre será tu culpa, siempre.

Ella negó. Intentó salirse de su brazo, pero él la aferró.

— ¿Por qué actúas así, Alec? ¿Acaso no es suficiente con todo lo que me has hecho? Intentaste matarme Alec, no lo niegues, no hay necesidad de esto ahora. Entre los dos no hay secretos. Trajiste a esas personas, quemaste su casa y ni siquiera sé que hiciste luego con ellas, o cuáles son tus verdaderos planes, entonces, ¿qué crees que pueda pensar yo sobre ti?, ¿sabes acaso en lo que te has convertido?, las personas murmuran, personas que conocemos han desaparecido, pero todas han tenido que ver contigo, con todo ese grupo que todavía quieren pelear por la liberación de Escocia, esos estúpidos partidos políticos, como si eso le importara un bledo a la mayoría. Muchos se sienten conformes, lo sabes, otros seguros por el apoyo económico que tenemos con los ingleses, esa es la razón por la cual no se ha llegado a nada durante tanto tiempo. Pero incluso tú sabiéndolo, eternizas y haces todo lo posible por acabar, por aniquilar, y no recuerdas que ya no vivimos en torreones, ni es el siglo XVII, ni somos salvajes ahora. ¿Por qué te cuesta tanto entender que para todo esto y para todo lo que estás haciendo, hay leyes? A tu padre no le importaría nada si algo malo llegara a pasarte, ¿sabes? Él está cegado y cargado por tanto odio en su vida.

Sus palabras dichas con tanta pasión le dejaron a él en el sitio. Nunca se preocupó por su punto de vista, porque para ellos dicho con simpleza, ella no tenía ese derecho, y le sorprendió notablemente que tuviera alguno, pero había más allí.

— ¿Y tú, Nina, a ti si te importaría?

Ella le miró y captó un destello en sus ojos febril. Sin razón aparente la boca se le seco y el corazón comenzó a martillarle. Trago saliva y aclaró la garganta dándose genuino valor antes de responder.

— ¿Vale la pena responder a eso en verdad?, mi opinión no cuenta, esté o no equivocada. Porque tal vez lo esté, sí, recuerda que yo soy una ignorante, apenas si aprendí a hablar y a expresarme correctamente, gracias a ustedes también, algo que siempre tendrán en su conciencia.

Esta vez sí pudo levantarse y él no se lo impidió porque no quiso. Pero estaba congelada, sintió el dolor aun en su muslo y casi cayó de bruces.

— ¿Qué te ocurre?

Ella le devolvió la mirada cuando se levantaba y también cuando él seguía estúpidamente cada uno de sus movimientos.

— Tenía un maldito calambre cuando tú llegaste hasta mí en el agua, eso es lo que ocurre. Pero se me quitará, siempre me pasa.

Se giró hasta su yegua intentando calentar su músculo y estirarlo de alguna manera, pero dolía. Alec la siguió con la mirada y la rodó abandonándola luego hasta el río.

Había pasado algo esa noche.

Lo que sintió en su momento, en el momento en que la creía muerta entre sus

brazos y por su culpa, fue algo que detonó justo frente a su rostro. Se dijo que él no era un asesino. Estaba preocupado entonces porque ella así lo creyera, ¿pero porque demonios le preocupaba eso?, no, nada de lo que ella pensara o dijera le preocupaba. Le tenía sin cuidado desde luego.

La pregunta regresaba a Alec una y otra vez. Se sentía estar justo en el centro mismo del purgatorio. Dentro de algún caldero mientras algún demonio le rociaba más fuego y azufre en su cabeza. Aquello era un tormento, se consideraba no sólo preocupado por lo que ella pensara y juzgara, y aunque le costaba reconocerlo, tampoco era capaz de cambiar los hechos por sí mismo. ¡Y Que estupideces pensaba entonces!

Él era Alec Buchanan. Él era un hombre extremadamente duro, que no perdía su tiempo andándose por las ramas.

Que en sus largos años había aprendido todo en cuanto el valor y la lucha por el honor de la familia, y ella no era, ni sería nunca de la familia. Nina, que no era una Buchanan porque nunca le dieron un apellido, nunca le permitieron salir de esas tierras y nunca se había sentado en la silla de alguna escuela porque así lo dispuso su padre, nunca recibió si quiera un regalo, nunca aprendió a leer ni a escribir, nunca jugó con muñecas ni tuvo alguna, y, de hecho, nunca tendría permiso para irse con ningún hombre, no haría familia, la mala semilla acabaría allí, con ella. En resumidas cuentas, no era nada ni para su padre ni para él. No era tampoco su hermana, no significaba nada.

Ella sólo era una cualquiera igual que lo fuera su madre.

Se volvió hacia ella. Estaba sentada sobre su yegua, envuelta en una manta oscura de lana, mientras su cabello rojo caía sobre sus hombros de manera casi irreal, y ella seguía allí con la cabeza baja, en completa sumisión, esperándolo a él.

Sacudió su cabeza y miró la tierra firme que pisaban sus pies descalzos. Su pantalón oscuro estaba húmedo aún, porque no se los quitó para lanzarse al agua, otra gran estupidez de su parte. Estaba confuso. Se colocó sus botas y recogió de la hierba su camisa y se la colocó.

Alec decidió entonces que debían regresar a la casa y caminó estrechando el espacio entre ellos en dos zancadas. Se subió y se sentó tras ella, le pasó la mano por debajo de la manta en su cintura y la acomodó más a su cuerpo. Sintió como el contacto de su mano la estremecía y luego y muy poco a poco, como se relajaba allí, ceñida a él. Tomó con la mano libre las riendas, y relámpago se inquietó y mordía el freno, pero a la final él hizo que comenzara el trote, y luego que redujera el paso, era cuestión de domesticarla, pero no pensaba en la yegua, meditaba en ese momento sobre Nina.

— Quiero que me digas, ¿A dónde llevaste a esa familia, y que piensas hacer con ellos? — preguntó de pronto.

Alec meditó unos segundos antes de responder, lo había tomado por sorpresa. Desde luego, preguntaba por los tíos de la otra chica desde luego. No le gustaba que

estuviera rumiando sus asuntos ni los de su padre. Respondió en tono áspero.

— Eso no es tu problema. No metas las narices donde no te llaman, o te alcanzará el mismo destino, créeme, y no vuelvas a hablar sobre eso a nadie, ¿te queda claro?

Nina asintió y gimió cuando el apretó su estómago en forma cruel, dándole más sentido entonces a sus palabras de hombre ruin y salvaje. Suspiro, en realidad ella sabía también que él había quemado el hogar de ellos hasta los cimientos. Los hombres al regresar a descansar los caballos para seguir el recorrido conversaron entre sí y los escuchó. Alec era un monstruo.

Luego de un largo silencio incomodo, él se descubrió tan trastornado por lo ocurrido, que casi se creyó que Nina se sentía segura con él, cuando apoyó exhausta su cabeza en su pecho robusto. Él movió sus dedos sobre su vientre desnudo y fue agradable sentir su piel tersa bajo su mano, pero ninguno de los dos dijo nada, ninguno de los dos pronunció una sola palabra, sólo los pensamientos de ambos se mezclarían aquella noche.

Esa misma semana, en una mañana que prometía ser bastante movida y llena de compromisos, la yegua relámpago estaba en celo y la iban a cruzar por primera vez, con el semental que Brodick había traído. Nina la estaba cepillando para tranquilizarla, tenía bastante rato con ella, y le susurraba al oído. El joven estaba sonriente cuando la descubrió diciéndole todas aquellas palabras de consuelo.

— Créeme que será muy feliz Nina. Si ella pudiera hablarte, ¿sabes que te diría ahora? — ella sonrió y negó con la cabeza— te diría: Déjame ser libre, sigo el instinto de mi naturaleza, deseo sexo y procrearme un potrillo.

Ella escurrió el sudor de su frente con el dorso de su mano y arrojó el cepillo a un lado. Miró a Brodick con sinceridad.

— Y yo le diría: No confíes en él, es un semental. Te toman, se favorecen y te tiran. Además, eso duele. No seas tonta.

El rio entre dientes, sus lindos hoyuelos se marcaban en las comisuras de su boca. Su mirada era fresca y real.

— Si bueno, no he tenido esa experiencia del dolor, pero... — se rio e hizo una reverencia graciosa — así es la madre naturaleza, aunque ustedes no pueden vivir sin nosotros. Recuerda: sin nosotros ustedes no podrían procrear, deberían recordarlo ambas. Ahora si me permites, déjame llevarla al potrero Nina, mis hermanos están con el semental y créeme, apenas él sienta el celo en relámpago, se volverá loco. Entre los tres debemos sujetarle, pero ella estará bien, ¿confías en mí?

Ella asintió, ya había presenciado otras montas con caballos, había visto aparearse a los animales, empujados por el celo cuando era necesario, pero en esa ocasión, era su yegua la que debía ir. Nina estaba comprometida sentimentalmente hasta el cuello.

— Escúchame, he pensado seriamente estos días sobre de que... tú permanezcas

en esta casa en contra de tu voluntad. Nunca tendrías oportunidad para conocer un buen hombre y ser feliz o tener hijos, pero si te fueras de aquí, tendrías una esperanza — La expresión de él era triste en ese momento y le habló muy despacio hasta atrapar toda su atención — ¿sabes?, cerca del río, a unos treinta minutos más o menos, están las ruinas de las aldeas de nuestros antepasados, algunas casas están intactas, otras han sido derrumbadas y sacadas por completo. He dado algunas vueltas aquí y allá y conseguí un par en buenas condiciones. Solo tendría que arreglar el techo un poco y tú la limpiarías bien, con eso creo que quedaría como nueva. ¿Qué dices?

Ella agrandó mucho sus ojos.

— ¿Lo dices en serio, Brodick?, ¿tú crees que tal vez yo podría...?

— Estoy seguro. — Sonrió— Están fuera de los límites de nuestras tierras, nadie tendría que pasar por allí, porque no es una ruta que se utilice mucho debido a que no está en buen estado, por eso se utiliza una alterna que es principal. Te ayudaría en lo que fuera Nina, con tal de verte bien y feliz. Aquí no lograrás tener eso, lo que quieres, y prometo que nunca diré a nadie donde te has ido, y si necesitaras algo, ropa, comida, podré pasar por allí una vez por semana, no te abandonaré, créelo.

Ella saltó y lo abrazó con alegría, de pronto podía ver de cerca una esperanza para salir de allí, del infierno de los Buchanan. Siempre él sería su hermano, aunque no fuera de sangre, eso no le importaba porque entendía que el compromiso de hermanos residía en el corazón.

— Está bien, es un hecho. ¿Cuándo podremos empezar, Brodick?

— En unos días, pero no le puedes contar a nadie eh, lo sabes. Pasaré a reparar primero ese techo para ti, luego te avisaré e iremos. Son unas casitas humildes pero confortables, tienen lo necesario para sobrevivir, posee cerca una pequeña desviación del río, y la tierra es muy fértil para la siembra. Te daría unos animales, no muchos para que no haya murmuraciones y así puedas mantenerte despejada por un tiempo. Mantengamos ese secreto y sobre todo no confíes en ninguno de mis hermanos, ya sabes lo que ellos opinarían y harían después. — le guiño un ojo.

Luego Brodick tomó las riendas de su yegua y la sacó al exterior.

Alec montaba al semental y Douglas, le sujetaba con una cuerda el cuello al animal brioso, necesitarían más ayuda indicó Douglas con un expresivo gritó a Brodick, cuando en el potrero, ambos animales captaron el respectivo olor del otro. El caballo corcoveó y empezó a tironear de las cuerdas para desasirse, echó la cabeza hacia atrás y sacudiendo sus crines negras llamó a la yegua, él le observaba con ojos grandes e inteligentes. Alec soltó una maldición. El animal se sacudía con fuerza.

— Ve en su ayuda, yo me encargo de relámpago — le dijo a Brodick, quitándole las bridas y trasmitiéndole a sus palabras más confianza de las que realmente sentía.

Este asintió y corrió sogas en mano, para echársela al cuello al afanoso animal. Estaban entonces los tres hermanos luchando con los instintos de un caballo que

quería prácticamente, engullir a su tierna y dulce relámpago, se veía peligroso. Pero ella no se quedó atrás y como respuesta relinchó a su amado con mucha pasión, se encabritó y forcejeo. Se sacudía al lado de su ama para liberarse. Nina nunca la había visto tan descontrolada y la asió con precisión, la fuerza era arrasadora, y los brazos de la chica comenzaron a dolerle por la presión. Alec en ese momento levantó la mirada y sus ojos se encontraron. Había un matiz tan posesivo en su mirada, una expresión de dueño que la joven no comprendió.

— ¿Necesitas ayuda?

— No. Yo me encargo de ella. — respondió.

— No. Yo le ayudaré. — corrigió Lyon que llegaba en medio de la confusión.

Nina se paralizó de pronto al escuchar semejante afirmación, y también le vio cuando le quitaba las riendas de sus manos en un segundo y como en cámara lenta. Él le brindó una bella sonrisa como respuesta a su mirada interrogante. Sus ojos violetas lucían una expresión de supremacía, que la sacó de sus casillas.

— No necesito tu ayuda ni la de nadie, McKinnon. — Alec y Brodick la escucharon y sonrieron.

— Necesitas toda la ayuda, — le gritó en cuanto relámpago de nuevo echaba sus cascos al aire— está descontrolándose Nina, y podría ser peligrosa. Ella lo desea tanto como él a relámpago. Ella también es muy apasionada ¿Te resulta eso familiar?

La insinuación no pasó desapercibida para ninguno de los Buchanan. Tres pares de entrecejos se fruncieron y esta vez con bastante brío. Nina estaba ahora cabreada de veras, las mejillas se le tiñeron de un rojo sangre y le arrancó las riendas al hombre, lo apartó de un empujón para abrirse espacio y montó a su yegua. Brodick soltó una carcajada a lo grande, al ver a McKinnon reducido a la nada por su pequeña hermanita.

— Valla, sí que le ha vencido. — soltó a sus hermanos. Pero no meditó en el peligro se cernía en torno a Nina.

El semental dio que hacer en ese momento y les mantuvo ocupados. Parecía entender que los hombres estaban un poco distraídos e intentó dar la estocada para llegar a su amada, pero no lo consiguió. Alec lo mantuvo con puño férreo. Douglas prensó más la cuerda en tanto él se debatía. Lyon observó el peligro antes que los demás. Literalmente le arrebató su amada a la yegua, arrastrándola de su lomo hasta aterrizar sobre su cuerpo.

Nina que no comprendía su atrevimiento, gritó llena de furia contenida. En ese instante relámpago quedó libre y Douglas salió a su encuentro para sujetarla.

Alec soltó una palabrota. El hermano la contuvo antes de que todo se tornara mucho más difícil y la echó de nuevo hacia atrás.

— ¡En ese estado te iba a tirar, Nina! No la podías montar, ¿has perdido la cabeza por completo?

— ¡Suéltame Lyon! ¿Es que aún no logras entenderme?

Él la tenía aprisionada contra su pecho con audacia. Sus narices se tocaron en medio de sus gritos y era muy evidente que entre los dos algo grande estaba pasando. Con rabia Lyon la giró en redondo para que ella viera con sus propios ojos, el estado en que se encontraba relámpago, pero la sostuvo firme por ambos brazos. Nina observó a Douglas como lidiaba con su yegua. Relámpago ahora sólo estaba siendo arrastrada por sus instintos salvajes, miró al caballo de crines negras, estaba relinchando, encabritado y furioso.

El brazo derecho de Lyon le rodeó su cintura, ella se sacudió como protesta mientras su mano abierta rozaba uno de sus senos por un segundo, pero Nina no estaba segura de sí lo había hecho sin querer o a propósito porque con la misma rapidez la bajó de nuevo. El contacto hizo que su botón se endureciera y odió aquella sensación con el joven, también se preocupó de que los hombres le hubieran visto en ese instante, porque el castigo sería mucho más cruel, y no compensaría el momento. Además, ella ya no quería tener nada con aquel hombre. Comenzaba a odiar sus métodos, le hacía sentir que de alguna manera le pertenecía y ahora al parecer, no le importaba que otros también así lo entendieran, él sabía que podría causarle problemas y actuaba de manera muy egoísta. Día a día McKinnon tomaba más fuerza en su vida, y comenzaba a sentirse casi ultrajada, debía de hacer algo al respecto y pronto.

Rápidamente la joven asintió para hacerle entender a Lyon que todo estaba bien, quería que él la soltara. Así que intentó relajarse en contra de su voluntad y respiró un par de veces.

— Lo siento — dijo ella al fin. — Sé que querías protegerme.

— Descuida — le dijo al oído luego de apartar su cabello y la soltó. No sin antes ver los grandes moretones de su cuello.

Él levantó la mirada a los hombres que luchaban con el animal frente a él. Los observó uno a uno despacio. Sintió como la rabia le estremecía.

— Te debo una disculpa, ¿puedes creerme esta vez?

Ella puso sus ojos en blanco, sabía que estaba molesto con ella, pero no creía que no aceptaría sus disculpas, no era para tanto. Se giró.

— Lyon yo te...

Lyon ya no estaba a su lado. Nina miró alrededor, se había ido, simplemente y sin decir ni una palabra. ¿Le había tratado tan mal a fin de cuentas?

Sin perder más tiempo, caminó hasta Douglas y le Ayudó a controlar a relámpago.

Le susurraba buenas palabras al oído a su yegua, pero había llegado la hora. Básicamente era su tiempo y no podía ella interferir más. En pocas palabras los animales se encontraban en un estado primitivo, el aire estaba ahora cargado de puro

deseo, de olor al sudor de los animales, ellos estaban lejos de cualquier atadura con el hombre, para ellos no existiría ese respeto ni la obediencia, no sentirían temor hacia cualquier otro animal o persona. En lo más íntimo eran ellos, en su espacio de tiempo y nada más.

Nina entonces observó al semental, sus ojos desprendían ardor, conoció sus apetitos hacia su relámpago, y de sus ojos, pasaron a su robusta musculatura, a sus crines negras, sería un buen reproductor para su yegua, se veía demasiado fuerte, con mucha personalidad. Siguió observando hasta que ella encontró los ojos de Alec, y al igual que el caballo, la observaba de la misma manera. Algo en esa mirada la estremeció. No pudo apartar sus ojos de los castaños ojos de él y evidentemente Alec tampoco lo deseaba.

Sus brazos tenían el control del animal, el sol destelló en la humedad que surcaba el rostro de él y continuaba un recorrido sinuoso por el cuello. La camisa se adhería a su cuerpo por la transpiración y el calor de su piel de manera muy sugestiva, la boca se le secó a Nina, y el constante movimiento de todo en él, sus caderas, el rose irreflexivo de su pantalón con el cuero... Ella se mordió el labio y se obligó a apartar la mirada.

Tenía que irse.

Se convenció por fin, de que a partir de allí era el momento de dejarla ir. Los hombres terminarían el trabajo y pronto empezaría a crecer una nueva vida, tal vez entre ellos discutirían su destino, pero todo lo demás quedaría para después de aquel momento tan impresionante.

Nina giró en redondo y caminó a casa satisfecha, pero aquella mirada de él la dejaría prendida.

Ian, no vio que su amigo le había observado a un lado del salón, y tampoco que con la misma rapidez con que llegó se retiró. Niccolai había ido a buscarlo, sabía de hecho, que estaría apostando lo que ya no poseía, con su grupo de insanos amigos, pero lo que descubrió le dejó sin palabras.

En realidad, había perdido, fue la conclusión que sacó de esa conversación, las palabras que pudo escuchar de aquel tipo con aspecto de gánster. No le quedó la menor duda de que era una fuerte suma de dinero la que Ian debía, y no tenía para pagarle un centavo más. Le entregó unos cuantos miles de dólares en un sobre y el hombre le recordó que para el próximo fin de semana quería el resto o sería muy lamentable e hizo mucho énfasis en el “muy”, pero se abstendría a las consecuencias.

Ya le había parecido extraño que unas cuantas semanas atrás, Ian diera en venta su única herramienta de transporte. Le había dicho que estaba ahorrando para comprarse un auto mucho mejor y allí murió la conversación. Pero la realidad superaba la fantasía desde su punto de vista. De inmediato recapacitó en su falta de confianza, ¿Por qué no había recurrido a él?, ¿Por qué no buscó su ayuda si eran amigos desde hacía muchos años? Trabajaba para él, vivía en su casa, lo había

apoyado en todos sus asuntos, incluso en llevarse a vivir a su hermana con ellos y ¿no había recurrido a él debido a que?

— ¡Con un demonio! — exclamo ya en las afueras del club.

Estaba molesto de verás. Seguramente no era la única persona a quien él le debía, y por lo mismo decidió tomar el asunto con sus propias manos.

Camino por la calzada un par de cuadras donde había dejado a Tom en una calle ciega. Entró al vehículo y le dio las respectivas instrucciones al viejo amigo, el cual estuvo de acuerdo con Nick.

— Joseph y Willa están esperándome cerca de aquí. Tú has lo que te he dicho y te veré de nuevo en este mismo lugar, en unas dos horas aproximadamente. Les he invitado a comer a un restaurant italiano cerca de aquí. No hables delante de la chica, espera a llegar a la mansión y encontraré el momento oportuno.

— De acuerdo jefe.

— Bien.

Nick salió del Mercedes con rostro de pocos amigos. Lucía ese día un corte gris de alta costura, zapatos de piel del mismo tono que haría juego con el traje y su maletín que dejara minutos atrás en su auto. Había dedicado esa tarde a arreglar ciertos compromisos que lo habían mantenido preocupado, entre ellos las desapariciones misteriosas de Ian Kinnaird y su falta de respuestas. Desde luego, Joseph ese día estaría en primer lugar, ya que al día siguiente cumpliría otro año de vida y aprovechó la ocasión para realizar algunas compras de última hora. Al día siguiente sería la reunión, Willa estaba sumamente emocionada en organizarlo todo, ya habían comprado los regalos, los detalles para los posibles invitados y tenían el menú bien organizado, bueno, en realidad para ser francos ella había hecho la mayor parte.

Le gustaba su organización en todas las cosas en que ella ponía su interés. Había dejado que realizara cambios también en el hogar, los comentarios de Samantha sobre ella eran fantásticos, le gustaba inventar en la cocina. De vez en cuando lo deleitaba con comidas típicas de su tierra Escocia, con extraños postres y su exquisito pan casero, y prácticamente todo en ella lo cautivaba. Niccolai Astor se encontraba turbado. Le había embrujado con mucha seriedad y premeditación. Sonrió para su reflejo en la vidriera de una tienda y decidió que era, a fin de cuentas, un buen día para expresar abiertamente al mundo, que le estaba volviendo una persona poco racional, pero feliz.

La campanilla tintineó cuando entró, y le recibió el buen amigo Giuseppe Di Marco.

— Siempre tan puntual Niccolai — el hombre carcajeó y al hacerlo el abdomen se movió con gracia.

Era un hombre bajo y grueso, siempre llevaba en su boca una pipa torcida, aunque estuviese apagada. Nacido en Italia y con más de veinte años de vivir en el

continente, había llegado persiguiendo el sueño americano y lo había conseguido. En su época fue amigo de su padre y proveedor de lujos. Era amigo de la familia, aunque a veces le sacara de quicio con sus historias increíbles, y esa insistencia en mantener su nariz metida en los asuntos familiares de Nick.

— Sabes como soy, Giuseppe, mi tiempo lo sé administrar muy bien.

— Bene, Bene. Ya te he entendido Niccolai. — sacó de la vitrina dos estuches en terciopelo negro, ambos de distintos tamaños y sin esperar se inclinó sobre el vidrio y le mostro el interior. — Ho già quello che mi hai chiesto, Ya tengo lo que me pediste. È una cosa molto bella, en verdad muy bonita. Le gustará créeme. ¿Qué te parece?

El pecho de Nick se hinchó, estaba satisfecho.

— ¿Has hecho el grabado? — el amigo asintió

— Desde luego, todo cuanto has pedido. Dime, ¿Lo harás hoy?

— No, aun no. Estoy esperando a que llegue el día correcto, pero está cerca. — El hombre asintió despacio y Nick continuó presuroso — Perfecto entonces... Has hecho un excelente trabajo, Giuseppe. No esperaba menos de ti amigo — sonrió. El hombre le sujetó de súbito el antebrazo antes de que lo retirara y entrecerró sus ojos un poco, con aquella expresión que ya el joven conocía...

— ¿La mujer de verdad vale la pena? Debes estar completamente seguro de esto, luego será tarde para echarte hacia atrás, lo sabes, un buen hombre debe mantener su matrimonio hasta la muerte. Conocí muchas mujeres en mi vida, todas ellas en su mayoría, eran simples trepadoras, tu padre también las conoció, no te equivoques, todas te perseguirán por tu dinero no por lo que eres... La vida te dio una buena mujer y te la quitó, ahora tienes otra oportunidad de vivir, solo debes aprender a conocer quien es quien, y creo Niccolai, que te falta tiempo para conocerla... Un mes o dos, calculo yo, eso es muy poco.

Nick rodó los ojos.

— Descuida Giuseppe, es una buena mujer. Te prometo que la conocerás muy pronto y me dirás lo mismo. Te aseguré que esta vez la vida no me la va a arrebatar, no otra esposa... Ahora debo irme, estoy con falta de tiempo, envíame la factura a la oficina.

El italiano asintió no muy convencido.

— ¡Tornate presto, amico mio! — le dijo cuando salió de la joyería, pero Nick no se volvió— ahh esta juventud de ahora, siempre con prisas...

Todo iba muy bien.

Se dijo Niccolai al salir muy convencido, por vigésima cuarta vez ese día.

La mesa ya estaba servida para la cena, Nina había ido a la bodega a buscar un poco más de vino para Bruce que había vaciado la primera botella.

Bruce Buchanan era un hombre grande y robusto, no era muy mayor en realidad, bordeaba casi los sesenta años tal vez. Sus rasgos eran prominentes y muy marcados, a pesar de que casi todo el día estaba en su silla de ruedas, nadie diría que tenía un aspecto de fragilidad. Él se ejercitaba por las mañanas, luego del paseo que Nina le diera. También podía caminar, su invalidez no fue total, sólo temporal producto de una rabieta, su lado derecho del cuerpo quedó en malas condiciones, pero con el pasar de los meses hubo una notable mejoría en él, el médico le prometió que pronto estaría como nuevo. Mejoró, sobre todo en su boca que no dejaba de soltar bastantes humillaciones a la joven. Pero ese día la familia Buchanan estaba alegre, la monta de su yegua fue un rotundo éxito que no pasaría desapercibido esa noche.

Los cuatro hombres alrededor de la mesa se divertían, bebían y discutían sobre el precio del potrillo y sí nacería macho o hembra, porque ya estaría prometido a un buen amigo de la familia. Si era macho sería un precio diferente, claro estaba.

—... fue es ese momento que el caballo casi se suelta, le hubieras visto. Por un endemoniado segundo creí que se soltarían los dos, y se lastimarían, estaban furiosos, sino es por Alec que le controló mejor en aquel instante y a la aparición de McKinnon, juró que la cosa no hubiera terminado así. Pero el maldito llegó justo a tiempo, ¿eh? — opinó Douglas.

Nina regresó con el vino y bordeó la mesa para servir. Tenía puesto un lindo vestido azul oscuro de flores blancas. Le sirvió más a Brodick en ese momento.

— Tráenos más pollo. — ordenó Bruce.

— Enseguida...

Respondió y terminó de servir el resto de los vasos, luego se dio vuelta para buscar más. Echó una rápida ojeada a la mesa, también necesitaría más patatas y pan. Meditó que los jóvenes ese día estaban muy hambrientos, mientras relajaba los hombros y se retiraba.

— Estoy al tanto de lo que pasó, Douglas... McKinnon vino y me contó algunas cosas interesantes, justo en el momento en que salía del potrero... — dijo Bruce examinando la espalda de la muchacha.

Brodick fue el primero en reaccionar y observó a su padre por encima del vaso que se llevaba a la boca, y presintió los problemas que se avecinaban.

— ¿En serio?, ¿y que fue eso tan interesante que te contó?

— Si, dinos — saltó Douglas ansioso. Le gustaba esa mirada de su padre, sabía exactamente qué es lo que ocurriría luego, y pensar en ello le divertía en grande. También se imaginó la razón por supuesto.

Nina regresaba con el pollo, las patatas y el pan. Traía las manos llenas. Apoyó el pollo primero, luego levantó la mirada por el silencio incomodo que de pronto reinó en la mesa. Sus ojos se tropezaron con los de Alec, pero el bajó los suyos a su plato y comenzó a servirse más alimento, dejó entonces el resto de los platos de comida y se disponía a irse.

— Has el honor de volver a servir, muchacha. — dijo Bruce clavando en ella una mirada siniestra. Se fijó en las marcas violáceas alrededor del cuello con detenimiento.

Nina comenzó a servir. Douglas no quiso repetir así que le sirvió más a Alec, luego a Bruce que se encontraba sentado frente a él.

— McKinnon me ha dicho que le pareció que habías tenido una especie de... accidente. De hecho, estaba bastante preocupado, creyó que tal vez había sido la yegua en horas de la tarde. ¿Nos harías el honor de decirnos cómo ese *accidente*, te golpeó el cuello y dejó ese tipo de marcas? Casi están borradas, pero saltan aun a la vista...

— Creo que él está... — miró la expresión fría del hombre y tembló ligeramente. — bastante alejado de lo ocurrido en realidad.

Le sirvió el pollo y fue por las patatas. La ironía azulada de la mirada de Douglas no se hizo esperar e intervino entonces, mientras masticaba una rodaja de pan de hierbas con lentitud.

— O... bastante celoso, ¿no es así? — Rio entre dientes, el brillo de perversión destelló en un filo de sus ojos azules— ¡él la salvo de un accidente fatal!, porque ésta desequilibrada mujer, le quitó las riendas y montó a relámpago en pleno apogeo, justo cuando el caballo llamaba a la hembra para el sexo.

—... McKinnon parecía preocupado cuando Nina se lanzó sobre él, las emociones de ellos... — levanto las manos simulando una explosión, Nina lo miró con una expresión repulsiva— ¡Puff!, estallaron en ese instante, todo alrededor de ellos fue paraíso y fuegos artificiales, se gritaron apasionadamente y casi se besan... Tal vez allí fue cuando le vio las marcas, cuando él la abrazó... o cuando se las provocó.

— Ya basta Douglas — cortó Brodick incomodo por la situación. — Yo también estaba allí, y también sé que las cosas no son como quieres hacerlas ver tú. Ya déjala en paz.

— Sino fue McKinnon ni la yegua, ¿entonces quién? — Bruce casi gritó a Nina y ella sin querer le derramó el vino del anciano sobre la mesa.

— Lo siento. Yo... ya lo limpio.

— ¡Imbécil! — bramó. — ¿Tienes idea de cuánto vale ese vino? ¡Ni el rato contigo lo vale!

Intentó contener con las manos el vino para que no se derramara al suelo. Douglas se echó a reír y Alec intentaba no mirar. Brodick cogió unas servilletas y se las pasó a ella, y con otras el mismo las colocó encima del líquido.

— Traeré un paño para recogerlo. — dijo Nina en un susurro casi inaudible.

Antes de darse la vuelta Bruce la aferró por la muñeca y la torció.

— ¡Vas a decirme que te ocurrió en el cuello, ahora! — rugió. Parecía un toro

dispuesto ahora a embestir.

— ¡Yo no he hecho nada! Solo me caí de un árbol recogiendo unas manzanas, las ramas me golpearon en el cuello, eso es todo. No fue nada importante. McKinnon no sabe que es lo que me ocurrió, ni ellos tampoco, porque yo estaba sola ese día.

— ¡Mientes! — el rostro se le distorsionó al anciano, y la haló sobre sí para sentarla sobre sus piernas. Le revisó de cerca las marcas del cuello y resopló. — marcas de dedos, de pulgares, ¡eres una patrañera!

—... ¿Desde cuándo te acuestas con él? — farfulló Bruce fulminándola con odio — ¡Pequeña maldita zorra! ¿Te has acostado con McKinnon, no es cierto? ¿Le gusta el sexo salvaje? ¿Te gusta que te pegue y te ahorque cuando sientes su verga?

La agarró por el cabello e hizo que lo mirara a los ojos. Nina negó con los ojos húmedos, pero no lloraría frente a él.

— Déjala padre, — la voz de Alec sonó con calma y suave— ella, no ha hecho nada.

— Todo esto es una invención de Douglas, déjale ya padre — insistió Brodick y se dirigió al hermano— ¿Ves lo que ocasiona tu enfermiza diversión, Douglas? ¿Te divierte esto acaso?

El padre miró a cada uno de ellos, pero no soltó a Nina. Ella, sin embargo, quería que se la tragara la tierra en ese momento, sabía que debía de andarse con cuidado con el anciano, y Douglas, ¡Douglas era un asqueroso buscapleitos!, decidió odiarlo por eso.

— Oh vamos Brodick, tú también como yo, viste lo que ellos estaban haciendo allá afuera. Lo que hubo entre ellos, dos no lo puedes negar ¿o sí?... — Respondió el hermano despacio y encendió con tranquilidad un cigarrillo— ellos pasan mucho tiempo en el cobertizo. Demonios, no pongas esa cara, digo, sólo ata los cabos... la yegua ha estado enferma, él la cura, ella la cuida, se va de allí casi todos los días tarde y aparece hoy justo en el momento oportuno, ella se lanza en sus brazos y luego al día siguiente de nuevo tienen un agradable encuentro. ¡Es todo tan Shakespeareano!

— ¡Cállate Douglas!, ¡no es verdad, eso no es cierto! — le chilló ella, pero Bruce le retorció más su cabelló y le echó más la cabeza hacia atrás, Nina no tenía oportunidad de mover su cuello.

— Pero qué demonios, ¿qué ganas siendo tú tan perverso con ella, eh? — se sentía impotente en ese momento, pero deseaba partirle la cara a Douglas, ¡por Dios que sí! — luego, afuera arreglaremos cuentas, hermano.

— Vamos Brodick, si valiera la pena... pero afortunadamente ambos sabemos que no. Creo que ella ha comenzado a afectarte también. Pero a mí no me engaña su rostro de niña buena e inmaculada — soltó una ruidosa carcajada y levantó una ceja clara— En realidad padre, no creo que lo sea, pero de verás que, si no tuviera tanto que hacer hasta yo me metería en la fila, no culpo al imbécil de McKinnon.

— ¿Sabes que haré contigo muchacha? — dijo Bruce con la voz peligrosamente baja. Pero como ella no le respondió agarró su cabeza y la estrelló contra la mesa. — ¡Responde cuando te hable muchacha estúpida!

— ¡Basta!, basta por favor...— gimió del dolor en su mejilla. El pómulo le dolía y sintió con rapidez como comenzaba a inflamarse. — yo no soy nada de él... debes creerme, no he hecho nada malo.

El dio tres vueltas en su mano con el cabello y lo sostuvo en su nuca, paralizando más cualquier movimiento que pudiera intentar.

— Te has revolcado con él en mis propias narices, ¡en mi propia casa! ¡Desvergonzada!, me has faltado el respeto, ¡igual que lo hizo la perdida de tú madre!

— ¡No es cierto Bruce! — Ella finalmente gritó. — ¡Yo no he estado con nadie!, por favor debes creerme...

Entonces Bruce con rapidez metió su mano entre las piernas.

— ¡Veremos si eres o no eres virgen, zorra! Y si estas mintiendo de nuevo, a partir de hoy vas a calentarnos la cama todas las noches por turno, y cada vez que estés en celo, ¡yo te sacaré esa abominación, a patadas!

— ¡No!, ¡Suéltame!... eres un infeliz... ¡déjame! — gritó, e intentó echarse al suelo mientras que él llevaba su mano entre los muslos de la muchacha, pero ella no le dejaba. Con el codo le dio de lleno en la cara, él le pegó su costado con la mesa en respuesta.

— ¡Ya basta! ¡Suficiente! ¡Te digo que la sueltes y saques tus malditas manos de Nina, ahora!

Alec golpeo la mesa cuando rugió y se levantó de golpe. Estaba encendido por la humillación hacia ella. En dos zancadas sujetó a la chica por un brazo y literalmente se la arrancó al padre de las manos.

— ¿Te atreves muchacho a cuestionar mis métodos? Esta maldita mujer es una cualquiera. Ha traído a nuestra casa la perdición y el pecado y se divierte en tu cara revolcándose bajo tú mismo techo, ¿Qué ha hecho contigo, dime?, esta mujer que ahora te coloca en mí contra.

Bruce se levantó de su asiento con dificultad, se apoyó de la mesa. La rabia y el rencor se intensificaron, pero Alec no daría marcha atrás.

— Ella no me ha hecho nada, padre. ¡Las marcas en el cuello se las he hecho yo, porque quise matarla!

Le soltó en el mismo tono y sin arrepentimiento. La expresión de Bruce era perpleja, pero era difícil decir que no le gustaba la explicación de su hijo.

—...La estaba ahogando en el río ¡y estaba muerta en mis brazos cuando la saque! — Continuo— ¡Ella no se ha revolcado con nadie!, sólo que, por alguna estúpida razón, no quiso abrir su maldita boca, y este fue el resultado. Su pecado siempre ha sido su estupidez.

Alec la soltó y Nina echo a correr.

Bodrick también salió, necesitaba un poco de aire, se sentía descompuesto. Las cosas se tornaban cada vez más difíciles en esa casa, y con qué ganas se iría de allí en un santiamén. Su padre se estaba pasando de los límites y todos lo sabían, pero ninguno parecía tener el valor de contradecir al viejo, por lo menos hasta ahora.

Douglas que seguía sentado tranquilamente como si nada pasara, solo disfrutaba de la escena en modo malévolos, así era él con Nina.

— Esto entonces es todo... no tuviste el valor de sacarla de su miserable vida, sino que además le ayudaste... un final épico ¿no te parece? Debí saberlo desde un principio, ¡que desperdicio! — Dijo el hijo mayor antes de levantarse.

— Siéntate Douglas — Ordenó Bruce sin apartar la mirada de Alec y en un tono que no daba cabida a ninguna negativa. — Necesito que hablemos un asunto importante.

De nuevo el hijo se sentó de mala gana y maldijo por lo bajo.

Alec y Bruce permanecían frente a frente sin decirse una palabra, la tensión que emanaban ambos hombres resultaba ser poco soportable, finalmente fue Alec quien se retiró. Tuvo que hacerlo porque al final Bruce era su padre y había hecho todo por ellos, le debía respeto y esperaba poder seguir otorgándoselo, pero no bajo esas acciones tan infames. Tenía mucho en que pensar. No se consideró antes un asesino, y ahora, no se consideraba ser un buen hombre, porque tardó mucho en conseguir el valor para enfrentarlo antes en la mesa, y diablos si le importaba lo que a ella le pasara de aquí en adelante, pero también era el hijo de Bruce, y siempre se consideró buen hijo. ¡Se sentía en una ancha bifurcación del demonio!

Se dirigió a la bodega, necesitaría un trago esa noche.

Bruce se dejó caer en la silla. Tendría que hacer algunos ajustes a sus planes a partir de ese momento y clavó los ojos en Douglas, Alec había demostrado debilidad y eso era algo que no se podría permitir Bruce. Tal vez y después de todo, el mayor tuviera más sentido común y fuera el más indicado para esa tarea que tenía en mente.

— Prepara tus cosas, porque vas a hacer un rápido viaje...

Capítulo 5

Recorrió el oscuro pasillo que conducía hasta su habitación y se detuvo para tocar. Todos dormían, todos menos Alec que no conseguía conciliar el sueño. Luego de abandonar su habitación hizo otro intento bebiendo más Whisky, pero evidentemente y luego de unas tres horas, había fracasado también. Estaba apenas un poco mareado y había regresado a su habitación, pero la imagen de ella aparecía frente a él cuando cerraba los malditos ojos, fue entonces cuando quiso ponerle fin a ese tormento, necesitaba verle, hablarle, y probablemente ella llegaría a entenderlo, a perdonarle sí, porque toda la culpa finalmente no era solo de su padre.

Nina dormía en la planta de abajo, la habitación que daba a la cocina del hogar. Iba a tocar la puerta y se arrepintió. Al dar dos pasos en falso lo que sintió le cegó más y de nuevo fue hasta su puerta. No tocaría... Apoyó su frente en la fría madera mientras sentía como todo su ser convulsionaba, producto del asombro por lo que estaba a punto de hacer, la mano hacía el apoyo en el pomo, y respiró unas cuantas veces mientras se daba más valor, luego la abrió.

Se acercó a su cama. Ella no estaba allí, miró en torno para comprobar que todo estuviera en su lugar, y una oleada de preocupación lo atrapó de súbito. El estómago le dio un vuelco y fue convirtiéndose mientras salía la habitación, en rabia. Sintió mucha ira. También se preguntó en dónde demonios podría estar a esas altas horas de la noche. Se le ocurrió lo impensable, y se decidió por ir a las caballerizas. Si en verdad era cierto aquella historia fantástica de su hermano, se juró que esa noche habría problemas y muy serios. El muy maldito de McKinnon no se revolcaría con ella bajo sus propias narices, no, desde luego que no.

Entró al salón hecho una furia. La furia había brotado apenas unos segundos, pero ya le estaba cegando, era una silenciosa cólera que recorría sus venas con rapidez y precisión. ¿Cómo había podido ser tan ciego y no darse cuenta de aquel engaño?, recapituló el día anterior, las imágenes pasaban tras de sus ojos con violencia, ella riñendo rostro con rostro con McKinnon, ella en sus brazos, ella mirándolo y dejándose manosear por él, porque sí, él le había visto también cuando él la sujetaba y como le brillaban los ojos producto de sus más bajos deseos y lo bien que ella le recibía. Douglas estaba en lo correcto, pero sencillamente él prefirió entonces defenderla, ponerse en contra de su padre cuando en realidad, y una vez más, Bruce sólo intentaba proteger el honor de la familia.

Buscó algo para abrigarse en la noche, y el arma. ¡Malditos fueran los dos!

Como un loco entró y buscó en cada lugar de las caballerizas, pero no estaban, al igual que la yegua de ella tampoco. Alec no perdió el tiempo para ensillar su caballo, quizás aún les diera alcance, a lo mejor ellos estarían en ese momento riéndose de él, abrazados en algún lugar en el bosque, con los cuerpos sudados... dándose calor, se

la imaginó encima de él, con el cabello rojo y suelto hasta la cintura, con su piel tersa visiblemente desnuda, cabalgando con delicados movimientos sensuales, en una expresión de felicidad, de plenitud, de éxtasis, gritando de placer...

Ella siempre mantenía una manta a la mano.

Le invadió otra oleada de ira, la cabeza le iba a estallar en el momento en que emprendió pleno galope y se internó en la más profunda oscuridad y el silencio nocturno. A ciencia cierta, Nina estaría en su lugar privado, ¡pero también ese era el lugar de él! y ella lo sabía, ¡infame!... o acaso... hubiesen huido juntos. ¿Por qué no?, luego de lo ocurrido esa noche con Bruce, y quedar en descubierto, era probable que el muy cobarde no se arriesgaría a recibir la paliza, o un tiro en toda la cien. Espoleo su caballo hasta sentir que el animal comenzaba a llegar a su límite, pero no le importaba. Necesitaba llegar, debía darles alcance, no se saldrían con la suya porque no se los permitiría.

Ya cerca, Alec obligó al semental a reducir la marcha. Se bajó con rapidez y ató las riendas a un árbol de roble que se encontraba cerca de ellos, en tanto sentía el sudor recorriendo su espalda, la frente húmeda también le dolía, estaba agitado, sentía de nuevo subir a tono toda aquella violencia sin freno en su interior. Comprobó que el arma estuviese cargada y la empuñó. Distinguió un fuego como a unos cien metros, al otro lado de los arbustos, pero podía escuchar el crujir de las ramas al quemarse, así ellos se quemarían en el infierno, maduró deliberadamente.

Se sentía herido en lo más profundo de su ser y no comprendía porque se lo había permitido, a ella... como había llegado ella a entrar en él de esa manera, si tan solo le hubiese dicho la verdad, si tan solo se hubiese abstenido de aquel gusano... lo hubiese apartado de su vida, pero era a la final una regalada, como lo eran todas. Seguramente le gustaba pagarle bien los favores desde un principio, ¿desde cuándo?, se preguntó cuando llegó al lindante de los árboles. La sombra que hacían le protegía de la luz nocturna y se agachó. No escuchaba nada. Espero un par de minutos, pero no había quejidos, movimientos de ninguna índole ni gemidos, eso le alentó a salir de su escondite.

Cerca de la fogata que perecía, estaban los cuerpos envueltos por la manta. La yegua atada casi a sus pies relinchó, como advirtiéndole sus intenciones. ¡Hasta la yegua estaba en contra de él!, y pensar que él habría llegado a buscar a esa mujer esa misma noche para solicitar su perdón, y ahora les veía con sus propios ojos, había sido un verdadero majadero.

Como se habían agitado, esperó con paciencia. Mientras, decidió que era el momento oportuno para crear el escenario perfecto. Estaba examinando las maneras más adecuadas que utilizaría para matarlos. Una bala en la cabeza sólo llegaría al final de su verdadera venganza, no se los pondría tan fácil. Al mal nacido lo desollaría vivo con su cuchillo de caza, haría una carnicería bestial y se lo entregaría de buen gusto a los cochinos. Dispararía primero a su ingle y luego, cuando intentara escapar, a sus piernas, y ella... tal vez ella mereciera una muerte un poco más dolorosa que él, ya que la traición hacia su familia había sido su idea, y

evidentemente la estaban disfrutando.

Alec caminó con el arma empuñada mirando hacia ellos. Con que descaro se rieron de él en un pasado, pero no lo harían de nuevo en sus asquerosas vidas, se prometió. Cuando estaba simplemente a dos pasos, les observó con extrema aversión, rabia y mucho aborrecimiento, estaba ciego de dolor. Por debajo de la manta, solo se veía el cabello rojo de ella despuntando, por un lado, desde luego, ¡había tanto frío esa noche que intercambiaban el calor corporal los dos amantes!

Cuando Alec decidió patear a McKinnon, ella gritó desesperada. Aquel chillido agitó a la yegua.

— Malditos... — murmuro con voz gutural.

Nina casi muere del susto. Alec estaba allí con el arma en la mano y el rostro desencajado de rabia. La iba a matar, ahora sí. Lanzó un tiro, pero no le atinó y ella se arrimó y se salió de su manta lo más lejos que pudo. El rostro de él cambio notablemente en pocos instantes y lo comprendió.

— Pensaste que... — comenzó a decir, pero se contuvo al ver los cambios en el rostro de Alec.

Cuando él descubrió el saco con sus ropas y el agujero de la bala que le había perforado, fue cuando cayó en cuenta del gravísimo error. Era cierto que huía, pero estaba sola. Se agachó entonces a comprobar su estupidez, la voz de ella poco a poco le hizo regresar a la realidad, pero la misma era muy vergonzosa. Cerró los ojos unos instantes y apretó su mandíbula con fuerza. ¿Entonces que le iba a decir a Nina? Había actuado como un perfecto imbécil, lleno de odio, de rabia y... No, no...eso no era. ¡Desde luego que no!

Agachó la cabeza y dejó el arma en el suelo, y se sentó en la hierba.

¡Era tan estúpido!, y comenzó a reír.

Las carcajadas salían solas sin poder contenerse, miró al cielo iluminado, la luna estaba llena en todo lo alto y esplendor, el agua del rio chisporroteante, parecía también reírse de Alec en ese momento. Nina estaba allí sentada sin saber que hacer o que decir, solo le observaba pasmada, en ese momento él le parecía un niño, un niño joven y muy tonto. Pero si hubiera hecho mal la elección en el momento que decidió disparar, la hubiera matado a ella, ¿no es cierto? Alec se tornaba peligroso.

— No confías en mí — fue una afirmación triste. Él la miró con detenimiento luego que el acceso de risa y de estupidez le abandonara. — Has dejado que te nublen la mente con sus invenciones también, respecto a mí.

Se levantó y caminó hacia ella. El día no podría ir peor para él, estaba convencido.

— Te fui a buscar a tu habitación esta noche, pero no estabas, y decidí salir a investigar — confesó mientras se sentaba a su lado. Observó su rostro etéreo y le acarició el pómulo inflamado, el corazón de Nina comenzó a saltar

descontroladamente.

— ¿ah... sí? — alcanzó a decir de manera estrangulada, y Alec Sonrió.

— Sí.

— ¿Por qué?

— ¿Por qué, qué? — él sonrió. Aquel era un día de locos. Se juzgaba gradualmente como uno, sobre todo en ese momento en que comenzaba a experimentar cosas diferentes y nuevas— ¿Por qué fui a tu habitación o porque me he decidido a buscarte?

El jade del verde de los ojos de Nina, centello frente a él. Era una bruja, una muy buena había que reconocerlo. Le retiró un poco de cabello de la cara y acarició con el pulgar el moretón. Ella ladeo el rostro, la mejilla aun dolía.

— Por qué fuiste a mi habitación, eso.

— Porque... — Alec suspiró y desistió del contacto y miró a la nada, a la oscuridad en el horizonte que se desarrollaba frente a ellos— necesitaba decirte cuanto sentía lo ocurrido, Nina. No pude dormir, me había puesto a beber porque con eso creí que tal vez encontraría las respuestas que he estado buscando durante todos estos malditos días, pero no. — Se volvió y miro su hermoso perfil de porcelana— la respuesta tal vez no me guste escucharla y seguramente por eso es por lo que no la acepto. Eso lo entendí ahora.

— Si viniste a llevarme de vuelta a la casa, puedes regresar porque yo esta vez no iré contigo. — soltó de pronto y con mucha firmeza. — debo asumir que en algún lado posea un poco de instinto de conservación, no regresaré. Por segunda vez en esta misma semana, has intentado matarme, y dos veces, adicionalmente a eso, no confías en mí ni un ápice, y en realidad estoy consciente de que puedes hacer lo que se te dé la gana, que yo de aquí no me moveré.

Los ojos castaños de Alec brillaron, los dos sabían cómo le gustaba a él un reto.

— ¿Lo dices en serio Nina?, ¿no te moverás de aquí?

— Exacto, puedes hacer todo lo que se te ocurra, lo que te venga en gana — ella le devolvió una expresión obstinada, luego se cruzó de brazos esperando sus argumentos y preparándose para rebatirlos.

— Perfecto. Porque es justo lo que me proponía hacer.

Sin darle tiempo a alguna reacción, la agarró por la nuca y la besó. Ella lo empujó y logró apartar su boca, y puso aquella expresión de perplejidad en sus ojos que a él tanto le divertía. Alec sonrió, y de nuevo la acercó abrasando sus dulces y carnosos labios, esta vez con un beso ardiente, duro, preciso, muy prometedor cuando la inclinó con él sobre la hierba. Nina se sintió de pronto indefensa ante el dulce ataque, sencillamente no se lo esperaba. Se sorprendió así misma abriendo su boca y devolviéndole el beso, completamente abandonada a su irreflexión.

Alec era diferente en todo, la abrazaba con una pasión que desencadenaba cada

uno de sus sentidos de diferentes maneras y direcciones, no la dejaba respirar, su corazón parecía estallar cuando su boca descendió a su cuello, y tampoco le permitió protestar cuando de nuevo se apoderó de sus labios. A ella le gustaba su sabor, el grave gruñido que salía del fondo de su garganta, el deseo que él le brindaba superaba cualquiera que fueran sus expectativas. Nina había caído en un enredo y de los buenos, su cuerpo al principio se mantenía laxo, prácticamente estaba desmayada en sus brazos, pero rápidamente se emparejó al de Alec.

La muerte en vida y servida para ella en dos platos. La había querido matar dos veces y, aun así, deseaba una absoluta revancha.

Lo suspiraba con locura, perseguía cada uno de sus movimientos de manera ardiente. De pronto se alzó un poco de ella y Nina arqueó su cuerpo hacia él exigiéndole más, de esa sensación que estaba acabando con su buen juicio. Alec enseguida percibió el estado privilegiado del éxtasis que invadía los ojos de su amada. Si, Alec Buchanan la amaba, ¡y que Dios lo ayudara con esa mujer a partir de ese momento!

— Alec... — gimió con la mirada embriagada.

— Dilo. — ella cerró sus ojos porque en realidad no sabía que era lo que necesitaba pedir.

Con sus manos reventó los botones de su blusa y Nina sin otra cosa suplicó de nuevo. Tenía una necesidad dolorosa de poseerla. Podía sentir que su control se desvanecía. El deseo de saborearla toda, superaba todas las demás consideraciones. Sus senos quedaron al descubierto, Alec los cubrió con sus manos, eran tibios, exuberantes y hermosos. Nina se retorció al contacto de su toque, cuando él los introdujo a su boca despacio, y con movimientos sensuales presionó con sus labios sus pezones erectos. La mente de ella se hizo añicos, y en ese instante él descubrió que estaba llena de curvas gloriosas. Apartó todas las barreras entre sus cuerpos, el deseo era lujurioso, y él levantó la mirada castaña hacia ella.

— Dime, si quieres que paré y así lo haré, pero hazlo ahora, que todavía me queda un poco de disciplina. Luego no podré dejarte ir.

— No, no pares... por favor...— susurro y él sonrió.

Ella lo sujetó por los hombros y lo subió más para que la besara, él encantado por su respuesta se apoderó de su boca, necesitaba concentrarse en lo que estaba haciendo, de tener deliberación en dónde y cómo la tocaba. Sus manos bajaron por el sendero suave que llevaba a los límites de su vientre, y con su maestría se introdujo entre sus piernas apartándolas, sus dedos jugaron unos segundos con sus hermosos rizos, y Alec abandonó su boca arrastrando la suya hasta su vientre son suaves besos.

Nina creyó que se disolvía entre los brazos de ese hombre.

— Alec, por favor...

Deslizó su lengua por sus senos, luego más abajo recorrió su vientre y ella lo sujetó por los hombros, se retorcía, gemía y le invadieron unas sacudidas de puro placer, tenía la vista nublada a causa de esas sensaciones irreales, y arrastrada por un instinto casi primitivo, comenzó a arquearse de nuevo. Él tentó su cordura cuando descendió su boca al triángulo de sus deseos, y ella intentó retirarlo, pero la beso en todo su centro e introdujo lo más que pudo su lengua dentro en ella para hacerla feliz, descubrió su virginidad y eso le estaba haciendo perder la cabeza y todo el control, pero con más razón se ciñó.

Su gusto lo embriagó, su olor le corroía la sangre, era tan deliciosa como se la había imaginado en silencio. Subió sus manos a sus senos mientras disfrutaba dándole placer, ella lo arañó en los hombros y cuello, porque deseaba más. La lengua de Alec bajaba y subía y la succionaba con suavidad, la estaba torturando, Nina nunca pensó que esas caricias podían existir y que eran permitidas entre un hombre y una mujer.

— Alec por favor, Alec...

— Dilo Nina, dímelo, dime que es lo que quieres... — él lo sabía, pero necesitaba oírse lo decir.

— Quiero más..., te quiero a ti...

Hundió de nuevo su lengua y ella de nuevo subió sus caderas. Reconoció el exceso de humedad y se separó de ella despacio. Buscó y levantó sus manos

formando un círculo sobre su cabeza, la besó como ella nunca lo habría imaginado. Nina cedió ante él, su mente y su cuerpo ahora le pertenecían a Alec, también su corazón, y cuando sintió entre sus muslos su virilidad no le incomodó en lo absoluto, no sintió miedo. Amar a Alec iba a matarla de verás y cuando Nina lo expresó en voz alta, Alec rio de felicidad, al igual que le dijo cuanto lo amaba, desde luego que la escuchó, acariciándole más la coraza dura de ese terrible corazón. Aquello levantó más fuego, sería para él solamente.

La pasión les concedió a los ojos de Nina, una inesperada tonalidad de verde más oscuro en sus ojos tenía su boca inflamada y muy sonrojada de tanto amar y besarlo. Él con sus muslos abrió los de Nina un poco. Sujetó las muñecas de ella con fuerza contra la hierba, porque sabía que le dolería, se introdujo hasta sentir la barrera de su pureza y ella se inquietó como había de esperarse. Cubrió su boca con un beso impetuoso mientras se hundía en ella y Nina comenzó a sentir la dulce molestia por lo que intentó apartarlo, pero desde luego él no se lo permitió. Por un instante se quedó quieto para que ella se relajara en sus brazos y así lo hizo.

— Te dolerá un poco amor, pero no quiero hacerte daño, lo juro. Luego todo pasará — le indicó dentro del aliento de su boca y ella abrió sus ojos hacia los de él.

Estaba diciendo la verdad, Alec tenía una nueva mirada para ella, lo que vio la confortó y ella asintió preparada. Busco su boca ahora, y él la reclamó con toda la avidez que podría sentir un hombre en su vida. Pasó su lengua por su rostro, mordió sus labios, su cuello, estaba embriagado por el deseo, por el olor ahora de su sexo... y la embistió. Alec se hundió en ella profundamente, Nina gritó por la sorpresa y el dolor, e intentó zafar sus manos para apartarlo, creyó que de alguna manera le había hecho mucho daño, tal vez la desgarró, pero él ahogó su grito con su boca, con sus besos y dentro de ella se quedó inmóvil, esperando que pasara la amarga sensación. Odiaba tener que causarle ese sufrimiento. Su pequeña ahora mujer, había comenzado a llorar, Alec besó cada lagrima derramada, habían sido tantas en su vida, y se negó a pensar ahora en ello, sólo quería en esos minutos hacerla completa y muy feliz.

— Suéltame Alec. Esto no me gusta, esto va muy mal...

— Tranquila, no te muevas mi amor, te prometo que ya no dolerá más. — le susurró al oído y de nuevo la besó.

Él respiraba con dificultad y ella le costaba en un principio seguir ese beso. El dolor era inminente y latía por dentro, dolía y ardía, pero gradualmente se calmó como él le había prometido y ella se sintió muy mojada, con delicadeza se movió un poco. La sensación era apenas más soportable. Nina quedó impactada por la ternura que él le estaba brindando, y eso le alentaba a continuar, no le cabía en la cabeza como esa parte de Alec la mantuvo oculta tanto tiempo de ella, puesto que jamás le pareció que él era un hombre de hermosos gestos, caricias ni demostraciones tan esenciales de afecto. Se suponía que de alguna manera ellos opinaban que sentir y realizar ese tipo de demostraciones, los convertía en hombres débiles, pero no era cierto, desde luego tampoco se lo diría nunca y le seguiría el juego tanto tiempo como él lo deseara.

Él estaba dentro de ella y ese pensamiento consiente la transportó, ahora ella era completamente de él. Movi6 sus manos para que 6l la soltara y luego lo abraz6. Entendi6 entonces que ella estaba lista para comenzar a ser parte de s6 mismo. Baj6 su mano con gentileza hasta llegar al triangulo perfecto de su perdici6n, acariciando la plena excitaci6n de Nina, pero Alec sab6a que deb6a esperar un poco m6s, hasta que ella misma lo ansiara.

La bes6. Estaba impaciente. Estaba al borde mismo de un precipicio, en riesgo de perder todo aquel control sobre el escenario, debido al deseo que significaba estar dentro de ella y no poderle dar todo cuanto deseaba. Sus dedos fueron el instrumento perfecto para que ella poco a poco se suavizara contra 6l. En su mente Nina describi6 la manera sensual que su toque le produc6a a su cuerpo y le gustaba, comenz6 a moverse con lentitud. En verdad que estar con 6l representaba un ir y venir del cielo a un glorioso infierno, pero quer6a arder entera con Alec. 6l no esper6 a que ella lo repitiera. La pasi6n que sinti6 fue arrolladora, se hundió profundamente una y otra vez, y ella imploraba y le repet6a cuanto lo necesitaba, y Alec enloqueci6 cuando Nina por fin consigui6 el ritmo sincronizado de sus caderas contra su cuerpo, ella era perfecta.

— Alec por favor...

— Si mi amor, ya lo s6...

El placer los consum6a a los dos, 6l ahog6 el ardor en su cuello, ella deseaba m6s de 6l y se aferr6 a su espalda con fuerza, no le permitir6a ser suave, quer6a m6s, elev6 sus piernas hacia Alec y lo envolvi6 con ellas, deseaba todo y con tanto 6mpetu que se sinti6 sofocar, el deseo la asfixiaba y la necesidad de aplacar esa sensaci6n hizo que alcanzara el ritmo de 6l en un segundo. Alec ahora estaba m6s salvaje y mucho m6s exigente y ella no sab6a bien si eso era lo correcto, pero 6l la alent6.

— Alec...

— Aqu6 estoy mi amor, me voy a ocupar de ti ahora, lo prometo, abrázame fuerte.
— respondi6 en casi un susurro ronco.

La necesidad era imperiosa y ella cuanto m6s ten6a m6s deseaba, se sent6a dichosa y completa, y ese sentimiento la asalt6. Grit6 cuando alcanz6 el 6xtasis supremo, y Alec la cubri6 cuando ella estall6 en sus manos, Nina estaba ciega de placer, no pensaba en nada m6s sino en los movimientos de Alec, y en ese instante tambi6n alcanzaba la dicha. Gru6o y tembl6 con fuerza, sinti6 como derramaba su semilla dentro de ella y se desplom6 encontrando al fin un delicioso alivio en sus brazos.

6l estaba sorprendido cuando oblig6 a su mente a reaccionar, dese6 permanecer all6 dentro de Nina por siempre. Se sent6a consumido, pleno e incre6blemente lleno de satisfacci6n, rode6ndole una dicha tremenda. 6l levant6 su rostro, necesitaba mirarla a los ojos. Nina miraba el cielo estrellado sobre ella, ten6a los ojos humedecidos. 6l se acerc6 a su boca y la bes6 con exquisita delicadeza. Fue un beso suave y tierno, ella respondi6 de la misma manera, lo saboreaba, aquello hab6a sido sencillamente incre6ble.

— ¿Por qué lloras? — preguntó luego preocupado. Besó su mejilla, luego la nariz.

— Porque me has hecho muy feliz. Soy feliz ahora, Alec. Nunca pensé que esto... podría sentirse de esta manera, ¿me crees?

— Me hago cierta idea, sí. — ambos sonrieron. Con cuidado se movió para no lastimarla, sabía que aún debía de doler un poco y le preocupaba.

Se incorporó y la tomó entre sus brazos para llevarla hasta la manta, Nina le rodeó el cuello y se relajó contra él. Esta noche permanecería con ella allí, debían de hablar sobre muchas cosas, pero necesariamente ella debía descansar junto a él esa noche.

— Estarás bien aquí conmigo.

— Lo sé. — confirmó mirándole a los ojos. Ahora comprendía que significaba ser una verdadera mujer, y la sumisión que sintió tan seductora entre sus brazos, nunca más la olvidaría.

Ella era ahora de Alec, porque quisiera o no ya estaba marcada, sus ojos así lo decidieron, a partir de ese momento Nina supo que era para siempre una Buchanan.

“Maldito Buchanan, tú y los otros me han despojado de todo lo que es mío, todo cuanto me corresponde en la vida, pero juro que me las pagarán, uno a uno, incluyéndola a ella, y cuando eso suceda no volverán a reírse de mí. Lo juro”

El pensamiento mezquino provino directo del fondo de la oscuridad, y de la seguridad que le brindaban los árboles, mientras se frotaba y calmaba sus ansias. Se acomodó su virilidad dentro del pantalón y levantó la mirada al cielo despejado y oscuro como sus pensamientos. Esa noche no llovería, y ellos se sentirían a salvo, pero de seguro la fantasía sólo se mantendría por poco tiempo. Partió de allí tan silencioso como había llegado, echó de nuevo un vistazo a la pareja que se encontraba completamente desnuda y feliz. Apretó los labios y sintió los ojos escocer por el único sentimiento que se había mantenido fiel a él todos esos años, su odio por esa familia.

En el gran salón todo estaba minuciosamente preparado, solo faltaban unos globos azules y blancos, para colgar en algunas esquinas. Habían improvisado un largo mesón y un buen toldo que les protegería de la intemperie aquella tarde. Ya el menú estaba listo, la barbacoa había sido idea de su hermano y él se encargaría de ello, Samanta se encargaría de ayudar a servir y habían contratado a dos jóvenes que harían el resto, también había un par de payasos que divertirían al gran número de niños que asistiría a la fiesta de cumpleaños. Desde Luego, Nick sería el anfitrión, y Willa estaría de aquí para allá, ayudando a recibir a sus amigos, muy al corriente de

que nada faltara para que todo saliera perfecto.

De nuevo lanzó una ojeada a su entorno. Por los amplios ventanales del salón apreciaba el movimiento en el exterior. El jardinero ya se retiraba de haber culminado con el césped, Samanta colocaba el mantel en el mesón donde se colocaría gran parte de la comida, con ayuda de uno de los meseros contratados. Era un mantel muy bonito y elegante, con tenues tonalidades de azules y blancos. Recordó que aún le faltaba vestir el pastel. Había preparado todo y sin mucha ayuda, los abre bocas, el delicioso quesillo, decidió que como postre especial haría los deliciosos *Cranachan*, era un postre escocés a base de queso *Crowdie* o nata, un poco de whisky, frutos rojos, un poquito de miel, copitos de avena, y en esa oportunidad ella quiso combinar las frambuesas y las fresas, aunque bien serviría con alguno de los dos, pero como hacia tanto calor se dejaba colar el sabor a whisky con ambas frutas. Sería una explosión deliciosa en la boca, y en algunas copas —la de los adultos— los prepararía con el queso *Crowdie*, luego las adornaría con unas hojitas de menta. Pero a los pequeños, ya tenía la mezcla de nata perfecta y muy dulce, adicionalmente unos pedacitos de chocolate por encima les encantaría. Para acompañante de la comida preparo los Scones, unos panes sencillos pero deliciosos y solo ella y Dios conocían la necesidad que sentía de que a todos les gustara los platillos de su tierra natal. Se había esforzado con gusto y Joseph se mantenía con una expresión en su carita redonda muy feliz, saltaba y brincaba por toda la casa, se aseguraba de que el reloj no se encontrara averiado, le había costado mantenerlo en su juicio, a decir verdad, el trabajo de los payasos comenzó realmente temprano debido a él. Willa sonrió.

— ¿Te puedo ayudar en algo?

Sobresaltada Willa se tambaleó en la escalerilla y aterrizó en los brazos de Nick con algunos globos azules y el adhesivo aun en la mano. Ella lo miró un tanto ofuscada.

— Podrías haber intentado hacer algún ruido primero ¿no crees?, no sé, algo para precisar que estabas cerca, antes de que casi muriera del susto. Pude haberme matado, Nick.

— Lo siento, tienes toda la razón — la miró un poco avergonzado. — Intentaré la próxima vez sonar el pito de los chicos desde el exterior hasta aquí. Así sabrás que soy yo sin lugar a dudas.

Ella rio y suspiró.

— De cualquier manera eso... ¿se supone que sería el remedio para no volverme loca el día de hoy?, — soltó una carcajada— no tienes remedio Nick. Está bien, no importa, creo que si me llamas por mi nombre desde afuera bastaría.

— De acuerdo. — Le lanzó una mirada perspicaz— Haría el sacrificio, sí pero no te quejes luego, eh. Me verás a través de esos largos ventanales haciéndoles competencia a los payasos entonces. Me tildarán de loco, pero no importa si es para mantenerte completa y a salvo el día de hoy.

Ella rio y asintió. Y esperó... Le miró y siguió esperando. Luego frunció el ceño.

Verdaderamente este hombre era un poco raro y sin lugar a dudas, también un poco despistado algunas veces. Miró sus ojos mientras esperaba, luego sin premeditarlo sus ojos se arrastraron hasta su boca. La boca de Nick era ancha, hermosa y generosa. Willa carraspeó y le volvió a mirar ahora con aparente saña.

Ella estaba ese día tan bonita... su largo cabello rojo se lo habían rizado, se había colocado un vestido de tirantes muy sencillo de seda del mismo color, que resaltaba su piel y combinaba con el matiz de su cabello y...

— ¿Nick?

— ¿Si?

— Has el favor de bajarme.

— Oh... lo siento Caroline. Creo que me he distraído un poco.

La dejó en el suelo pero no retiró la mano de su espalda que le había servido de apoyo, Nick se sintió entonces muy tentado. Necesitaba aunque fuera probar aquella boca tan deliciosa, pero entonces él sabía que habría comenzado mal y no quería dañar el momento. Debía de actuar con mucha cautela, sería paciente. Hoy era el cumpleaños de su hijo además, y no quería darle otra preocupación a ella en su tierna cabecita, no le estropearía todo su esfuerzo y su trabajo, pero más tarde... quizás. Y al día siguiente tocaría el tema con mucho tacto, le declararía sus sentimientos y sus intenciones y todo sería como lo estaba planificando, inolvidable para ella, hermoso y perfecto. Hizo un verdadero esfuerzo y le retiró la mano, ella le dedicó una sonrisa encantadora y se alejó de él a prisas.

— Si necesitas algo más... no sé...

— Ya sé Nick. Tranquilo — de nuevo le sonrió, pero esta vez en lo alto de la escalera y suspiró — te lo haré saber. Muchas gracias.

Niccolai asintió y se giró. ¿Sería posible que fuera muy pronto para ella?, esa pregunta era la que le había carcomido su alma en los últimos días, no le gustaría pasar por tonto tampoco, sin embargo ya le había examinado en algunas ocasiones y ella respondía de la manera que él estaba esperando, sentía algo por Nick. Enamorarse sólo debía de ser una situación muy vergonzosa, así que desechó ese pensamiento negativo y equivocado... Echó una ojeada al exterior para asegurarse de que todos estuvieran en labor. De pronto tropezó con la penetrante mirada de Ian. Tenía una mirada escrutadora y además algo que se semejaba a reproche. Nick tarde o temprano tendría que conversar con él sobre sus sentimientos y sobre todo de sus malos hábitos, pero no necesariamente sería ese día en familia. Giró sobre sus pasos en dirección a su habitación. Ya se acercaba la hora y los invitados no esperarían por él, necesitaba cambiarse de ropas.

El trinar de los pájaros la despertó, pero no abrió los ojos, sentía temor de lo que

encontraría a su alrededor.

La noche anterior había sido un sueño ¿o... una pesadilla? Pero se descubrió envuelta en su manta, en un suelo duro y en una nube de ensoñación... La brisa mecía las hojas de los árboles y acariciaba su piel del rostro suavemente. Escuchó con atención el ruido del chisporrotear del agua, como tentándola... Nina se movió un poco. Examinó que todo en su cuerpo le dolía. Los músculos entre sus piernas le dolían entre otras cosas, y apreció su boca un poco hinchada también, cuando separó un poco los labios recordó como quemaban sus besos, besos dulces y ardientes, estaba completamente hechizada. El recuerdo de toda aquella noche flotó detrás de sus ojos cerrados, de manera tan especial que se erizó por completa. Por debajo de la manta se palpó su cuerpo, ella estaba desnuda...

¡Dios bendito!, tal vez vendría alguna persona y ella estaría vulnerable, o tal vez mandarían a buscarlos y su reputación entonces quedaría ¡hecha pedazos! ¿Y si fuera Douglas?, oh no... no, no.

Abrió los ojos de golpe. Nada de eso debió de pasar. ¿Qué había hecho? Se giró, Alec estaba con los ojos clavados en ella contemplándola, con la cabeza descansando sobre el codo y una expresión de adonis poco familiar pero muy perturbadora, y Nina casi se atragantó en el acto. No sería tan fácil huir. Debía hacer algo, alguna cosa para distraerlo, ¿pero qué?

Dios, que había hecho...

Alec percibió su turbación, adivinó sus intenciones pero no la dejaría.

— Buenos días, mi amor. — colocó su brazo por encima y la acercó más hacia él. La beso con ternura. Debía de sellar a buen término lo que había ocurrido entre ellos la noche anterior.

Su pequeña puma lo miraba incrédula.

— ¿Cómo dormiste, eh?

— Bien gracias...— Nina sonrió y volvió la mirada al cielo como buscando la solución entre el azul vetado del amanecer y el sol que apenas comenzaba a asomarse, ah... también alguna que otra nube blanca que se movía muy lentamente.

Se subió la manta hasta el cuello. Alec no se amilanó por eso.

Su mano encontró su piel, comenzó a acariciarla, tenía algo en mente, sí. Algo muy bueno que terminaría de convencerla de que no había escapatoria de ese presidio donde el mismo se encontraba con ella, y no en contra de su voluntad precisamente. El plan comenzó a funcionar... ella se agito, tembló y se quejó pero afloró una tierna sonrisa de su boca. Se volvió a verlo y le acarició la cara sin afeitado. El beso fue inevitable, mientras el apartaba la manta y la dejaba completamente abierta ante él.

— Alec no...

— Shh. Tranquila amor, te gustará, lo prometo.

Acarició su espalda y sus glúteos formados y redondos, luego buscó el estuche

tierno y femenino y lo acarició, jugó con él hasta que Nina se vio completamente mojada. Introdujo con cuidado sus dedos en ella, y ella se arqueó.

Alec la rodó hasta ponerla boca abajo mientras ella suspiraba y gemía, la estaba torturando ¡y cómo le encantaban esas nuevas sensaciones! Besó su cuello, su espalda, sus glúteos y mordisqueaba su piel, en tanto la mano de Alec la incitaba con maestría en el centro de su sexo. Cuando él reconoció que no podía más con sus deseos, abrió sus muslos y se hundió en ella manteniéndola de espaldas, en su pequeña vagina profundamente, estar allí dentro de ella, significaba la gloria en todo su esplendor.

Nina arqueó todo su cuerpo en el estallido de placer. Era diferente a lo que había vivido la noche anterior, aquello la llenaba más, era totalmente nocivo, él estaba detrás y la poseía mientras su mano atrapaba uno de sus senos con caricias. Nina creyó desfallecer. Alec, besó su cuello mientras la penetraba con movimientos lentos, muy despacio y le murmuraba palabras al oído que despertaban los sentidos y las ansias ocultas de la joven. Era una tortura y Nina necesitaba más, comenzó a moverse a un ritmo más rápido para que él la alcanzara. Él le agarró el cabello en el puño y arqueó su cabeza un poco hacia atrás, porque sabía que aquello la volvería loca, la doblegaba ante él y ella se sumiría.

— Oh... Alec... oh... no puedo más... Alec...

— Dime amor, dime que es lo que quieres...

— Lo quiero todo, te quiero a ti... quiero tu fuerza. Por favor no me sueltes...

— No te soltaré, lo juro.

Un caballero de verdad cumple su promesa.

Rápidamente él supo que ella estaba lista, y comenzó entonces a alcanzarla con sus fuertes caderas y movimientos precisos, ella gemía, Alec la tomaba por el cabello sedoso, y a ella respondía de una manera que estuvo a punto de derramar su semilla antes de tiempo, pero se contuvo. Cambió entonces su mano y mientras la hacía suya de una manera descontrolada se apoderó de su centro y comenzó a darle placer con sus dedos. Eso fue lo que hizo que estallara Nina en mil pedazos. Finalmente gritó sacudiendo toso su cuerpo, el sudor recorría su tierna espalda de seda, ella se encontraba ciega, no podía ver nada sino esa pasión que resultó ser devastadora. Él también llegó con ella y se desplomaron juntos, extasiados, anonadados los dos por lo que acababan de experimentar. Alec jamás había experimentado ese mundo de sensaciones con ninguna mujer, era Nina. Estaba perdiendo el juicio por ella. La amaba en lo más íntimo y no sabía bien como expresárselo.

Ella comenzó a llorar. Pero él ya había comprendido que así Nina expresaba su felicidad con él, que eso en realidad, era una prueba de que ella no cabía en si misma de la plenitud que le proporcionaba ese momento intimo con Alec. Él suspiró, notablemente vencido y abrió sus glúteos un poco para liberarla. Se recostó a su lado y le acarició la espalda.

— Te amo Alec. — confeso mirándolo muy sería— y no puedo con este sentimiento, es más de lo que puedo soportar.

Él sonrió muy complacido.

— Te prometo que lidiaremos los dos con esto, Nina. Te deseo tanto, nunca había sentido estas cosas por ninguna mujer.

Pero él no le dijo lo que en realidad sentía y eso la hirió profundamente. Las dudas comenzaron a rozar su corazón. ¿Aquello entonces que significaba?, ¿era su juguete?, ¿no sentía en realidad nada más importante por ella que ese loco deseo?, ¿acaso tomó en serio lo que la noche anterior había dicho Bruce?, Y ella había caído primero... Alec fue el primero en tomar el premio. Cerró los ojos sintiendo dolor. Cayendo de pronto en la espiral oscura del desengaño.

Incapaz de preguntarle con sinceridad, se incorporó y tomó el poco orgullo que le quedaba y algo para cubrirse hasta llegar al río. Necesitaría darse un buen baño y aclarar sus ideas, debía alejarse de una vez por todas de esa familia, de Alec... ya había perdido su virginidad con él, y él sólo quería llevarse el trofeo, él solo la había engañado de una manera cruel, ruin y muy miserable. ¿Por qué tanto odio hacia ella? ¿No se cansaban de castigarla por algo que ella nunca había hecho?

¡Maldita fuera su madre!

Nina realmente había vivido año tras año una pesadilla, una en la cual, ni siquiera había tenido el derecho a despertar, y no conforme con las humillaciones, los golpes y maltratos, y hasta los encierros, no conforme con eso ahora destruían su corazón en mil pedazos. ¿Por qué? Ya dentro del agua, ella estaba llorando y no escucho al hombre acercarse a su espalda.

— ¿Por qué estas llorando esta vez, Nina? — le preguntó mientras la giraba y le escrutaba los ojos. Ella negó, él le enfrentó y le aferro con dureza sus brazos. — ¿Por qué no eres sincera?, ¿no te hice feliz?, ¿no estas satisfecha conmigo?, ¿he hecho algo que te lastimara acaso y no me quieres decir?

¿Algo?, ¡acabas de destruir mi corazón y todavía lo preguntas!

— Esto no debió pasar, Alec. Fue un error, aléjate de mí, sigue con tu maldita vida de una vez. Ya tienes lo que querías. — Nina consiguió cubrir el dolor con la rabia y se apartó de él.

— Te equivocas. Eres mía ahora. No es ningún maldito error, ¿es que no lo piensas?

— ¿Y entender qué?, dime. ¿Qué conseguiste al fin un trofeo para tu colección de putas?, ¿que estas siguiendo al pie de la letra el maligno plan de tu padre?, ¿que he caído como una idiota?, sí, me quedo con el mérito Alec, lo reconozco, pero esto... ¿esto?, ¡has roto mi corazón en mil pedazos!, no te lo perdonaré nunca, y jamás volverán a verme, ¡ni tú ni tu maldita familia de desequilibrados!

La expresión de ella era tan insoportable para él, era demasiado dolor para que

Alec lo aceptara, ¿qué había pasado en tan pocos minutos?, ¿qué le había hecho? y de pronto sintió llegar el entendimiento por piezas, sí aquello encajaba perfectamente, y sonrió.

—... ¿Te causa gracia todo lo que han hecho conmigo y mi sufrimiento? — Alec iba a protestar cuando ella arremetió de nuevo con su bravata— Tu padre me cree una zorra insignificante, igual que Douglas, el único que me ha respetado y me ha demostrado afecto, como hermano es Brodick. Nunca me pegó ni humilló, ¿sabes?, muchas veces recibía el castigo de tu padre por mí, sin merecerlo. ¡No, no lo sabes!, ¡porque en ese preciso instante de tu vida, estabas tan ocupado en destruirme, que no le observabas!, entonces, ¿cómo puedo amarte y odiar de esta manera?, ¿cómo puedo olvidar todo lo que me han hecho de la noche a la mañana, y ahora te atreves a sonsacarme, te acercas a mí para terminar el plan de Bruce, tu padre. ¡Pero yo no quiero ser la chica que caliente sus camas de noche, Alec!, eso sería repugnante, Bruce, Douglas, Brodick, Tú... prefiero morirme primero a doblegarme así ante ustedes... me mataría sin pensarlo dos veces. No tengo la culpa de lo que hizo ella, pero no soy ella y nadie ha podido verlo. Y yo no... no te perdonaré. Me has quitado todo, me has quitado...

Nina comenzó a llorar en forma descontrolada, Alec se acercó y ella lo comenzó a golpear en el pecho, hasta que su rostro aterrizó sobre él y la estrechó con fuerza.

— Perdóname. Por un segundo me olvidé de lo inocente que eres. Debí decírtelo desde el principio. Eres una pumita escurridiza y salvaje, lo he sabido siempre, pero en tu interior eres sólo una gatita pequeña y maltratada. Pero eso acabo aquí.

Ella alzó la mirada hacia él con el rostro lleno de lágrimas. Se sentía estúpidamente, un poco avergonzada por decirle todo cuanto sentía, que él la reconociera débil y vulnerable, que comprobara con sus propios ojos que habían logrado lastimarla de esta manera no era precisamente el deseo de ella. Él mantenía una expresión dulce en sus castaños ojos. Había sí, mucha sinceridad. Y Nina ya no sabía que decir o pensar esta vez. Él encerró su cara en el círculo de sus manos.

— Escúchame bien Nina. Lo que pasó no tiene nada que ver con mi padre o con mi familia o en todo caso, con tu madre. Lo que pasó tenía que pasar porque hay una maldita razón para todo esto, y es que ayer descubrí... que a pesar de que he intentado acabar con tu vida un par de veces, primero me quito la mía antes de perderte. YO TE AMO, entiende eso maldita sea, te amo no te odio, creí que debía hacerlo por el odio de Bruce, pero he tenido tiempo para meditar al respecto.

—...No me creas nunca una persona tan ruin como para tomarte y disfrutar de ti solo por venganza, no soy esa persona que crees. Yo Alec Buchanan, y pongo de testigo estas malditas piedras en el río, al cielo y a Dios, de que te estoy diciendo toda mi verdad, que no concibo una vida lejos de ti y que me importa un soberano cuerno, lo que mi familia piense. Entonces ahora, en este preciso momento, ¿qué tienes tú que decirme al respecto?

La había afectado. Le creía. Sintió un gran alivio en su corazón esta vez y lo abrazó, le rodeó por la cintura.

— Nunca me sueltes y nunca te atrevas a abandonarme o me moriría de tristeza, de pena, yo... no soy tan fuerte, no soy capaz de aguantar más sufrimiento. Prefiero estar muerta, prefiero muchas cosas pero no podría aceptar que esto no es verdad. Te amo Alec. Pero hay algo que me preocupa, lo sabes.

— Lo se Nina, lo sé. — él suspiró— mi padre nunca lo aceptará. Tampoco Douglas y estoy preparado para marcharnos de aquí de ser necesario. Pero tú lo vales, nosotros, nuestra felicidad, quiero un hogar para nosotros, deseo mis hijos contigo solamente, y sobre todo, te mereces mi apellido, serás la señora Buchanan después de todo, así es de irónico nuestro destino— sonrió para sí mismo— eres mía como yo lo seré de ti por entero, ¿me crees? — ella asintió y la esperanza se abrió paso en su corazón, estaba feliz de escucharle hablar así, con esa certeza y seguridad. Nina iba a explotar en mil pedazos de amor por aquel hombre.

—...Debemos regresar a la casa como si nada pasara, por ahora. — continuó con calma— no quiero cometer errores que luego tengamos que lamentarnos, amor ¿Crees que puedas hacerlo sin ser descubierta?, no conviene que lo sepan, la ira de mi padre caería sobre ti sin contemplación, y tendría entonces que intervenir y enfrentarme a él antes de tiempo y todavía tengo asuntos pendientes que necesitan ser resueltos, todo lo que tengo está aquí y necesito también hacer algunos ajustes sobre eso, no quisiera que nos fuéramos con las manos vacías y que tú pases trabajos por mi causa.

— Si, lo intentaré Alec. Pero no esperaré mucho, no puedo vivir bajo ese techo ni esa presión, si al menos tuviera la certeza de estar lejos de esa casa, habría una esperanza para mí, para nosotros. Lo de anoche superó todo lo que yo podría sobrellevar, tu hermano Douglas es un monstruo. — Hizo una pausa mientras meditaba y ordenaba sus preocupaciones por prioridad— Dime algo, y dime la verdad, ¿qué has hecho con esas personas?, ¿los tíos de esa chica? ¿Acaso tú...

— No. Están en un lugar lejos de aquí, pero no haré lo que él quiere. ¿Cómo podría?, es un plan tan retorcido que me resultó imposible no descomponerme frente a él. No te preocupes por nada amor, ya yo he tomado cartas en el asunto, Anselan los llevó a un lugar seguro y les ha explicado que su sobrina estará a salvo por mi parte, eso los tranquilizó, por eso él no ha regresado acá, están bajo su estricta protección, y tienen orden de no dejar ni siquiera a Douglas o a Brodick acercárseles. Las cosas comenzarán a tomar su curso de nuevo — Él la miró con interés renovado para detallarla — ella es igual a ti, ¿lo sabías?, se llama Caroline Willa y son idénticas, ¿no te da ni siquiera un poco de curiosidad conocerla?

— No, y no quiero. Pero tampoco me gustaría que le hagan daño. Prefiero que no sepa en realidad la verdad, que somos dos, que nuestra madre era una cualquiera, no quiero que me conozca, que conozca lo que soy, como soy, que soy una pobre ignorante... Así sería entonces mucho más llevadero, y podría continuar con mi vida, prométemelo, prométeme que nunca le dirás la verdad.

— Si lo quieres así, así será mi amor. — Alec bajó su cabeza y le besó con mucha ternura. Quería que ella sintiera su amor hacia ella y no únicamente un montón de

palabras, necesitaba que ella confiara en él.

Sus tiernos besos la envolvieron y se relajó contra su cuerpo. Cuando la llevó hasta las tres rocas, ella se quejó.

— Alec, acabamos de...

— No importa. Quiero que experimentemos un poco... que conozcas todo lo bueno que hay en la vida junto a mí, cómo te amaré aquí, en el agua — la besó en el cuello y susurró en cada pausa sensual, mordisqueando su piel húmeda de los hombros — Tengo mucho más para ti mi amor, más de lo quisieras reconocer, y prometo demostrarte cuanto te necesito y cuanto te amo el resto de mi vida, y ya me he recuperado completamente. Soy un buen semental, ya lo verás...

Nina rio entre dientes y se dejó atrapar el alma por los brazos de aquel hombre que la hacía feliz, en una nueva entrega total.

Capítulo 6

— ¿Por qué papá e Ian están alzando la voz, Willa?, no me gusta cuando pelean, eso no está bien, ¿verdad?

Ella suspiró y lo arrojó con el edredón azul de nubes y estrellas. Abrió el cuento que se disponía a leerle antes de dormir, pero el niño se mantenía inquieto. Los hombres que se encontraban abajo discutían acaloradamente, las voces se dejaban colar hasta la habitación de Joseph. Estaba realmente molesta.

— Espérame aquí cariño, regreso en seguida.

Le dio un beso en la frente y se alejó. Ya al pie de la escalera de mármol, ella les vio y carraspeo. Al principio no le escucharon, pero luego el primero en subir la mirada fue Nick.

— ¿Podrían discutir sus asuntos en un tono de voz más bajo, o en otro lugar? Joseph está inquieto, me ha preguntado. No le gusta escuchar que las personas discuten y con razón, deberían sentirse muy avergonzados por mantener una discusión tan acalorada, a esta hora y después de todo este maravilloso día. Son casi las diez de la noche. Le están quitando la alegría al niño, ¿es que no lo comprenden?, el niño necesita terminar de disfrutar su cumpleaños Nick, y ustedes dos deberían saberlo mejor que yo incluso. — Willa estaba realmente incomoda y su voz era peligrosamente tranquila en ese momento. — Tú Nick, deberías ser quien le estuviera leyendo a Jo, y en cambio, estas aquí con mi hermano, arreglando no sé qué. No es mi problema, pero Joseph si debería ser el tuyo.

Suspiró lanzando una mirada asesina y sin esperar respuestas giró sobre sus talones y se alejó de allí. Escucharon la puerta de la habitación al cerrarse. Ian caminaba de un lado al otro, se comenzaba a impacientar de verás.

— Creo que deberíamos salir al jardín, Ian. — le informó Niccolai haciéndole un ademán— Después de ti...

— ¡Esto no tiene ningún sentido, Nick!

Ya fuera en los jardines de la mansión, él se aseguró de estar alejado de las ventanas, no deseaba que Willa se intranquilizara más de lo que ya estaba. Le alentó a sentarse en el banco junto a la fuente de los pequeños querubines. Las luces provenientes y el singular sonido del agua al caer, relajaron un poco los ánimos de él, aunque se formaron entre ellos unos segundos de silencio algo realmente incómodo. Ian se sentó. Apretó las manos en torno al filo de cemento, ¿con que autoridad se metía él en sus asuntos? Ardía hecho una furia, casi literalmente. No se podía imaginar en su cabeza, todo lo que tuvo que hacer, mover y conversar para llegar al

final de todo el problema. Además, el sentirse un fracasado no le ayudaba en nada para levantar el ánimo.

— No era tu asunto, Nick. ¿Por qué habría yo de decírtelo entonces?, soy muy capaz de salir por mis propios medios de esto. Ya está todo solucionado.

Niccolai meneó su cabeza, ¿acaso su amigo no aceptaba el hecho incuestionable de las cosas que estaban por verse?

— No es verdad Ian. Me he preguntado hasta el día de hoy, porque no fuiste sincero para esto. Tenemos una amistad desde hace algunos años. Nos hemos embriagado juntos, hemos caído, nos hemos ido de farra, nos hemos levantado y siempre hemos permanecidos firmes en nuestra amistad, sino fuera así no te estaría apoyando con tu hermana... con esto. Y no quiero que pienses que te lo estoy sacando en cara, porque definitivamente no soy ese tipo de persona. Pero la pregunta es simple, ¿Por qué?, ¿somos o no somos, hermano? El caso es que no es una o dos, son varias deudas Ian, y rayan de lo posible en los recursos de una persona común. ¡Ni siquiera vendiendo tres vehículos como el tuyo, se llegaría a cancelar la mitad de todo!

Ian se agitó nervioso.

— Lo sé Nick, lo sé. ¿Acaso piensas que lo ignoro? — hizo una mueca con acritud y pasó su mano por el cabello. —No te lo dije porque no quise que pagaras los platos rotos de mi irresponsabilidad.

Se sentía entonces contra la espada y la pared, a partir de allí ¿cómo lo vería su amigo?, ¿su hermana?, no quería que ella se diera cuenta de que era un fracasado, un débil, un mentiroso, no. Se dobló apoyándose de sus rodillas y encerró su cabeza dentro de sus manos con desesperación.

— He perdido, es cierto. Me gusta el juego, y he ganado muchas veces, ¿sabes?, no tienes idea de que tan bueno he sido con el juego y mi buena suerte... pero esto sólo es una mala racha, a veces ocurre Nick. Yo ya las he pasado y he salido adelante sin tener que recurrir a pedirle ayuda a nadie y si la he solicitado también he sido capaz de saldar mis deudas.

— No con estas cantidades, ¿o me equivoco? — le interrumpió.

— No, pero no tiene ninguna importancia, amigo.

— ¡Demonios Ian! — Nick se levantó y caminaba nervioso frente a él.

Estaba tan adherido al vicio que le dio unas terribles ganas de abofetearlo en ese instante, pero se contuvo. No era el tipo de hombre que no intentara socializar, buscar un diálogo para resolver las cosas. No se iría a los puños a no ser estrictamente necesario, aunque en ese momento precisamente era justo lo que le provocaba. Estaba angustiado, ya tenía toda la información de las personas a los que él le debía, sobre su escritorio en su despacho. Eran personas de la mala vida, con pasados dudosos, no existía ni una que no se hubiese involucrado en asuntos turbios. Todos tenían uno que otro antecedente policial y habían salido bajo fianzas muy altas, por lo que habían

alcanzado cierta fama entre los casinos y demás lugares como gente inescrupulosa, personas peligrosas en realidad, y el giro estaba tornándose negro para su amigo.

— Esto es como la bebida, Ian. Es un vicio y me parece que estas hasta las rodillas. Necesitas ayuda.

— ¡No necesito una maldita ayuda Nick!, sólo que me dejes en paz para arreglar mis cosas y no te involucres.

— Estas personas son de la mala vida, ¿lo sabes?, viven de esto, tú vida estaría en la cuerda floja si no les cumples en su tiempo, y ya sabes que en esta ciudad tan cosmopolita es tan fácil ser un blanco perfecto, simplemente una cifra, un deceso más en primera plana de cualquier diario, amanecer tirado en cualquier callejón y nadie se preocuparía por ti realmente, no siempre la policía llega al fondo de todo, lo sabes.

Ian no lo miró, pero asintió.

— Me he tomado la atribución de pagar la mitad de esa deuda esta misma tarde Ian. — le confesó su amigo luego de sentarse a su lado, Ian levantó de inmediato la mirada hacia él con incomodidad— no espero que me lo devuelvas no.

— No, no, no Nick, ¡No debiste hacerlo!, no quiero involucrarte en esto, ¡no soy un fracasado!, no soy una mala persona y sé cómo salir de esto, créeme, confía en mí., soy responsable, te juro que me esfuerzo día a día, lo has visto en mi trabajo, soy bueno en lo que hago y no quiero que tú y Willa piensen lo peor... eso no lo puedo aceptar.

— ... Han sido sólo algunas apuestas... algunas veces me he encontrado rodeado de esas mujeres y he necesitado mucho para beber, desahogarme, realmente no es un problema, lo he manejado antes y he salido siempre a flote... ¿crees que después de saber esto, ella me seguiría viendo con los mismos ojos, acaso? ¿Por qué no acudiste a mí antes de hacerlo Niccolai?

— Será por lo mismo que tú no acudiste a mí antes, ¿o me equivoco? — le refutó con paciencia, se sentía admirablemente paciente dadas las condiciones, debía admitirlo. — son casi cien mil grandes amigo, no son un par de dólares. Y no estoy diciendo que no seas bueno en tu trabajo, me cumples, eso me satisface, pero estas sencillamente acabado.

—...Si continúas así, estarás acabado por completo y la vida no te dará más treguas. ¿Eso es realmente lo que quieres?, ¿ser un fracasado?, con todo ese dinero has podido bien comprarte una casa, autos, montar tu propia oficina, ¿crees que eres el único ser humano en la faz de esta maldita tierra que sabe sacar cálculos y cuentas?, te equivocas, y para serte franco, hablaré con alguien para que te ayude, lo necesitas, no puedes seguir echando tu vida por la maldita borda así, porque como tu bien lo dijiste, no quieres que tu hermana te vea como hoy te encuentras, vea lo que realmente eres y yo tampoco deseo que ella se desilusione más de ti, porque tú al parecer, eres el único familiar que le queda en el cual ama y confía a plenitud, así que, te estoy ayudando porque así lo quiero, porque te considero mi hermano, parte de mi propia familia y porque estoy terriblemente enamorado de Caroline.

Lo había soltado si más. Ian lo miró pasmado, no porque ya él no se hubiese dado cuenta, sino porque ya había tomado la decisión y directamente eso lo afectaba a él.

— No puedes.

— Claro que puedo. La amo y no sé cuándo empezó, pero sí, y me importa que tú lo aceptes, pero si no, no puedo hacer tampoco nada al respecto. Yo le ofrezco a tu hermana una vida tranquila, llena de comodidades, una vida con amor, seguridad, paz, y al lado de ese montañés no la tendrá. Tú como mi amigo y como su hermano, deberías más bien estar bastante complacido, pero por lo que puedo reconocer en tu cara, me doy cuenta de que me equivoco, y me gustaría saber la razón. En este justo maldito momento. Porque Caroline aún no sabe que es lo que yo siento por ella, ni siquiera he tenido el valor para decírselo porque reconozco que aún está afectada. Tiene temple, sí, pero también tiene miedo Ian.

—...Miedo de que un día vengan a reclamarla, vivir una vida de la cual no quiere y no tiene una idea de que hará con ella, una sin amor. Ella quiere ser libre. Quiere decidir por sí misma su futuro, y eso es precisamente la oportunidad que quiero brindarle, sin presiones, quiero que aprenda a diferenciar y sepa escoger lo bueno. Aquí juega al hogar ¿no lo ves?, yo le dejo porque eso le hace olvidar, la entretiene y para ella es tan fuerte y necesaria nuestra opinión, la opinión de ambos, que me cuesta creer que tú estés allí en un maldito modo egoísta, sin entenderla aún, desperdiciando toda tu vida en un endemoniado vicio y no intentando ayudarla...

— No es lo que tú crees Niccolai.

— Entonces, ¡con un demonio, explícame! — casi gritó, estaba ya perdiendo la cabeza. Mantenía a pie firme y en su lugar, todos sus argumentos. Necesitaba respuestas. — ¡necesito saber la historia real!, conocimos a otra, ¿cuántas son?, ¿es una visión? ¿O es que acaso estamos todos locos? ¡Mierda!, — Nick estaba echando chispas por los ojos, se pasó la mano por el cabello en gesto casi desesperado. Si continuaban así lo iba a matar a golpes.

—... Tú me hablaste de que tenían una hermana, esa es la verdad, una escocesa, pero los hechos no son claros amigo— continuó armándose de paciencia nuevamente — y pienso que también me mentiste en esto. Me ha preguntado, he intentado no jugar con su confianza, pero ha sido casi imposible no hacerlo. Quiero saber en lo que me estoy metiendo y lo quiero saber, maldita seas, ahora, en este momento.

— No es fácil responder a eso porque yo también me encuentro en la misma situación que tú. Al parecer no conozco toda la historia Nick. Nos mintieron, yo no sabía de la existencia de la bailarina, lo juro, pero justo estoy sobre ello.

— ¿Cómo?

Su amigo no respondió y de nuevo se levantó impaciente. Nick especulaba, mordisqueaba su actitud intentando entonces atar los cabos faltantes.

— ¿Con quién demonios intentas averiguar?, ¿alguien de tu familia?, ¿acaso contrataste un investigador y aun no traen noticias?, porque eso es precisamente lo

que yo pienso hacer, Ian. He de llegar al final de este asunto de cualquier forma. Pero ahora dime, ¿Qué es lo que te traes entre manos?

— Dejemos así este asunto por los momentos, ¿podrás?, ¡no me presiones maldición!, simplemente estoy intentando conocer toda la verdad por mis medios, y quiero que sepas que necesito que te olvides de ella de una vez por todas, porque ella no será para ti. Tú lo sabías desde antes de que ella llegara a esta casa.

Nick se levantó y lo sujetó por la solapa del traje. Lo zarandeó con fuerza y le obligó a mirarle.

— Dime que es lo que está pasando y lo quiero ahora, o juró por Dios que te sacaré la verdad a golpes Ian, y esto terminará muy mal entre los dos.

— Ella está comprometida a esa familia desde antes de nacer, eso es lo que pasa. ¡Suéltame! — se sacudió de él y se sentó.

¡Maldita fuera toda su suerte!

— Bruce Buchanan era el esposo de mi madre. Pero en sus primeros años, él mantenía una amante y vivían en la misma casa. Él le pegaba a mi madre y le obligaba a compartir el mismo techo con la amante y con el pequeño niño Bastardo que había nacido. Le habían puesto por nombre Douglas, hijo de una sirvienta que trabajaba allí, pero mamá aun no le daba hijos, y él necesitaba herederos...

—... la tenía amenazada de que si no le daba hijos la pondría de patitas en la calle, y ya usada, ningún hombre bueno voltaría a verla, menos después de enterarse que ella no era capaz de dar hijos. Le insultaba y humillaba, le decía que era como una mula, que era una mala mujer. Entonces Buchanan que se sentía realmente un hombre muy poderoso para ese entonces, no había tenido inconvenientes en salir del brazo de su amante, en darla a conocer ante sus amigos, y en las reuniones la llevaba a ella y no a mi madre, y por supuesto, al niño bastardo. Un hombre del círculo de amigos de él se sintió visiblemente afectado por las circunstancias. De vez en cuando le regalaba un poco de amistad, palabras de consuelo y algo de tiempo, le hablaba de que no perdiera las esperanzas, de que ella saldría tarde o temprano de aquella penosa situación.

— Ese hombre se enamoró de tu madre...— comprendió Nick conmovido y expresó en voz alta su pensamiento.

— En efecto. Ese hombre era mi padre, nuestro padre. Era amigo de Bruce Buchanan y las cosas... se salieron de control. Ella recibió afecto, consuelo en el momento en que más lo necesitaba. Ella vivía una vida detestable y él le ofreció no sólo estar con él, sino hacerla su esposa. La quería como esposa entonces, cuando yo supe la verdad y comprendí el horror de esta historia, no pude juzgarla, ella era inocente a la final.

— ¿Y las niñas?, desde luego entonces son también Buchanan. Porque están reclamando a Caroline para que se quede con ellos. Ellos piensan que les pertenece de alguna manera, pero no es así. Ella tiene derecho a hacer su vida, a decidir qué es

lo mejor para ella, ¿no crees?

Ian movió su cabeza.

— No me has entendido aún. Mamá quedo embarazada para ese entonces de mi padre. Cuando él supo de su aventura, Buchanan esperó pacientemente a que los niños, o, mejor dicho, las niñas nacieran. No le permitió marcharse, porque ella no sabía de quien era realmente ese embarazo. Pero... cuando mi hermana nació, se supo.

—... Eran las dos pelirrojas, como mi padre. Era obvio de quien eran las pequeñas. Entonces, Bruce no les perdonó, los iba a matar, pero entonces algo pasó. Su mente estaba enferma de puro odio, despecho y resentimiento para ese momento, él decidió retenerlas allí un tiempo y después las negoció con papá. Le dijo que él se quedaría con una, a cambio, de perdonarles la vida a mi madre y a él, y que la otra se la podía llevar. Por supuesto, mi madre no quiso hacerlo. Ella se volvió como loca. La pena y el dolor de abandonar a su hija, era demasiado grande para soportar, y casi se muere, ella solo lloraba día y noche... pero papá acepto. Creo que se equivocó al pensar que ese hombre sanaría con el tiempo y cambiaria de aptitud, y que devolvería la niña a su madre.

— Pero Ian esto es... apocalíptico, es terrible ¿cómo pudo...? — Hizo silencio mientras asimilaba la situación, luego le miró horrorizado, perplejo — No comprendo, ilumíname por favor, porque... ¿cómo es posible que ella sea tu madre?, si tú eres mayor que Caroline, ¿no es así, o me equivoco?

— En realidad soy medio hermano. Mi madre había muerto por la fiebre cuando yo nací, pero cuando papá se enamoró de la mamá de Willa, ella me crio. Era una mujer muy dulce y atenta conmigo, y me quiso desde el primer momento, así que yo la adopte como si fuera mi madre.

Nick no podía creer aquella historia tan espantosa, por un lado, y por el otro se sentía de verás conmovido. No era aceptable en la cabeza de él. ¿Cómo era capaz un hombre por despecho de dañar la vida de otras personas de esa manera?

— ¿Y esa niña donde se encuentra ahora?, no me digas que...

— Vive con ellos, por lo que he sabido, en su infierno personal. La han criado como una sirvienta y una salvaje. Nunca le han dejado salir de allí, ni estudiar, nada. Pocas personas de la zona en realidad la conocen, el viejo no admite ni le gustan ahora las visitas como antes, y eso lo ha dejado muy claro delante de los pobladores. Yo tampoco la conozco, pero sé que es la viva imagen de Willa. Pero ahora...

Ian tenía una expresión tan culpable y a la vez confusa que Nick comenzaba a sentir lastima por él. ¿Quién podría vivir con semejante historia y salir ileso y no caer en la demencia?, su refugio había sido en el juego, las mujeres y la bebida, ahora lo entendía, entendía también porque él decidió marcharse de Escocia tan tempestivamente y no quiso hacerse cargo de la realidad, de su hermana, no supo lidiar con eso. Pensar en que había otra y no podía salvarla, lo minimizó. Todo eso era muy enfermizo.

— Ahora nada encaja Nick — continuó con la mirada en el suelo — no fueron gemelas, fueron trillizas, ¿no te das cuenta?

Niccolai por un momento se detuvo, reaccionó y le miró.

— ¿Pero ella lo sabía?, ¿alguna vez te lo dijo?

— No, no. Ella no lo sabía, creo... No... no sé qué pensar.

— Amigo, creo que a tu madre también la engañaron. Si... desde luego... — Nick caminaba de aquí para allá, el cerebro no dejaba de trabajarle en las posibles razones.

—... ¡Le dijeron que había nacido muerta!, eso tuvo que ser.

— No Niccolai— respondió con mucha sinceridad — ella en algún momento lo hubiera mencionado, que eran tres. Sería lo justo, y que una habría fallecido. Creo que ese hombre no dejó que la comadrona lo dijera, se llevaron a la criatura a algún otro lado y allí lo vimos, ¡justo en frente de nuestros propios malditos ojos!, una perfecta inglesa. Fina, bailarina, culta y muy muy feliz también. He meditado sobre eso. Creo que por ello decidí que sería mejor no decirle nunca nada, y los arrastré prácticamente de allí esa noche, necesitaba pensar, analizar, escoger que hacer con toda esta inútil información y por eso no quería verlos, sabía que todo reventaría en el arrecife de un mar de preguntas. Dejarle su vida intacta, eso es lo que he decidido. Es lo que me pareció mejor para ella, creo que en el fondo todos nosotros se lo debemos.

Niccolai entonces se sentó a su lado. Necesitaba procesar toda esa nueva información. La noche estaba despejada, las estrellas brillaban con una gran expresión veraniega que incluso aturdiría. Se podían dibujar en ellas las constelaciones, estaba tan claro y bonito que deseó poderlo compartir ese momento con ella... pero las cosas eran de otra manera, sentía el peligro de cerca, rondaba y a él... sobre todo él. El peligro que sentía no era más que el miedo a perderla, de una u otra manera. Había planificado para ellos esa noche, un encuentro mágico, tierno y muy romántico, se había prometido a declararles sus sentimientos, pero luego de todo eso dudaba.

Tenía un grave problema entre manos, se sentía incapaz de estar con ella y no contarle toda la verdad, la verdad de su vida. ¿Cómo aspirar que ella lo aceptara cuando le ocultaba algo tan importante de su propia familia, de su propio nacimiento? Estaba claro que debía de serle leal desde un principio, esa era la base sólida en una relación, ella no le perdonaría el engaño. Nick miró al fresco y nocturno horizonte sintiéndose entonces muy sepultado. Y entonces, la pregunta salió de sus labios de manera casi irracional.

— ¿Por qué tu padre mató a tu madre y luego se quitó la vida, si ellos se amaban de esa manera tan fuerte y leal? El amor que él le profesó a tu madre no parece endeble por lo que pude apreciar.

— No lo sé Nick, no lo sé. ¡Y ya no quiero hablar más del tema!, ¿crees que puedas ya dejarme de torturarme con esto?, ya sabes la verdad, no sé más nada, no sé

porque la mató y evidentemente ellos ya no están aquí para contármelo. Willa no debe saber por ahora lo de sus hermanas. Solo quisiera... comenzar de nuevo. Tener una vida mejor, eso es lo que quiero. ¡Pero la realidad es peor, maldita sea! Y hazte un favor que no lo lamentarás nunca, sácatela, olvídala, para que no sufras tú también, estar con los Kinnaird no es nada fácil, siempre logramos lastimar a las personas que perseguimos y amamos, mírame a mí, también sabes lo que ocurrió con aquella muchacha de la cual me enamoré, es todo, olvídala. Willa jamás va a perdonarme...

Ian se alejó y entró a la casa con paso rápido, y dejó en medio de una oleada de confusión a su amigo, que en ese momento meditaba y percibía que lo peor no había salido a la luz en realidad. No sabía con certeza porque lo sentía, pero era una sensación real, plena, intensa e inquietante de cualquier modo, que llegó a recorrerle la nuca y toda su espina dorsal en cuestión de segundos.

Pero Niccolai sabía de buena tinta, que a esa historia le faltaba algo más para contar. Ian tenía lo que él necesitaba saber, pero no lo soltaba, estaba seguro de eso y debía trabajar más para descubrir que era lo que escondía con tanto celo.

Brodick se encontraba en lo alto del techo de la bonita y acogedora casa tipo cabaña.

Le había costado poder terminar parte del trabajo esa mañana, el cercado estaba roto, tuvo primero que inspeccionar unos tres kilómetros para verificar si allí estaba la mano del hombre o no, le faltaron personas por lo que se le complicó para hacerlo todo y con rapidez. Tampoco contaba con la ayuda de Douglas porque por los momentos, estaba realizando una tarea importante, según Bruce, desde luego, en ese momento se dio cuenta de lo que pasaba por la cabeza del padre.

Pronosticaba más problemas.

Y con su mala suerte tendría bien o que intervenir o arreglar las cosas por Bruce. El suspiró viviblemente agotado. No había pasado bien la noche y la mañana se emparejó para Brodick. La espalda y los hombros los sentía pesados, ese día tenía la

responsabilidad de bajar a los animales de las montañas también, que permanecían pastando tranquilamente, y todo eso sin ninguna ayuda extra. Recapacitó entonces en la posibilidad de decir a Alec, tal vez se animara a echarle una mano, se lo debía, pero primero quería terminar su labor, se había comprometido.

Alrededor de la casita, había colocado una valla a media altura que le serviría a Nina para mantener a alguno que otro animal bajo supervisión y sin riesgo. Eso había pensado algunos días antes. Tal vez la idea no fuera ese día la mejor. El sol brillaba abrasador extendiéndose alrededor de los prados, hasta la brisa que mecía apaciblemente los brazos de los árboles, era demasiado cálida para él. Un movimiento entre los arbustos lo alertó. Brodick como primer instinto analizó la altura de los arbustos, podría ser un zorro o algún animal, pero también lo hubiera repetido, o a sus efectos algún sonido. Lo que estaba allí se quedó muy quieto. En silencio se bajó del techo y se encaminó en su dirección.

— No me gustaría atravesarte con una bala, y estoy seguro de que lo lamentarías y no vivirías para llegar al pueblo — dijo apuntando con mano firme el lugar. — por lo que te aconsejo, que salgas con las manos arriba, despacio, ya sé que estas allí, así que ni siquiera pienses hacer ningún otro estúpido movimiento.

Luego de unos segundos, unas manos se alzaron, no eran las de un hombre, era un chico, uno conocido.

— Lo siento Brodick. — Dijo con una expresión de culpabilidad — no quería asustarte en verdad. Solo pasaba por aquí, ya sabes... no tengo mucho que hacer por estos días.

Brodick exhaló el aire contenido y arqueó cansino una ceja castaña.

— Hank. — meneó la cabeza y se enfundó el arma. — podría haberte matado, ¿lo sabes?

El chico extremadamente delgado y de unos trece años asintió con velocidad. Tenía los ojos de un azul muy bonito en su cara que parecía un óvalo, y le hacía falta con mucha urgencia, un corte de pelo. Las puntas le tocaban más debajo de los hombros y el hombre frunció el ceño en desaprobación.

— Tu madre por lo que veo quiere tener una niña en casa a como dé lugar y no la culpo, con puros hijos varones de seguro necesita una mano, chico, pero tú en cambio, necesitas saber que los hombres estamos mejor sin tanto cabello. Pareces una chica.

Hanks bajo la mirada al suelo avergonzado. Su mamá no tenía tiempo muchas veces para todo y para todos. En total eran nueve hijos y su padre trabajaba en el pueblo hasta muy tarde en la noche, Hank era el menor. Brodick que sabía la situación le sonrió.

— Escucha, si me hechas una mano te ayudaré a cambio con tu corte de pelo, al terminar te llevaré a casa y te prometo que cuando termine contigo, tu madre no te reconocerá, ¿qué te parece la idea?

El muchacho se emocionó y asintió.

— ¡Es un trato, Brodick!, ¿en qué quieres que te ayude?

— Bueno... estaba reparando el techo de esta cabaña, pero me falta un par de manos para hacerlo rápido, tengo mucho trabajo el día de hoy y estoy atrasado de verás — dijo mientras se encaminaban y lo ayudaba a subir junto con él, a lo más alto. — todo el techo se ha podrido, replacé bien todo el lado de allá, ¿lo ves? — Hanks lo observó con atención, de hecho, la madera estaba como nueva, a vista de pájaro se notaba que había hecho un excelente trabajo.

— ¿Vas a mudarte para acá, Brodick?

— ¡Desde luego que no, Hank! — Dijo en tono amistoso — ¿de dónde sacas esas ideas, chico? Tengo casa ¿sabes?, vivo como mejor me apetece, estoy cómodo por ahora, hasta que tenga entre manos una chica... — sonrió— Sólo... esto, es para una buena amiga. Pero — le miró serio y le señaló con el dedo — debe ser un secreto, uno entre los dos. Nadie debe saber que aquí se encuentra alguna persona viviendo, ¿quedó claro?

Hanks levantó la mano derecha con solemnidad.

— Muy claro, Brodick.

Él asintió.

— Toma— le pasó alguna madera a las manos y las herramientas y le señaló uno de los extremos — comenzaremos desde aquí. La que empieces quitando simplemente las tiras afuera, es fácil. Y dime Hank, ¿Qué hacías tú sólo por estos lados, si se puede saber?

— A veces me la paso solo por aquí, ya sabes, estos días no he tenido tanto por hacer, como cuando estoy en casa de ustedes... además, aquí cerca, los manzanos están cargados y nadie los recoge, yo paso y me los llevo a casa. También recojo una que otra cosa que encuentre por el camino, y le sirva a mamá para hacernos sopa, me gusta mucho la sopa, cuando tengo suerte, cazó algún conejo yo sólo.

— Cierto, es bueno que le eches una mano a tu madre. — dijo mientras clavaba con precisión una tabla y se aseguraba de que quedara ceñida a la otra. — no todas las madres son realmente malas, ¿o sí?, no como la mía tal vez... y dime, ¿Por qué no te he visto estos días por casa?, ¿padre te ha tratado mal?

— No, no es eso, es que... me equivoqué de verás y la embarré hasta el cuello, ¿sabes?, me siento avergonzado con tu hermana. — le miró con tristeza y de nuevo se fijó bien en lo que estaba haciendo. — me pidió que alimentara a relámpago y le he dado frijoles y otras cosas. La yegua se enfermó bastante, cuando me vio luego, me di cuenta de que estaba cabreada y me lo hizo saber, así que... estoy realmente apenado. Creo que no me había sentido tan enfermo nunca como ese día. — Hizo una pausa— ... Pero te juro que yo no lo hice a propósito.

— ¿Y se lo dijiste a ella? — el chico asintió.

— Pero ella me dio la espalda. Relámpago la verdad se puso muy mala y yo creí que se moría de verás y por mi culpa. Fui un tonto. Si no hubiese tenido flojera de ir a la parte de arriba por su alimento, eso no hubiese pasado, pero luego lo comprendí y ya era muy tarde para enmendarme. Sé que ella no me quiere cerca de su yegua. Es una lástima, me gustaba relámpago. Menos mal que McKinnon estaba y es un gran médico de los animales, de seguro si no hubiera sido por él, la yegua estaría muerta. Todo ha sido mi culpa.

— Tu no lo sabías Hank, ¿o sí?, no te culpes, — le clavó la mirada con seriedad. Le había escuchado con suma atención y le comprendía. — te prometo que hablaré hoy con ella, lo anotaré mentalmente en mis muchas e interminables cosas que hoy tengo que hacer... valla. — lanzó un sonoro suspiro y le sonrió con mucha frescura. Le agradaba el chico. Le recordaba el mismo cuando pequeño.

—... Nina sólo estaba sufriendo Hanks, ella quiere mucho a esa bendita yegua, ¿sabes quién se la regaló? — El chico negó y Brodick continuó con orgullo— yo se la regalé, y cuando eso pasó me gané un regaño de mi padre, pero no me importó realmente, me bastó verla feliz y sana. Es todo cuanto tiene, de hecho, lo único que le queda, y para ser francos, no me arrepiento, pero esa yegua es todo para ella. Yo hablaré con ella, le explicaré que tú no sabías y que fue solo un accidente, lo prometo, pero no te sientas así, estoy seguro de que ella en realidad ya se le ha pasado el enfado. Solo estaba preocupada, ella tiene buenos sentimientos, no es mala si te pones a ver, sólo a veces bota por la borda ese mal carácter del demonio. Todo en la vida tiene solución, ya verás, ya te he ofrecido mi ayuda y la cumpliré.

Hank sonrió ahora más animado y olvidaron el tema. Brodick con la ayuda de Hank calculó que, en un par de horas, habrían terminado. No deseaba esperar para darle la sorpresa a Nina.

El sonido seco del disparo retumbó en la mansión despertando a Nick. Abrió unos ojos llenos de confusión, su mente hurgaba en algún rincón tratando de identificar qué era lo que le había despertado, pero en realidad no requirió de mucho esfuerzo cuando de nuevo se repitió, y él salió entonces de un solo salto de la tranquilidad que le proporcionaba su cama, cogió una franela blanca y luchaba por ponérsela cuando la puerta de la habitación se abrió.

Ian tenía el rostro pálido.

— ¡Alguien ha disparado!, escuché ladridos y gritos mientras salía de la ducha.

Willa corría en ese momento en su dirección por el pasillo, alarmada.

— ¿Qué ocurre, Nick?

— No lo sé, pero voy a averiguarlo en este momento. Quédate aquí Caroline, no bajas, ve al cuarto de Joseph y mantenle a salvo. — Le dijo con seriedad cuando ella abrió la boca para protestar— Es una orden, no sabemos qué ha pasado ni quien es el intruso, estamos en riesgo, enciértrate en su habitación hasta que yo vaya a por ti. —

ella asintió y él Miró al amigo — Andando, te daré un arma.

Ambos hombres corrieron escaleras abajo en dirección a la pequeña oficina. Nick sacó dos armas calibre 38 de su escritorio y verificó que estuvieran cargadas.

— ¿Sabes usar una?

— No — respondió sin titubear. Nick puso los ojos en blanco.

— Bueno no importa, que la mano no te tiemble mientras le apuntas al pecho o a la cabeza, es todo. Vamos...

Saliendo de allí. Samantha se tropezó con ellos, estaba histérica y lloraba.

— ¡Oh señor Nick!, Tom está herido, le han disparado. Pero los Rottweilers que aún no se habían guardado, atacaron al intruso, Derek lo tiene en la casilla de vigilancia.

— ¿Está muy mal Tom? — le exigió saber Nick con la preocupación aplastándole el pecho de pronto. Ian, ya salía por las puertas hacia el jardín.

— No mi señor Nick, gracias al cielo sólo le ha dado en el hombro.

El asintió y mientras corría a las afueras le ordenó que no se moviera de allí.

Cuando llegaron a la casilla de vigilancia, Tom le apuntaba al intruso con un arma calibre 45, el mismo yacía boca abajo en el suelo adoquinado, el viejo amigo sangraba por un lado y por el otro, mantenía una expresión en el rostro producto de la puntada de dolor. Derek segundos antes le había amarrado los tobillos y las manos a la espalda, y salía en busca del auto sin perder más tiempo.

Los perros levantaron la cabeza al ver llegar al amo, pero no se movieron de al lado del figón. La hembra le ladraba llena de furia sobre su cabeza mientras el macho saltaba de un lado al otro a sus pies. El cuello le sangraba y Nick sonrió.

— Son buenos estos animales realmente, creo que me acostumbraré a tenerlos dando vueltas por allí durante el día también. — miró a Tom con preocupación, pero instintivamente el viejo que ya conocía al joven negó con la cabeza.

— Estoy bien, no te preocupes. Debemos llevarle a la policía, gracias a Dios estaba preparando el auto y aun no metía a los perros. El tipo saltó el muro norte, a unos cien metros de aquí y pensó que nadie le vería. Rachel le sorprendió y le saltó por detrás, buena chica. — dijo palmeándole el lomo a lo que ella giró la cabeza y pareció sonreírle en respuesta, y con un movimiento casi imperceptible, movió su pequeño rabo negro un par de segundos.

— No es un asaltante, Nick. — confirmó Ian mientras se agachaba y le daba la vuelta al robusto cuerpo. El hombre rubio sonrió y los ojos azules centellaron con rabia.

— ¿Cómo lo sabes? ¿Le conoces?

— Si, le conozco y también te confieso, que él está aquí debido a mí.

Nick le miró sorprendido. Derek en ese instante bajaba por el camino zigzagueante con el vehículo. Tom no podía manejar, debía de ser llevado al hospital de inmediato, pero la reveladora noticia hizo que ambos hombres giraran sus cabezas en su dirección.

— Es Douglas Buchanan y ha venido por Willa, pero créeme — dijo dirigiéndose a Douglas ahora con rabia — Ya no te la podrás llevar te lo aseguro, lo he pensado mejor y no la traicionaré, menos ahora que conozco un poco más la verdad, y sus intenciones al parecer nunca fueron claras, todo lo que me habían dicho es una vil mentira.

— Hicimos un maldito trato Kinnaird, he traído el dinero que me pediste, traidor...

— Ya no me importa el cochino dinero, pero pensándolo bien y si ella lo acepta, creo que le serviría a mi hermana como compensación por los malos ratos y el susto. Te has ganado una estadía gratis tras las rejas. Invasión a la propiedad privada, intento de homicidio e intento de secuestro.

— ¡Maldito! ¡Maldito traidor Kinnaird!, ¡me las pagarás, lo juro! Mi padre me sacará, tiene mucho dinero, y cuando salga...

Derek se apeó del auto y lo levantó como si el robusto hombre no pesara nada, mientras éste se debatía y gritaba con peligrosa rabia, Derek lo metió en el asiento de atrás.

— Yo lo llevaré, Nick — le dijo Ian — Luego conversaremos... quédate con Willa. Creo que ha llegado el momento de sentarme y hablar con ella con sinceridad y de una vez por todas.

Nick, deseó en ese momento partirle la cara a su amigo, pero se contuvo. No entendía como había sido capaz de avisarles que su propia hermana estaba en la mansión. La había vendido en pocas palabras. Pero reflexionó muy a tiempo, y meditó que indudablemente había ganado su oportunidad.

— Ni pienses que no hablaremos a tu regreso, pero por ahora encárgate de llevarle a la comisaría y de que Tom sea atendido en el hospital por un buen médico, creo que ha perdido mucha sangre, la bala casi le ha rozado el pecho. Derek, debes atestiguar, así que maneja Tú, Ian que valla atrás con él. Tom...

— Ya sé Niccolai, estoy bien. — protestó Tom haciendo una mueca. Le dolía el brazo era cierto, pero no estaba muerto y que le compadecieran le sacaba de sus casillas— He vivido muchas cosas como para que una simple bala acabe con mi vida, no te preocupes, se necesita más que eso para sacarme del juego.

Ambos hombres asintieron. Nick les dio la orden a los perros de que se apartaran dándoles paso al exterior y viendo alejarse el vehículo con rapidez.

Capítulo 7

Sonreía feliz.

Parecía una tonta de hecho, perpetuando los últimos minutos esa mañana temprana con Alec. El escalofrió recorrió toda su espalda al revivir las fuertes manos de él en su cuerpo, el beso de despedida que fue tan tierno como violento, la dejó sin habla de nuevo y deseaba desesperadamente que el sol se ocultara aquella noche para encontrarse con él. Habían encontrado el refugio del lago por los momentos seguro, no tenían otro lugar. Dentro de casa se suponía un riesgo descabellado, y durante el día prometieron no mirarse a los ojos si se topaban. Como fuera, Alec luego del desayuno que ella preparara, se decidió a salir para el pueblo en busca de vivieres en el auto familiar, el viejo Bruce entonces había quedado sólo y ella luego de darle su paseo matutino se encontró libre para hacer los demás quehaceres.

Era un poco más de medio día, ya había servido también el almuerzo y comenzaba tarde en los establos. Mientras limpiaba todo el excremento y los sacaba. Nina se había puesto unos pantalones cortos de mezclilla y una franelilla blanca para realizar la labor, el día se presentó muy caluroso, el sudor rodó inclemente por su frente, la nariz y su cuello, la humedad se colocó en el medio de sus senos libres, y al bajar la mirada eso también la llenó de excitación, se humedeció los labios. Solo pensaba en él... Se recogió en una cola el cabello, pero le resultaba difícil mantener lejos aquella sonrisa estúpida de ella. Los ojos le brillaban, la felicidad extrema que había necesitado toda su vida se encontraba allí justo dentro de esa familia, y la llenaba por completo. El dolor en algunos lugares de su anatomía solo lo compensaba su felicidad, el amor se magnificaba dentro de ella a cada minuto y se sentía terriblemente tonta.

De vez en cuando hacia planes, los pensamientos giraban en torno a su nueva experiencia y a sus emociones que se expandían dentro de ella haciéndola sentir más viva, y creyó que ocupando su tiempo en las tareas cotidianas podría liberarse un poco, pero para su decepción, el tiempo a solas solo intensificó su necesidad. Los locos pensamientos llegaban a ella con más fuerza, y Nina suspiró casi vencida, intentaba empujar aquello al exterior. Pensó en donde vivirían, en sus hijos, en todas las noches atrapada entre sus brazos, si eso era un sueño no quería despertar jamás se dijo.

Cuando las manos la atraparon por detrás, él la besó en su cuello y ella sonrió. Su corazón comenzó a latir entonces de una manera cruel, parecía al fin que se le iba a

salir de su pecho. Soltó el rastrillo hacia un lado cayendo sobre el heno. La mano de él se deslizó por su vientre y a través del short, le acarició su sexo con suavidad, mientras ella gemía y cerraba los ojos. El cuerpo se relajaba y se apoyó a él sintiéndose tonta y abandonada al tacto masculino, estaba tan excitada... la otra mano de manera exigente se deslizó por debajo de su franela y acarició y se apoderó de sus senos con una cualidad intensa, solo concebía proferirle en ese instante, alguna suplica para que de nuevo la hiciera suya. Pero no podían permitirse un error, no estaban en el lugar adecuado, pero sus dedos eran mágicos, sus movimientos eran diferentes ahora mientras encontraron su centro y los introducía. Ella gimió y se arqueó de manera más exigente y concedida.

— Por favor... no debemos hacer esto, no aquí...

Subió entonces su franela sobre ambos senos y los atrapó con sus manos. La seducía y los frotaba con una soltura casi insoportable. Nina mantenía su rostro feliz, visiblemente excitada y con la mirada embriagada. De nuevo la mano ganó en el interior de su short y aquello casi le volvió loca. A sus espaldas el aire soplaba la brisa cálida y percibió la fragancia nueva de él, y abrió los ojos de golpe. Casi de inmediato, bajó la mirada a su brazo.

McKinnon.

No lo podía creer. ¿Cómo se había dejado llevar por su deseo y pensamientos estúpidos y no ser capaz de darse cuenta de quién era en realidad? Sacó su mano de su vientre. Él jugaba con uno de sus senos y ella intentó bajarse la franela.

— ¡Suéltame McKinnon!, ¿Qué demonios es lo que haces?, suéltame te he dicho.

El la soltó de mala gana. El rostro de Nina estaba encendido por la ira y en sus ojos había además de molestia mucha confusión, y él tenía aquella expresión de ganador en sus ojos que tanto la sacaba a ella de sus casillas.

— Te gustó, no te puedes negar a mí ahora otra vez Nina, me tienes muy excitado. — ella negó y se alejó confundida hasta el otro extremo del establo.

Tenía que poner en orden todos sus pensamientos. Si Alec hubiese llegado en verdad en ese momento ninguno de los dos lo estaría contando. Se sintió entonces como una cualquiera, le había permitido que la tocara y que se introdujera dentro de ella, por lo menos sus dedos, y nadie creería que ella de alguna manera era inocente. ¡Era una estúpida!, y peor se sentía recordando como él la había manoseado por todo el cuerpo y lo excitada y feliz que se sentía.

Comenzó a apilar en una esquina el heno que habían entrado en la mañana, intentando calmarse y sofocar toda su rabia y la vergüenza, también el sumo grado de culpabilidad, y solo se giró cuando la oscuridad se esparció por todo establo. McKinnon había cerrado la puerta un poco, dejando que sólo un rayo de luz se filtrara dibujando una larga franja en el piso... Y venía hacia ella con determinación. Nina intentó interpretar aquella mirada azul, pero estaba ávida de deseo, deseo en su mejor presentación y del puro. Ladeo su cabeza.

— Mejor que no te acerques más a mí, Lyon. Lo que sea que quieras no te lo voy a dar. — le advirtió sin poder impedir que el miedo que la invadía se reflejara en su voz.

— ¿O Que?, — preguntó ya a pocos pasos, luego la sujetó por su cintura ciñéndola a él. — ¿Vas a gritar?, — le dirigió una sonrisa sarcástica haciendo una mueca. — desde aquí estoy seguro de que nadie más te escucharía Nina. Te he ofrecido todo, una vida junto a mí, un matrimonio seguro, y siempre juegas conmigo.

— No, lo lamento, pero yo fui la última vez lo suficientemente sincera contigo.

— ¿Sí?, si mas no recuerdo me besabas apasionadamente, dejaste que te desnudara y temblabas en mis brazos, casi te entregaste a mi aquí mismo, ¿Cuál es tu juego?, te he dejado lanzar a ti primero, pero estas haciendo trampa. Andas por allí todos los días exhibiéndote sin prendas íntimas, tus pechos siempre al aire, provocándome a mí y a todos los otros, ¿cómo entonces debería tomar eso?, ¿juegas con todos igual que lo haces conmigo?

— No, yo... yo no tengo, — bajo la mirada por la vergüenza que sintió ante su acusación — nunca me han dejado ni siquiera ir al pueblo y comprar, lo sabes, soy como una salvaje, aunque me dé pena admitirlo, además no tengo dinero, tampoco puedo trabajarle a nadie más que a ellos. Lo sabes Lyon, demonios, soy como una esclava, y sabes por el infierno que he pasado. — Él hizo una mueca.

— Por eso mismo Nina, te quiero para mí, quiero que seas mi mujer, mi esposa, sabes que me enamoré de ti hace mucho tiempo ya. Prometo cambiar tu vida, dártelo todo. No mereces más esto, te mimaré, te compraré todo cuanto tú necesites — dijo tomándole uno de sus pechos subiendo así la franela, ella se resistió de nuevo, pero no lo soltó, más aún con un rápido movimiento se lo llevó a la boca y lo chupó con fuerza.

— Suéltame Lyon, no debemos hacer esto más, no es apropiado. Quiero que te olvides de mí de una vez por todas, te lo he dicho antes. — Su voz comenzó sin querer a quebrarse— Yo... yo lo siento... de verás.

Mientras le hablaba, él le acariciaba y estrujaba y a ella le gustaba. Nina en ese momento, aunque estaba molesta, en su mundo interior no podía negar que seguía sintiendo aquella atracción fuerte, esa excitación, el gusto ante su masculino tacto. ¿Eso la convertía entonces en una mala mujer?, ¿le quería?, se preguntaba mientras las piernas se le convertían en gelatina. Estaba claro que lo deseaba, aunque se escuchara mal, ¿acaso amaba a dos hombres?, ¿sería eso posible?

— Atrévete a negármelo a la cara, y dímelo mirándome a los ojos, que no sientes ni quieres nada conmigo y me iré para siempre. — ella negó con la cabeza. Su boca se apoderó de nuevo de ellos y la deleitaba llenándola de placer.

Lyon era su secreto más íntimo y profundo, ¿podría hacer ella algo al respecto?, su mente se despejaba y reconoció que él era suficiente rival para Alec, mientras él la besaba, ¿pero hasta dónde?, tenía que descubrirlo antes de que fuera demasiado tarde. Las caricias de él no la dejaban pensar con claridad, estaba de nuevo excitada, casi a

su merced, intentando encontrar la manera de zafarse de ese enredo sin lastimar a nadie y de la manera más correcta. Lo que ocurrió con Alec, fue algo tempestivo, de improviso y que acabó empezando demasiado rápido, todo lo contrario, a Lyon.

— No puedo, yo te quiero... — reconoció a duras penas, su voz le fallaba, aunque la culpabilidad le consumiera en sus adentros, debía reconocerlo.

Ella lo conoció desde siempre, y algo entre ellos se cocinó muy temprano, ambos tenían una historia juntos, momentos agradables y algunas veces resultaron ser la vía de escape ante tanta injusticia. Si, ella a su forma le amaba también, él era sin dudarlo siquiera un buen hombre que la había protegido del peligro en incontables oportunidades siempre, lo que le había convertido en su protector en silencio, eso hacía que por una parte Nina se sintiera agradecida y por otra, le amara. Y a su manera le necesitaba cerca de ella y lo sabía. Le gustaba el placer que era capaz de darle y aquella manera tan incondicional de Lyon de amarla y adorarla en silencio, de esperar por ella, aunque eso equivaliera a hacerla egoísta... pero no lo amaba como a Alec y no quería fallarle. No quería jugar con fuego. Se sintió entonces muy mal por el hombre que exigía su amor, y que no sabía que ya su corazón no le pertenecería jamás de la misma manera y con la misma intensidad. Apretó los ojos, e intentó entonces apartarlo de ella al igual, que los deseos prohibidos que sentía por Lyon, y que sólo él era capaz de proporcionarle. Amar a dos hombres no traería sino fatales consecuencias a sus vidas. Tomó la decisión esperanzada.

— Lo sé Nina, yo también te amo, entonces ¿Por qué me pateas? ¿Crees que puedes seguir jugando conmigo sólo cuando tienes ánimos?, soy de carne y hueso, me has deseado por meses y créeme, en este maldito momento tengo unas necesidades de hombre que me las vas a calmar. Maldita sea, estoy harto de que cuando quieras me aceptas o me rechazas, cuando quieras dejas que te toque, me excitas y luego me das un puntapié. Pero eso no será hoy, cariño, lo prometo.

— ¡No Lyon!, no te...

La empujó contra el montículo de pienso, pero no la lastimó, y se abrió con rapidez el pantalón sin quitarle los ojos de encima. Lyon estaba ciego del deseo ahora. Ella había querido, era cierto, pero no pensaba en Lyon en aquel momento en que él había llegado al establo, se sentía tan confundida. Su reacción fue debida a la certeza de que era Alec, ante su toque, ante el deseo que la arrastraba a su hombre, pero fue una equivocación, pero no podía decírselo, ¿verdad?, tal vez la golpearía, o algo peor, pero aunque se decidiera estar en sus brazos, Lyon no le perdonaría haberse entregado a otro hombre ¿de que serviría la entrega entonces?, y en ese momento él quería forzarla, lo que hizo que de la excitación pasara a un miedo tempestivo, tampoco ese acto violento y loco no se lo esperaba de él.

Segundos antes ella estaba disfrutando de sus manos, cuando él le tocaba y le introducía sus dedos preparándola para la invasión. En ese momento el reventaba de excitación por ella. Gimió, casi gritó con él, ¿y ahora quería dejarle así, de nuevo? No volvería a jugar. La sometería y luego sería suya para el resto de su maldita vida.

La virilidad saltó de él mostrándose en todo su esplendor, ella agrandó mucho los

ojos cuando supo que estaba literalmente acorralada. La mirada de él era precisa, definitiva y concluyente, y la iba a hacer suya sin lugar a dudas, quisiera Nina o no.

Nina miró a su alrededor, estaba segura de que necesitaba llegar a la puerta y salir, correr de allí, pero Lyon adivinó sus pensamientos y cuando ella se levantó él la empujó por el pecho hacia atrás y se le fue encima.

Nina gritaba, él le subió la franela y luchaba con abrirle su pequeño pantalón con la otra mano. Estrujó con fuerza su pecho hasta retorcérselo produciéndole dolor.

— ¡Lyon! ¡No quiero!, no quiero esto contigo así, no me obligues a hacerlo por favor...

— No volverás a jugar Nina, te lo juro...

Ella le arañó en la cara y lo golpeó, aunque no quería lastimarlo en realidad, no quería aceptar una unión con él en contra de su voluntad e intentó apuntar en la entrepierna de él con su rodilla, pero el hombre la esquivó. Su pantaloncillo se abrió y con una mano comenzó a bajárselo. Cuando más ella lo golpeaba, más Lyon se enfurecía, deseaba estar dentro de ella, con un deseo fiero casi enfermizo y en ese momento la chica se la estaba poniendo verdaderamente difícil. En el forcejeo ellos rodaron y cayeron al suelo, pero de inmediato él se posesionaba de la situación. Nina soltó el último chillido suplicándole y otro pidiendo ayuda y la mano de Lyon volaba hacia la boca de ella para sellársela.

— Ya cállate Nina, lo vas a disfrutar...

Abrió sus muslos con la fuerza varonil, e intentaba en ese momento de introducir en ella su voluminoso miembro. Hasta que unas manos se posesionaron de él y lo apartaron con violencia.

Ella con rapidez se subió su short llena de miedo y vergüenza, mientras los dos hombres se gritaban y se golpeaban con brutalidad.

— Esto es culpa de ella, ¿estas ciego que no te has dado cuenta?, ella me quiere al igual que yo — Le gritó a Brodick— siempre se ha dejado manosear por mí y cuando me tiene donde quiere, simplemente me pateo. ¡Ya estoy harto de esta maldita situación!, de su humillación constante. La quiero para mí, le ofrezco una vida, un hogar como Dios manda. Soy un hombre que siente, entiéndelo.

— ¡Fuera de aquí, McKinnon!, ¡esta no es la manera de ganarte a ninguna mujer!, la estabas forzando y por lo que pude entender, ella no lo quería. Vete, y asume el rol que aquí te corresponde sin volver a mirarla siquiera, o hablaré con mi padre y ya no te permitirá más la entrada.

Lyon resopló y se volvió a verla a ella. Su cara resplandecía en rabia.

— Tú lo dijiste y lo aceptaste ante mí, me amas y mira ahora lo que haces.

Nina se tapó el rostro cuando divisó más atrás al jovencito de Hank, y comenzó a llorar.

Brodick, luego de unos segundos se le acercó y la abrazó. Ya el joven médico se

había marchado como alma que llevará el diablo.

— Lo siento Nina, pero creo que llegué a tiempo, ¿verdad? — le dijo con una voz más suave, la chica asintió dando apertura a sus compuertas emocionales, se abrieron por completo en el pecho de su hermano, de par a par. — Ya... todo pasó, estarás bien cielo, lo prometo.

— Gracias Brodick, si no hubieses llegado a tiempo... yo— balbuceó. —...Yo no quería... fue una confusión, lo juro... No le digas a nadie, no les digas a tus hermanos lo que ha ocurrido por favor.

— Shh, ya... cálmate, sabré guardar tú secreto. — Le palmeó la espalda para darle valor y consuelo, pensó en la escena tan violenta y sintió entonces de nuevo brotar aquella inmensa oleada de rabia, que muchas veces no lograba controlar, ni le permitía actuar de la manera más correcta.

Respiró para recuperar todo su autocontrol y la situación.

—... el muy canalla... — Ya se las pagaría pensó lacónico — pero estarás bien lo prometo, estarás bien conmigo...

Las largas horas al sol, hicieron que su cabello consiguiera un tono de un rojo reluciente. Esa mañana no lo había recogido, lucía unas hebras brillantes que caían delicadamente en su cintura, dándole una apariencia casi inmortal, la piel se le había bronceado bastante también y eso era sin duda, un efecto secundario e inevitable de vivir en ese vasto lugar. Detalló uno de los apretones de Lyon del día anterior con disgusto en su brazo, el recuerdo desagradable no aplacó los nervios que ella sentía, aquella mañana. Le echó la culpa al hecho de no presentarse la noche anterior, a su encuentro ilícito con Alec, pero justo ayer ¿cómo ella sería capaz de verle a la cara?, sino hubiese sido porque Brodick llegó en el momento oportuno, su vida entonces estaría hoy hecha pedazos, recogiénola con lentitud del mismo suelo de su infierno personal. Tenía que retribuírselo de alguna manera. Por lo pronto, agradeció no tener que sentarse a comer con ellos nunca, siempre comía sola en la cocina, Bruce nunca le permitió ni la obligó a acompañarlos. Bien por ella, Nina levantó los hombros con la mirada reflexiva, eso había evitado que ellos descubrieran lo que había pasado la noche anterior y le había brindado en muchas oportunidades una sensación de tranquilidad momentánea, así que no había mal que por bien no llegara, así decía el refrán ¿o no? Tampoco era que ella deseara ser parte de esa maniática familia, ni parecido... de ninguna manera. Esa mañana evitó a como dé lugar levantar la vista hacia Alec, pero sí sintió la mirada de él en varias oportunidades y casi derrama el café al servirselo al viejo Bruce. En el momento respiró y tuvo que serenarse para no cometer otro fatídico error, hasta que por fin había logrado escapar hasta la cocina.

No había tenido tiempo aun para arreglarse y desde luego, ya no lo haría. En un abrir y cerrar de ojos, los quehaceres se apilaban uno tras otro. Ya había servido el desayuno y lavado los trastes, también había lavado, cortado y pelado toda la verdura que usaría en unas horas para el almuerzo. Se secó las manos y lanzó el paño en

dirección a una mesa de roble, ya desgastada. Amaba esas montañas a pesar de todo, reflexionó Nina respirando profundamente el aire de la mañana que se colaba, a través de la ventana de la cocina. Era sin lugar a dudas, un hermoso paraíso de depresiones de valles encastrados entre las montañas, ríos hermosos de aguas cristalinas y hasta el clima le resultaba ser perfecto de alguna manera gloriosa, aunque reconocía que en sus períodos era rudo, pero ella había nacido allí y eso la hacía fuerte a todos aquellos cambios climáticos. Decidió que ya era hora de darle la vuelta a su yegua y darle de comer al resto de los animales, seguramente cuando terminara con el proceso, se habría hecho la hora de montar el almuerzo y los hombres regresarían de bajar al ganado con bastante hambre ese día, la tarde anterior no pudo hacerlo Brodick por el tiempo y porque necesitaría un poco más de ayuda. Ya había hecho el pan de hierbas aromáticas y con el trabajo adelantado allí, podía permitirse un rato para ella.

Cuando llegó al establo preparó el grano y demás alimento, llevaba el cuenco en las manos distraídas, cuando se percató de que su yegua relámpago no se divisaba entre las otras cabezas de caballos. Se acercó y abrió el portón y se detuvo en seco. El cubo se deslizó de sus manos. Relámpago estaba allí, habían hecho una cruel carnicería del animal, sus cuartos traseros y demás extremidades estaban finamente cortados y distribuidos sobre el heno. Nina chilló con fuerza, aunque supo que nadie llegaría a su rescate esta vez, ya que se encontraba sola con el viejo Bruce. Se echó para atrás para no seguir presenciando la muerte cruel, de su amada yegua. Había quedado embarazada y se notaba ya el bulto de su potrillo. Nina sólo pudo pensar entre lágrimas en una persona capaz de hacer ese acto cruel con tanta bajeza y sólo por venganza:

Lyon McKinnon.

Tenía los motivos suficientes, aunque no podría culparle de manera directa sin pruebas.

Flotaba en las tinieblas de la conmoción. Se apartó y se apoyó de una de las tablas y se dobló en dos para vomitar. Cuando por fin las arqueadas la abandonaron, logró salir corriendo de allí, corrió y huyó, hasta internarse en el bosque... necesitaba llorar.

“Ya comenzó mi venganza — se rio mientras sujetaba las riendas del brioso animal— no pensé que tú también me ibas a traicionar, y había que enseñarte la lección. Siempre hay que dar una lección y ahora sé que cambiarás, reflexionarás y dejarás de comportarte de la manera libertina que lo has hecho. ¿Sabes que eres mía? ¿Lo sabes?, lo sabrás pronto. Me meteré en ese hermoso trasero cueste lo que me cueste, así como te entregaste a Alec. Eres una puta desvergonzada. Pero cuando te vi con él, al aire libre y desnuda, comprendí que eso no debía seguir, que todo eso era mío y me pertenecías, ahora debo enseñártelo para que tú también lo comprendas. ¿Crees que con tus lágrimas calmarás mi dolor por tu traición?, bueno, ahora que estarás llorando por tu preciosa yegua, entenderás mi aflicción. Siempre

me obligan a hacerlo, a veces no quiero portarme mal... lo sé, lo sé, ¡lo sé!, ¡ya cállense! No quiero oírte más... ¡esa maldita voz en mi cabeza! No es mi culpa, es de ellos, ellos hacen que yo me comporte así... esta vez no me encerrarán en el sótano. Sí, haré lo que tenga que hacer. Yo les encerré a ellos también, lo confieso, pero fuiste tú quien los mataste, luego querías que yo pensara que había sido yo quien tiró del gatillo, pero se bien lo que hiciste, sí, y ella lo sabrá, yo se lo diré.

...Y el otro... debo de encargarme de él, ya lo verás Nina, eso será lo último que haga por ti, será tu regalo de noche de bodas y así serás capaz de aceptarme... porque tú no sabes cuánto me quieres, estas confundida por el sexo, yo también te lo daré, te daré mucho sexo, de día y de noche sexo, hasta que me supliques que ya no más... ya estoy ansioso. Te dejaré desnuda para que no puedas escapar, botaré tu ropa, luego no habrá nada que se interponga entre los dos, nada...”— lanzó una carcajada estruendosa mientras se frotaba el miembro. La naturaleza lo había favorecido con algo muy enorme de lo cual se sentía bastante orgulloso, sí. Las mujeres sentían miedo cuando lo veían, por lo que muchas veces, tuvo que forzarlas, pero cuando lloraban de dolor, él acababa dentro de ellas con placer.

Niccolai decidió que esperaría a que llegara su amigo y le contara toda la verdad a Caroline de su propia boca, eso sería lo justo para él. En realidad, lo sentía como el hermano que había muerto en aquella guerra, Jack, era el mayor de los dos y murió siendo un héroe en el campo. Nick llevaba su muerte con dolor y con mucho orgullo. Respiró profundamente esta vez, mientras le echaba un último vistazo a la alfombra de hierba verde que se desarrollaba a la perfección y gran belleza frente a él. Cerró las puertas dobles, había dejado a los perros sueltos como medida de precaución, sabía que aún tardarían en regresar algo más de tiempo, del hospital y de la comisaría. Ya los ánimos se habían calmado con la explicación que le diera a ella sobre Douglas, pero omitió que su hermano había llegado con el sujeto a un vergonzoso acuerdo, no quería lastimarla y en todo caso, esa parte le correspondería solamente a Ian. Le daría la oportunidad de reivindicarse hacia ella y hacia él mismo como persona, eso era parte de crecer y madurar, de realizarse como hombre de bien, y estaba seguro de que, aunque se hubiese equivocado tenía todo el derecho a enmendarse, al final del día resultaba que nadie era perfecto.

Era un domingo diferente. La fiesta del día anterior había sido todo un éxito para su hijo, dejó a su paso alegría, entusiasmo y bastantes sobras. Samantha se había marchado hacia cuestión de veinte minutos, el taxi le había recogido y la llevaría hasta el hospital a ver a Tom y a quedarse junto a él por si necesitaba alguna cosa, se lo agradeció, aunque no se lo comentara. Por la noche Nick iría a verle, aquel viejo testarudo y fiel había sido más que un simple empleado, sólo estaba dando tiempo a que le extrajeran la bala y descansara un poco, él sabía cómo era aquel proceso de lento y delicado algunas veces, además necesitaba conocer la apreciación del médico, era importante.

Cuando llegó a la cocina Willa servía el café en dos tazas y del estante sacaba el

azúcar, giró su cabeza y le sonrió.

— Ya Jo comió, también le di otra rebanada de pastel, no sé bien que haré con ese niño Nick, me volverá loca durante todo el día por el tema del pastel, dice que está brutal. ¿De dónde habrá sacado esa expresión me pregunto...? — ella bromeó, perfectamente lo sabía.

Nick se sentó en la banqueta a esperar su café. Comenzaba a relajarse, sobre todo al estar ella allí con él. La sensación de encontrarse casi solos en casa le abrumaba el pensamiento de vez en cuando y después del susto del día de hoy comprendió muchas cosas en general.

— Está muy claro de quien es la culpa de ambos procesos, lo admito, soy culpable de lo último — rio con frescura. Ella les colocó a las dos tazas dos cubos de azúcar y calentaba la crema— pero lo del pastel, eso es sólo obra tuya amor, tienes unas manos maravillosas para la cocina, y él es un buen crítico en eso se me parece, modestia aparte. Sería conveniente darle hoy una tarde divertida, ¿no crees?, más tarde le llevaremos a la piscina y así se distraiga un rato.

— Si sigues halagándome tanto me lo creeré Nick, y te aseguro que no será bueno ver a tu Willa con semejante ego — dijo mientras colocaba la taza frente a él.

Antes de que ella se diera la vuelta para buscar su propia taza, él le agarró su mano con fuerza. Aquel agarre no era nada suave, era fuerte y masculino, movió su mano para que la soltara, pero no lo consiguió, Willa levantó los ojos hacia Nick entonces, el corazón comenzó a latirle incómodo contra las costillas.

— No me importaría mucho tener que lidiar con tu ego Caroline, lo tendrías bien ganado. — él le mantuvo la expresión sincera y risueña. Willa de pronto comprendió que necesitaba aire y más que eso, que su corazón no intentara saltar de pronto hacia un abismo.

Se soltó de él, fue entonces hacia el fregadero olvidándose por completo de su café y comenzó a lavar los platos que el niño hubiera ensuciado antes. Escuchó cuando él se levantaba y caminaba en su dirección. ¿Por qué se sentía de pronto tan cobarde?, ¿Por qué tenía unas terribles ganas de salir corriendo de él?, cerró los ojos, cuando Nick deslizó la mano sobre su espalda hasta la cintura, tuvo que concentrarse para escucharle y entender que era lo que le decía, pero no lo consiguió. Él entonces la giró y sujetó su barbilla para que lo mirara a los ojos.

— ¿...Comprendes?

— Lo siento — negó con la cabeza y las palabras salieron estranguladas— no te he escuchado, ¿qué has dicho Nick?

¡Con un demonio!

— Te decía que hoy comprendí lo muy importante que eres en mi vida. La idea de perderte se me hizo intolerable Caroline, pero creo que no lo entiendes muy bien cielo, ¿no es cierto?

Willa estaba casi idiotizada por aquella cristalina mirada, bajó los ojos hasta su boca, tembló, el piso se movía, pero aquella sensación perturbadora que le quitaba el control sobre sí misma, no le gustaba de ninguna manera. Intentó apartarse. Nick con rapidez le sujetó por la nuca y se apoderó con recia pasión de su boca unos instantes.

Ella se negó y se apartó de él unos cuantos centímetros, le miró con frustración.

— No puedes besarme así, Nick. — él sonreía con mucha naturalidad y dio un paso hacia ella.

— ¿Y entonces cómo? — Willa retrocedió hasta que su espalda consiguió el borde del mueble y se comprendió acorralada. Comenzó a hiperventilar, el movimiento de su pecho en un subir y bajar le dieron la determinación necesaria a él.

— No es... apropiado, no estamos casados y tampoco lo estaremos. En cualquier momento yo podría irme, pagar aquella deuda, aunque no quiera... ese siempre ha sido el propósito de mi nacimiento, y aunque luche por tener mi libertad, jamás será suficiente, lo viste hoy, vinieron por mí y me di cuenta de que no habrá un solo sitio donde yo me encuentre segura, desde el comienzo Ian me lo dijo, y yo no le creí por la sencilla razón de que soy terca. Es bastante claro entonces, que no podría ponerlos a ustedes en peligro ni a ti ni a Joseph, no me lo perdonaría sabiendo que eso sería bajo mi total responsabilidad. Esta tarde he pensado en marcharme, solo estaba esperando el momento apropiado esta noche para decir...

— ¡Y un cuerno Caroline!, — la atajó con un nuevo arrebato. Tenía la expresión de perplejidad que no intentó ni por un minuto disimular y fue cuando ella deseó no haber abierto su boca. Casi le había gritado. — yo te protegeré ante ellos y ante cualquier cosa, porque me siento preparado ahora y no volveré a ver como la venganza, la avaricia de otro o el odio, me arrebaten a un ser que amo. Y yo te amo, al igual que sé que tú lo haces, pero no crees que lo puedas lograr por ti misma, y debes creer que puedes, es ahora no después, ni tampoco debes colgar la toalla porque tus enemigos te acechen, sino yo ya estuviera debajo de mi maldita cama, ¿lo comprendes? No te conozco como una persona perdedora, ni una criatura maleable, otra del montón, he visto que estas hecha y me agradó desde un comienzo, pero te toca a ti dar el paso para que no caigas en lo que ellos quieren, no te hagas eso a ti misma Caroline.

Las palabras habían dado en el blanco, los ojos de ella se humedecieron. Nick tenía razón, pero...

— Además yo nunc... — se mordió la lengua y bajo la mirada a su franela blanca sintiendo su corazón más acelerado. — quiero decir, que no debes besarme de nuevo Niccolai Astor, por favor no quisiera que esto se arruinara, lo que sea que nos está pasando y...

Niccolai la sujetó por la cintura y la estrechó hacia él.

— Te besaré cuando quiera besarte Caroline. — la afirmación la hizo estremecer dentro de su brazo y ella descubrió que él lo sabía y lo que era peor, a él sus reacciones le provocaban más — He esperado bastante porque tú te decidieras y te

he dejado lanzar de primero los dados, pero me toca a mí ahora ...

Se posesionó de su boca contra toda su voluntad, sus labios la arremetieron sin ningún tipo de misericordia y ella se agitó frenética e impulsivamente y le empujaba, pero Nick no le permitió que esta vez arruinara el momento y la vida de ambos por su cobardía, por el miedo a no creer que pudiera alcanzar con él la felicidad. Hacia algunos pocos días que se dio cuenta de sus verdaderos sentimientos hacia él, aunque debía reconocer que le costó un buen esfuerzo de su parte contenerse cada vez que la ponía a prueba.

El cuerpo de Willa se disolvió entre sus brazos. Ella abrió los labios para él y las sensaciones que experimentó ante la invasión de su lengua, fueron total y completamente devastadoras. Nick la era como un semental brioso que la sometía, de nada valía que ella lo negara porque, aunque lo hiciera, sus brazos no le obedecían en ese momento, y en vez de apartarlo subieron y le rodearon el cuello. Fue cuando él la sujetó por los glúteos y se giró hasta apoyarla encima de la encimera, sus piernas ahora le rodeaban a él que estaba de pie, llenándola de sensaciones nuevas e inexplicables. Ella sintió una punzada dolorosa de deseo que la sorprendió.

— No Nick, esto no está bien, no estamos casados...— dijo entre sus besos.

El deslizó los tirantes de su vestido por sus hombros y los besó. Al igual que besaba el lóbulo de su oreja, su cuello...

— Lo estaremos lo prometo, será una boda por todo lo alto, como tú te mereces. Te necesito Caroline... — le murmuro con una excitación que iba a hacer que explotara de un momento a otro.

Deslizó impaciente su mano por debajo del vestido y acarició la exquisita redondez de sus glúteos. Ella suspiró y gimió como respuesta ante su búsqueda. Su otra mano hábilmente había desecho cualquier barrera que le impidiera degustar de aquellos senos tiernos y firmes. Willa comenzaba a flaquear y él lo sabía, ella estaba ahora en completa rendición, todo en ella le gritaba que aquella era la primera vez que se encontraba en los brazos de un hombre. Bajó su boca y deslizó su cálido aliento a sus aureolas grandes y rosa, su lengua jugó, sus labios los apretaron y los atraían y los soltaban con suavidad, ella tembló y apretó sus rodillas a sus caderas.

— Joseph, él... — Willa murmuró en medio del ardor y la oleada del deseo que amenazada con asfixiarla.

— Shh, tranquila... yo cerré la puerta al entrar, no te preocupes amor... te amo Caroline.

Ella suspiró. Estaba entregada a esas caricias, se sentía completa y perdida en sus brazos, aunque el sentido común amenazara con regresar a cada momento y golpeaba las puertas de su conciencia exigiéndole entrar, era más fácil para ella rendirse y aceptar que le amaba también. Ella buscó ahora su boca con pasión y él le dio lo que ella quería, mientras la liberaba de sus bragas de encajes y las tiraba a su lado, comprendió que estaba perdida.

Nick apoyó su espalda al mármol blanco y acarició con ambición sus senos. El alma de Nick se movía a través de sus manos expertas, tocaba el centro mismo de la desesperación de Willa, y ella liberó un sonido ronco que se convirtió en un gemido profundo, su voz era para sus oídos una adorable tortura que lo sofocaba hasta estremecerlo de una manera que nunca había disfrutado con alguna otra mujer, ella lo volvía loco, era capaz de llevarlo al cielo y regresar de él en pocos segundos, y la deseaba en todas las maneras y formas posibles y conocidas. Sus manos eran ambiciosas y ella esperaba entregarle más, su cuerpo se esponjaba y la mano de Nick descubrió que estaba muy húmeda para él.

Willa temblaba en sus brazos, Niccolai quería que su primera vez fuera especial, magnífica, muy distinta a lo esperado quizás por cualquier mujer, aunque en realidad tenía pensado llevarla a otro escenario, sin embargo, las condiciones lanzaron por el suelo cualquier plan que hubiese hecho con anterioridad, pero por, sobre todo, deseaba para ella algo exclusivo que la llenara cuanto pudiera para hacerla feliz.

Levantó su falda y abriendo sus muslos descubrió su triangulo sedoso de rizos encarnados, era tan hermosa... con delicadeza le abrió y deslizo su lengua con lentitud en todo su centro femenino. Willa intentó apartarlo porque sintió un poco de vergüenza ante la caricia prohibida, abrió los ojos con una expresión velada por el deseo. Eran demasiadas las sensaciones que le otorgaba y se expandían en ella, colmándola satisfactoriamente en cada lugar, haciendo que se sintiera más viva. Nick introdujo sus dedos poco a poco en su interior y con el dedo pulgar y movimientos expertos, le dio a conocer el placer que brindaba las caricias sobre su clítoris y ella por primera vez se arqueó para llenar su vida.

Nick se incorporó hasta atestar su cuerpo de besos y caricias tiernas, su vestido

rodeaba su cintura bajo sus senos, y de nuevo se colocó entre sus muslos. La besó con pasión renovada, él ya no podía esperar mucho más tiempo para la invasión, sus manos estrujaban sus senos grandes y la atrapó incorporándola hacia él. Willa se sorprendió cuando la alzó en brazos. Él ya estaba listo y libre para ella, el cuerpo de su Caroline era fuerte, pero a su medida, y se acoplaba al de Nick a la perfección.

— Te dolerá una poco, amor. Probablemente sea mejor detenernos aquí si no estás totalmente segura... — le murmuró al oído mientras ella lo rodeaba con sus brazos.

— No Nick... quiero esto... quiero que no te detengas ahora.

— ¿Estás segura?

— Completamente... — y su sonrisa lo convenció.

Niccolai la llevó hasta la pared de mosaicos, ella le rodeó con sus piernas sus caderas y sin esperar más la embistió. Willa gimió, y se mordió el interior de su boca, pero no gritó, era fuerte y no deseaba que el conociera en realidad el daño que le había ocasionado, pero no pudo detener las lágrimas que cayeron y tampoco le importó porque estaba llena de deseo por él, pero en el momento en que Nick se quedó quieto y ella se movió, sintió mucho dolor.

Niccolai sonrió porque reconoció la reacción, y la besó con ternura.

— Eres mía y te amo más que a nada Caroline. Pero ten un poco de paciencia, sino te dolerá más.

Embriagada y en un estado de locura, no espero mucho tiempo y comenzó a exigirle placer. La pared contra su espalda era el apoyo ideal para su deseo, él la embestía y su cuerpo se llenaba de vida en un mágico esplendor. Pensó que estar con Nick era lo más maravilloso y genuino que podía tener en toda su existencia. Él la llenaba en su interior, produciéndole nuevas sensaciones, sentía las gotas de sudor recorrer todo su cuerpo, el aire que los envolvía traía consigo el olor a sexo. En cada acometida Nick deseaba más de ella, sus senos hacían una danza peligrosa frente a sus ojos, que lo estaba arrastrando al mismo borde de la perdición y lo envolvía en un loco frenesí. Lo mantenía atado a ella, estaba perdiendo todo el control en ese momento y cuando la escuchó gritar de placer él cerró los ojos, echó su cabeza hacia atrás un segundo, mientras le entregaba todo cuanto poseía de él, de su cuerpo, de la fuerza increíble e indomable que brotaba de su masculinidad. Willa le buscó y lo besó de manera ardiente, ella ahora tenía el control sobre Nick y el terminó derramando su semilla dentro de ella. Con una expresión de éxtasis que Willa no olvidaría jamás.

— Eres... asombroso, Nick. — le murmuró mientras jugueteaba con sus labios y respiraba su aliento cálido.

— No, tú eres grandiosa, y apenas esto será el comienzo de algo mucho mejor, para los tres, para los que deseen venir... te lo prometo.

Y le devolvió el beso con la misma pasión que les consumiría de allí en adelante por el resto de sus vidas.

“Él la seguía cada vez que tenía la oportunidad. Luego de que creyera que había sido él lo de la muerte de su yegua y tuvieran aquella terrible discusión, mantenía las distancias. Las cosas no podrían haber salido peor y eso le afectaba. Pero conservaba sus dudas respecto al tema, al modo en que todo fue bien planeado y ejecutado, adivinó que necesitaba un poco más de tiempo para comprender, para saber y para de nuevo actuar.”

Capítulo 8

El viejo Bruce se disponía a resolver el problema de su hijo de una manera u otra.

Ya había enviado un buen abogado para que lo acompañara en el duro proceso en América, y tenía que admitir que su hijo mayor lo había puesto todo patas para arriba. No mantuvo el plan desde el comienzo, aquello requería de mucho tacto y Douglas no supo de donde sacarlo. Había actuado estimulado sólo por su instinto, y él siempre le había enseñado que cada paso, cada detalle bien pensado y planeado, eran las claves del éxito para todo lo que se propusiera en la vida y culminara así de manera satisfactoria, pero eligió llevarse por el maldito impulso, las consecuencias de por si eran bastante trágicas en ese momento lleno de tensión para ellos, considerando que lo apresaron y le acusaron de varios cargos, las autoridades en el continente americano eran rudas y muy justas, el padre entonces comprendía que aún le quedaba mucho por hacer, mucho dinero que gastar y muchas puertas que tocar.

El plan desde un principio había sido Alec, por ser el más listo, el más decidido y a quien se había confiado todo el asunto, sin embargo, se sorprendió con algunas torpezas por el camino, como fue desde luego, descubrir que sentía algo de piedad por la bastarda de Nina, y en los días que siguieron las cosas en sí no mejoraron. La

maldita zorra se le había llegado a meter en la piel, a él, a su hijo, y perfectamente Bruce ya planificaba algo al respecto en ese momento. Gracias a las fuerzas superiores que le habían ayudado en su vida los había descubierto a tiempo y que aun, podía contar al menos, con uno de sus hijos. Simplemente había que hablarle mucho, hacerle entender las cosas de la manera correcta, dirigirle por la buena senda. No era el mejor, ni el más preparado meditó, en el momento en que se terminaba el último trago de una botella de escocés en la biblioteca, pero por ahora se tendría que conformar para que fuera suficiente... Si, les había enseñado bien todo cuanto él era y cuanto sabía en la vida.

Nina observaba el cielo de un azul casi imposible, las nubes blancas se deslizaban con lentitud en dirección a donde los rayos de sol agonizaban. Exhaló aliviada con la cabeza apoyada en el robusto pecho de Alec, estaban sentados sobre su montura, el caballo de crines negras se llamaba tritón y para su criterio, era muy salvaje. Quizás su amado fuera, el único capaz de solidarizar y hacer que anduviera en una sola dirección, de resto, el mundo entero alzaría una plegaría por su mala conducta. Ella sonrió por la ocurrencia.

Ya habían tenido su momento especial, el sol se ponía frente a ellos a la orilla del río, su lugar secreto. Se repitió eso en su mente con nostalgia, había tantos secretos en ella en ese instante que casi podía sentir la culpa aplastándole el corazón junto a Alec.

— Debo irme ya. — le dijo él rozando con los labios su frente. Alec tomó su barbilla y la giró hacia él un poco más, para poder besarla con más rigor.

Ella de inmediato se deshizo en sus brazos, Alec sabía el poder que era capaz de ejercer sobre ella y cómo la cabeza se la hacía volar en un segundo. Ella protestó cuando el terminó el beso primero, y complacido por la pequeña tortura que había provocado, sonrió y sus ojos brillaron. Nina sabía que era lo único que tenían para compartir y de seguro era mejor no menospreciar el poco tiempo sino disfrutarlo.

— Te veré en la cena. Pero me encantaría esta noche, que le enseñaras a mi boca tus lugares favoritos... — la sujetó y la bajó de la montura. Por un segundo dudó— ¿quieres que te acerqué más a la casa?

— No Alec, podría vernos alguien y es mejor evitar cualquier comentario que le pueda llegar a tu padre. He visto estos días como te mira y no me gusta— lo miró con renovado interés— ¿Le has hecho algo o han discutido estos días?

Alec rodó sus ojos castaños de ella hacia el sol del ocaso pensativo. También él se había dado cuenta del cambio de aptitud de Bruce.

— No. Creo que le preocupa Douglas. El peso de la ley le ha caído y ha sido por culpa de mi padre. Tal vez sienta remordimientos, creo que está haciendo hasta lo imposible para que le hagan el traslado para acá, pero el abogado le dijo que no era probable, el fiscal que le tocó es duró al igual que el juez, según dijo, y los casos con extranjeros son abrumadores desde cierto punto de vista. Es importante que sepas, que el afectado es una persona de grandes recursos económicos. Es casi que un ídolo

público allá, tiene una gran empresa cervecera con plantas y oficinas en varios países, asimismo es un ejemplo en ayuda comunitaria, ayudó a las familias que perdieron sus soldados luego de la guerra, tiene una fundación de ayuda y apoyo a niños huérfanos y desamparados, y eso no termina allí, apoya el movimiento de conservación de animales en peligro de extinción en todo el mundo, y se está pensando en asociarse con una gran cadena de televisión pero no me creas, eso es lo que arrojó la noticia de la página de sociales la semana pasada, casi me atrevería a decir que es de sangre azul, pero me saldría de todo contexto, su padre fue un don nadie hace más de cuarenta años, trabajaba la herrería de joven, y mira nada más donde llegó él y su hijo. Pero la familia Astor está realmente muy relacionada, lo que entonces representa un grave problema para mi hermano, Nina. Tu hermana sí que supo dónde demonios ir a parar, y mi padre bueno, mi padre al parecer seguirá siendo un caso perdido. — ella asintió, pero no quiso opinar nada al respecto, sólo se sintió muy satisfecha al saber que estaría feliz y protegida, después de todo ella también era una víctima de su madre, de las circunstancias.

Alec se inclinó un poco y la besó de nuevo, esta vez el beso fue tierno y lento. Nina apoyó su mano en la rodilla de él para mantener el equilibrio.

— No pierdas el tiempo aquí mi amor, estaré pendiente de cuando llegues a casa.

— Te quiero Alec...

— Ni creas lo contrario, también te amo Nina, confía en mí, aunque sea una vez. — le obsequió otra sonrisa y espoleó con dureza a Tritón. Ella le vio alejarse con tristeza.

Pensó en su relámpago, en lo bella y fuerte que era, y también muy obediente. Era una yegua de todo corazón se dijo mientras caminaba de regreso por el mismo sendero que dejara Alec a sus espaldas. No dejaba de pensar en su yegua ni en él, en Lyon. ¿Cómo había sido capaz?, ¿y cómo era entonces capaz de profesarle su amor?, sacudió su cabeza, pateo con el pie algunas piedras pensando en él, no comprendía, estaba herida y molesta, decepcionada, triste, se sentía de todas las maneras inconcebibles posibles, y de cuando en cuando, empujaba, apartaba esos pensamientos que le producían daño y al mismo tiempo ira, ya había llorado por ella también, por su yegua, por él mismo y por los sentimientos que aún ocultaba. No los quería con ella, pero tampoco sabía qué hacer para dejar de abrigar lo que sentía, ¡ni siquiera lo que había hecho Lyon consiguió anularlos!, por lo menos no del todo, la realidad era que amaba a los dos hombres, y, aun así, no quería considerarse una pérdida por eso. Levantó los ojos al cielo, ¡que Dios la ayudara y la perdonara!, eso era lo que Nina necesitaba con urgencia, un empujoncito, una luz, una pequeña ayuda divina un buen acto de indulgencia.

El trayecto a pie realmente no era tan largo por ese camino, por lo que le calculaba unos buenos veinticinco minutos a lo sumo. El olor a tierra mojada se esparcía en el aire, aquellos últimos días hubo tormenta, fuertes lluvias y llovizna prolongada. Había finalizado el verano dándole paso a la estación un poco más fresca y mucho más colorida, por eso el río había crecido, en algunos lugares amenazaba

con desbordarse y, de hecho, si continuaban las lluvias ya no sería solo algo especulativo. Si se percataba y prestaba unos minutos de atención al paisaje, uno se podía dar cuenta de la hermosa caída de las hojas de los árboles por pequeños intervalos de tiempo. Para ella todos esos cambios eran hermosos, se imaginó muy pronto, la alfombra que se desarrollaría a su paso a lo largo del bosque, alternando de manera muy equilibrada los tonos rojizos, ambarinos y ocres, por lo que Otoño era su estación favorita meditó decidida, esperaría a que todos los árboles cambiaran su colorido, y eso ocurriría desde luego en sólo pocos días.

A medida que conquistaba terreno, los pájaros regresaban a sus nidos motivados por su instinto animal y desde luego, aquel extraño reloj de la naturaleza que nunca fallaba. Cuando se acercaba la estación más dura, ellos sabían exactamente a donde necesitaban emigrar y sin pensárselo dos veces, levantaban el vuelo al igual que cuando una catástrofe natural estaba por alcanzarlos, como por ejemplo un tornado, ellos se alejaban, de antemano lo sabían, fuese instinto de supervivencia, reloj natural o ayuda celestial. Sintió una punzada de envidia en su corazón, ellos iban y venían justo en el momento en que lo deseaban, podían volar, cambiar de hogar, tener pareja, anidar, producir crías, enseñarles a volar y abandonarlas a su misma suerte tantas veces les pareciera apropiado para ellos. Deseó desesperadamente esa libertad, levantó el rostro para sentir la brisa y para hacerle frente a la vida, mantenía con ellas guardadas siempre, un puñado de esperanzas y las aferraba bien en el bolsillo de su corazón, ella no había pedido venir al mundo jamás pero allí estaba, y necesitaba desesperadamente aprender a lidiar con todo eso.

El aire perdía rápidamente su alta temperatura, las sombras que proporcionaban los árboles de diferentes formas y algunas alargadas, ya no se definían bien en el suelo. En realidad, ya se estaba haciendo de noche. A su espalda escuchó el crujir de una rama seca, Nina se giró y dos pájaros de brillante colorido elevaron su vuelo nervioso entre los arbustos hacia el cielo, pero luego de que no viera ni escuchara más nada, ella prosiguió con paso vivo.

Estaba cerca ya de la bifurcación que llevaba en dirección a la vía principal y a su casa. Escuchó los cascos de un caballo con atención, estaban cerca se repitió, y se cruzarían en el camino en cuestión de segundos.

Cuando se vieron, Brodick apresuró el trote y le sonrió.

— ¿Quieres que te lleve?, vengo del pueblo justo ahora, de buscar noticias de Douglas para padre.

— ¿Son buenas? — preguntó ella atenta, pero él negó la cabeza torciendo el gesto. — se torna difícil, a decir verdad.

Nina se encogió de hombros sin saber bien que decir. Meditó las palabras de Alec hacía pocos minutos con ella, si, era un caso muy difícil. En verdad odiaba a Douglas, pero no tanto como para desearle el resto de su vida tras las rejas. Mientras buscaba alguna frase coherente y quizás positiva, Brodick se dirigió de nuevo a ella y con mejor talante.

— Tengo algo que mostrarte. En realidad, es una sorpresa, pero ya creo que debes saber bien de que se trata... de por sí hace varios días atrás que está lista, pero debido a todo lo que está pasando estos días, no quise añadirle más leña al fuego y decidí esperar.

Ella le miró unos segundos desconcertada. ¿De qué rayos estaba hablando?, él solo le sonreía, los ojos de Brodick brillaban llenos de picardía en ese momento y recordó.

— ¡NO!, ¿me estas tomando el pelo?, ¿en serio... la casa...?

— Desde luego, ¿no pensaste ni por un minuto que me estaba burlando de mi hermanita, o sí? — ladeó la cabeza y le invitó a montarse. Ella lanzó un alarido y dio unos saltitos alegres y un par de giros sobre sí misma.

No lo creería hasta que lo viera con sus propios ojos.

El pecho le salto desbocado en realidad, pensar en que tenía la oportunidad que tanto esperaba para salir de aquella casa... era algo lejano, casi irreal. De pronto se sintió en verdad muy entusiasmada, quería saber cómo era, de qué tamaño, que le haría falta para que ella llevara... ¿tendría cama?

— ¡Eres increíble!, ¿cómo es?, dime Brodick, ¿hay camas?, ¿tiene fogón?

Preguntó mientras se subía detrás de él y le rodeaba la cintura.

— Ya lo verás — dijo soltando una ruidosa carcajada. — ¡Esa es mi hermana!, hacía falta una buena sorpresa para volver a ver ese rostro lleno de felicidad, ¿no es cierto?, bien... he llevado una cama para ti. A mi parecer le faltan algunas cosas, pero es acogedora, y la he asegurado bien. Espera a llegar y me des tu propia opinión. — Ella asintió y se aferró a él y a la nueva esperanza mientras se lanzaban a galope.

El trayecto a caballo no fue nada largo. Cuando desmontaron ella recorrió todo con sus ojos con mucho interés. Tenía un pequeño corral a un costado de la casita, el sonido de un riachuelo se escuchaba cerca, los árboles le ofrecían cobijo y protección alrededor de la pequeña cabaña. Brodick abrió la puerta de para a par y le invitó a entrar con ademán.

— Encenderé el fuego y algunas lamparillas. Todavía no he podido lanzar el cableado eléctrico hasta aquí, eso me llevará algo más de tiempo, pero te prometo que lo haré Nina.

Ella asintió, entró y se quedó asombrada.

Se fijó primero en el techo que él le había comentado días atrás, estaba perfecto, la madera parecía muy nueva y no descubrió ningún orificio que filtrara hacia el exterior. Caminó examinándolo todo, la sala era pequeña, tenía un par de ventanas, pero las mismas estaban cerradas y trabajaría haciendo algunas cortinas. Una mesa en forma circular y de caoba descansaba en un rincón, al otro extremo de la chimenea de piedra. En la parte de atrás estaban las habitaciones, una frente a la otra, el baño era pequeño y la tina pequeña y oxidada en algunos lugares, pero se le ocurrió que con

eso le bastaría por algún tiempo y como él mismo le había dicho, lo que fuese necesario Brodick la ayudaría. Nina estaba feliz, se imaginó todo su mundo diferente, en tanto se apoyaba al marco de lo que sería su habitación -la más grande y acogedora-, que en las próximas horas comenzaría a limpiar, a arreglar, pasaría su ropa, el resto de las cosas de la otra casa y se las apañaría. Aun no se había percatado de la cocina, dio media vuelta.

Brodick se encontraba avivando el fuego acucillado, cuando se percató de su presencia se volvió a verla.

— ¿Te gusta?

— ¿Estas de lunas?, ¡claro que me gusta!, es más, me encanta. Gracias, no sé cómo se te ha ocurrido esto, pero es completamente genial.

Giró buscando la cocina y él le siguió la mirada con los ojos y sonrió.

— Está en la parte de atrás. Al parecer los que la hicieron, le gustaban cocinar afuera de casa, pero es un lugar también techado, sino te gusta a la final podríamos arreglarlo también.

Nina no respondió, sino que se dirigió a la parte de atrás, abrió la puerta y contemplo el fogón de piedra de antaño, también se encontraba cerca un mesón de roble para ocho personas con sus largos bancos algo toscos pero muy originales, tenían cierta personalidad que le encantaba. Estaba mejor que genial, se dijo y sonrió para sí. Cuando Alec la conociera sabía que también le iba a encantar a él. ¿Estaba malo soñar un poco?, quizás podrían casarse algún día y vivir allí, tener algunos hijos... aunque no habían hablado nada al respecto, claro. Tampoco era el momento... desde luego nunca pensaría si quiera en presionarlo. Porque sabía, que la relación con su familia y ella no era la mejor, incluso su posición en la familia tampoco era la más idónea...

¿Y si el viejo desheredaba a Alec?, ¿o lo echaba de casa?, no quería causarle problemas a él, porque toda su fortuna -la de Alec y sus hermanos- se encontraba a merced de ese viejo malvado y en esas tierras. Por lo pronto no le permitiría realizar por ella ninguna locura ni proeza que lo perjudicara, además todavía había mucho que esperar y ver en esa familia. Le daría un poco más de tiempo a Alec, pero si a la final él no encontraba el valor necesario para enfrentar su relación delante de su padre, tampoco le haría presión, ella lo amaba y eso era lo que más le importaba por los momentos. Había aprendido que el tiempo era realmente quien decidía las cosas para bien o para mal. Esperaría todo lo que fuese necesario y mientras tanto soñaría despierta y viviría el momento, mientras viviera allí refugiada, estaría a salvo de las habladurías, al menos eso la confortaba un poco.

Cuando de nuevo entró al hogar, observó que Brodick había colocado una lamparilla en cada habitación encendida. También encima de la chimenea. La cama tenía sábanas blancas y limpias, la otra habitación no tenía ningún tipo de mobiliario.

— Nina, entonces dime, ¿qué es lo que te parece?

Ella se volvió a él sonriente.

— Es todo muy hermoso en realidad. ¿Cómo puedo agradecerte lo que haces por mí?, creo que no me merezco tanto Brodick, pero gracias. — le saltó y le rodeó con los brazos el cuello. Le dio un beso sonoro en la mejilla. Y él sonrió para sí, sus ojos brillaron, respiró y le susurró al oído:

— Tienes razón, no te lo mereces, pero soy una buena persona, tengo un alma un poco contradictoria a vez, y aunque estuve perdido me ha encontrado la única persona capaz de tener el don de hacerme mucho mejor. ¿Cierto Nina?

Ella se apartó de él con lentitud, en tanto apoyaba los brazos sobre los de él. Sopesaba aquella diatriba primero, luego intentó adivinar qué era lo que significaban esas palabras. Pero en su rostro no halló molestia, ¿o sí?

— Me alegra haber hecho algo bueno por ti, — continuó y la miró directo a los ojos con tranquilidad— eso es lo que cuenta, ¿o no?

— Brodick, ¿en realidad porque has dicho eso?, ¿no soy buena para esto que me has dado? — preguntó mientras sentía formarse un nudo en la garganta. Sentía el escozor en sus ojos y él enseguida cambió la aptitud.

— Oh no Nina, lo lamento. — Le enmarcó el rostro con las manos y suavizó su mirada— no quise ofenderte. Se lo muy delicada y lo mucho por lo que has tenido que pasar estos días, lo sé. A veces no me expreso tan bien como quisiera, soy un bruto, ¿verdad?

Él se soltó y se giró. Caminó en dirección a la sala. Brodick se sentó en una de las sillas de la mesa y se perdió en sus propios pensamientos en cuestión de segundos. Observaba el fuego crepitar mientras pensaba, siempre le había gustado el fuego.

— ¿Brodick...? — Nina se sentó en la otra silla de madera frente a él. De pronto su hermoso rostro se encontraba con una expresión tan triste que a ella también le dieron ganas de llorar.

Sabía que la situación actual en la familia no era la mejor para ninguno, como tampoco él aceptaba las injusticias que le hacían a ella, y allí estaba el resultado de su preocupación, no sabía que eso le afligiera a su hermano tanto. Cubrió su mano con la de ella y le acarició. Una lágrima solitaria brilló a la luz del fuego y descendió de los ojos castaños de él.

— Lo siento tanto Brodick... no sabía que sufrieras tanto por mí, por todo...

— Por favor, dame un abrazo — logró articular. Deseaba llorar bastante, todo era tan injusto para él en ese momento...— necesito un abrazo Nina.

Ella se levantó y se arrodilló frente a él.

— No, nunca debes arrodillártele a nadie, ¿comprendes? — la reprendió con tristeza, pero muy firme y la sentó sobre sus rodillas. Nina le rodeó el cuello y apoyó su cabeza. — nunca dejes que nadie te vuelva a humillar, es malo, nadie se merece eso, nadie, ni siquiera tú. No lo vuelvas a hacer.

Sintió como el pecho de él ahogaba un sollozo y suspiró.

— ¿Qué puedo hacer por ti?, las cosas de aquí en adelante mejorarán Brodick, todo tendrá que salir mejor esta vez, ya lo verás... por favor no llores. Hace mucho que no te veía así, creo que cuando papá nos encerraba y... digo, Bruce. Es difícil decirlo a veces.

— Es verdad— confirmó y con una mano limpió su rostro luego la miró de reojo — estas aquí conmigo y eso también es importante. Disculpa, no debí ponerme así de nostálgico, es una idiotez. Tenemos ahora motivos, verdaderos motivos para estar más animados y hasta me atrevería a decir que alegres, ¿verdad?

Ella asintió más tranquila y se relajó.

— Tienes la cabaña, tendrás pronto la libertad y no estarás más en la casa grande entre otras cosas. Me encargaré de darte los animales que prometí, aunque debes de atenderlos claro, no esperarás a que yo venga y lo haga por ti ¿o sí? — ella rio un poco. Brodick palmeo el objeto que guardaba al otro lado en el bolsillo del pantalón y también sonrió. — aquí podrías ser feliz un tiempo, claro, eso depende de ti, de lo que quieras hacer. Yo estaré aquí contigo para ayudarte, lo prometo.

— Has sido tan bueno conmigo Brodick, siempre pendiente de mí, ¿recuerdas? cuando me caía y me lastimaba las rodillas, ellos se burlaban — le dio escalofrió y se apoyó más a él. Brodick le acariciaba el cabello en ese instante. — pero tú no, eras diferente. A veces creía que comprendías todo mi dolor, pero lo callabas. Corrías y buscabas algo, cualquier cosa para curarme, me lavabas y luego te ibas sin decirme nada. Fueron algunos momentos buenos.

— Si tú sufrías yo también, eso pensaba. No quería que llevaras la misma suerte que yo, ¿sabes? — hizo silencio. No le gustaba hablar sobre aquellos tiempos. — no podía hacer nada al respecto por mí ni por mis hermanos, pero por ti cualquier cosa, aunque me costará el castigo de él. Y ya vez — hizo una mueca.

Levantó su barbilla para que viera la sinceridad con la que estaba hablando. Le acarició la mejilla con suavidad.

— He recibido más castigos en mi vida por ti que cualquiera de mis hermanos — Brodick se ríe con frescura— pero han valido la pena, lo juro. Lamento mucho lo de relámpago, Nina.

— Nadie se imaginó que Lyon podría hacerle eso, ¿verdad? — el asintió.

— Nadie se imaginó lo que hacía en realidad. Dime Nina, ¿desde cuándo ustedes dos...?

— No sé Brodick. — le atajó incomoda por el giro de la conversación — Yo... para mí, pensar ahora mismo en él me resulta difícil. Lo que me hizo, mi yegua es... todo, son muchas cosas.

— Comprendo. —respiró y meditó. De nuevo la tomó por la barbilla. ¿Sabes lo mucho que te quiero, verdad?

— Lo sé. Eso ni me lo digas, eres el único que me lo ha demostrado en realidad.

Brodick vio como sonreía, era tan hermosa, y mientras la sostenía con una mano por su cintura, sintió la erección incrementarse. Parecía querer romper su pantalón en ese momento. Se armó de valor y la besó con un beso firme pero suave. Al principio ella se quedó petrificada y no le respondía, luego sintió como lo apartaba con su manita pequeña y suave y la apoyada en su pecho.

— ¿Qué haces? — le miró con incredulidad.

— Te lo acabo de expresar, te quiero. Lo que hago es lo que hacen las personas que así lo sienten, ¿no lo crees? — rio y echo su cabeza para atrás sintiéndose feliz por primera vez en mucho tiempo. Su boca era tan dulce como lo hubiera imaginado.

Ella negó con su cabeza con expresión confusa y el ceño fruncido.

— Si, pero nunca nos hemos besado así. No se supone que es un beso de afecto ¿o sí?

Parecía tan tonta o hacia bien el papel. De nuevo rio.

— Creo que ya es tarde Brodick, deberíamos regresar. — Aquello estaba demasiado raro, se dijo Nina.

Brodick le acariciaba su cabello con su mano izquierda y con el brazo le rodeó más arriba de la cintura, a la altura de sus senos y el contacto volvió a estremecerla, se dio cuenta entonces que algo no estaba bien con él en ese momento. Subió su mano a la de él e intentó apartarle con disimulada suavidad, pero en respuesta sus dedos frotaron a su alrededor y ella le miró alarmada. Brodick de nuevo sólo sonreía.

— Ya nos iremos, pero antes tengo algo para ti, es desde luego otra sorpresa, te va a encantar...

Sacó la jeringa de su bolsillo ya preparada, y se la clavó en la pierna vaciándosela por completo.

— ¿Qué haces...? — dijo intentando apartárselo.

— Me gustaría poder hablar contigo con más tranquilidad. Tengo que decirte muchas cosas Nina, y no quiero que te portes mal, no quiero que me interrumpas y, sobre todo, no quiero que te niegues a mí, porque ya sabes como soy cuando me pongo de mal humor, ¿verdad?

— Si, lo sé... ¿qué rayos...? me has besado, no puedes tocarme así, no pued...— el calmante comenzaba a hacer el efecto inmediato esperado, lo haría, era uno para animales y tumbaría a un elefante en un dos por tres. No la dormiría, no del todo, a menos que le diera un poco más de la que ya mantenía guardada en su lugar especial y secreto junto a la chimenea.

Brodick necesitaba un poco más y la besó con fuerza, ella intentaba apartarle, pero sentía nauseas, todo le daba vueltas y se sentía sin energía y muy drogada. ¿Qué le había ocurrido?, ¿él... él la besaba ahora?, ¿Por qué?, escuchaba una voz que de pronto le parecía ajena, pero era la de ella y le decía algo a él, la voz sonaba lejana

pero no podía mantener las ideas en un solo sitio ni ordenarlas. Sintió como la incorporaba, pero sus piernas no querían responder en el suelo, y ella se aferró a él por la camisa con todo lo que pudo, mientras Brodick le despojaba de sus ropas.

Le tenía una sorpresa agradable, sí.

La sentó en la silla de madera y terminó de arrancar las prendas que a ella le faltaban, luego las tiró al fuego de la chimenea, incluyendo sus braguitas, allí no necesitaría nada de eso, sólo a él. Nina cerraba los ojos y le veía de vez en cuando con la mirada perdida, parecía una muñeca de trapo, una muñequita muy bonita pensó él. Bueno, le daría su primer regalo, y esperaría a que el calmante pasara un poco para que ella comprendiera lo que él tenía que decirle. Era un hermoso salto de cama que le había comprado. Era de seda blanca casi transparente, y solo le llegaba a la mitad del muslo, pero le quedaba muy bien en verdad. La mujer que se lo había vendido se encargaba de vestir a todas las chicas de esa casa de citas a la cual visitaba continuamente, y la prenda no le costó en realidad demasiado.

Brodick la mantenía sentada en la silla y apoyada hacia la pared de madera. Se paseaba nervioso por el lugar con las manos tras la espalda, y cada cierto tiempo esperaba que reaccionara, pero tardaba. Meditó que quizás le había dado una dosis muy alta o que ella no habría ingerido alimento durante el día, como fuera, el tiempo valía oro para él. Necesitaba poner las cosas claras entre ellos, él debía regresar a la casa y después debía de nuevo volver con ella, o Alec la extrañaría para la cena y ya Bruce se encontraba bastante ansioso y alterado por recibir alguna noticia de Douglas. Se acercó y le dio algunas palmadas en la mejilla, ella reaccionaba muy lento, balbuceaba una que otra cosa incomprensible. De pronto recordó una gran complicación y cerró los ojos con fuerza. ¡Demonios!, era ella quien cocinaba, era ella quien servía la mesa, ¿y cómo diablos entonces harían esa noche? Indudablemente le echarían en falta. Debía de pensar rápido, meditó allí acucillado frente a ella.

Podía verle bien desde ese ángulo y a través de la abertura que tenía el endemoniado *saltico de cama*, sus senos que, a su criterio, eran exageradamente grandes, aun así, le gustaban. Por encima de la tela, los frotó como si la mano le quemara por el roce. Pasaba la palma de su mano abierta haciendo lentos círculos hasta que sus pezones quedaron erectos y tan firmes como lo estaba su pene. Estaba tan excitado... Demonios. Necesitaba despertarla y penetrarla hasta hacerla gritar de dolor, aquello lo aniquilaría por completo. Pero llegado el caso sabía que por el tiempo era inútil desear aquello. En fin, por el camino se inventaría algo para cenar, el mismo lo haría y se haría el desentendido de situaciones embarazosas. Saldría y dejaría la casa en tinieblas de nuevo, la puerta bastante cerrada y ella en la cama, sí, esperando a su regreso, pero no le traería comida esa noche, tenía que mantenerla las próximas veinticuatro horas debilitada para él, para que no intentara realizar ningún acto heroico de su parte y para que la absorción del calmante fuera incluso más intensa. Al día siguiente sería para Brodick maravilloso, se lo dedicaría a ella exclusivamente, noche y día sí...

La alzó en brazos hasta la habitación, y se sentó a su lado a observar como la tenue luz de la lámpara resplandecía en su tierna piel, en sus rasgos perfectos, en su cabello y en sus piernas largas. Se humedeció los dedos y abrió un poco más los muslos para tocarla un poco allí... en su lugar, donde ella pronto lo recibiría caliente. Con una rápida ojeada a sus caderas, pronosticó que ella al igual que a las otras, también le dolería de una manera brutal, pero así era el amor, suspiró con resignación, un camino lleno de altos y bajos, lleno incluso de sacrificios.

Nina se movió un poco, pero no se movió como lo hizo con Alec en el río aquella noche, y eso le fastidió. Pero se movería igual para él se prometió. Porque ella tendría que respetarle, lo desearía mucho más de lo que había deseado a Alec y al maldito veterinario. Le abrió la tela y dejó al descubierto sus senos. Los friccionó un poco, su miembro luchaba por salir y comenzó a acariciarlo por encima del pantalón, y con la otra mano a ella, esa mujer era la perdición, era una maldita zorra hechicera, era una puta como las otras y eso lo excitaba más. Se inclinó y lamió sus senos y los succionó casi con crueldad. Hacer daño era lo que más placer le daba, él simplemente no podía evitarlo. Luego río, ¡si ella lo viera!, estaba completamente a su merced y él era quien mantenía el poder en ese momento, él era quien tenía el control esa vez y se sintió orgulloso por todo su plan.

¡Brodick eres un genio!

Le frotó más y más los senos con enfermizo placer, hasta dejar sus marcas de los dedos en la piel, y le encantó manosearla y ella sólo gimió débilmente, tenía el rostro relajado, estaba casi sonriendo y hasta le parecía una pequeña doncella, pero no se dejaría engañar. Él sabía muy bien quien era Nina, era de él, pero también era una puta como su madre, así lo eran todas. Se inclinó hasta su vientre y lo olisqueó, deslizó su lengua con placer degustándola, escogió uno de sus costados para determinar en qué grado estaba el calmante haciendo su efecto, y la mordió con fuerza. Ella apenas si tembló y se agitó. Brodick sonrió al ver que no estaba fingiendo y al reconocer que dormiría unas tres horas más, el tiempo necesario para hacer todo cuanto estaba planificando.

Le dejó allí mientras iba a buscar algo con que poder atarla a la cama, para cuando despertara lo esperara con paciencia y muchas ganas.

¡Sonrió para sus adentros, era un plan perfecto!

— Valla, pero que diferente sabe — dijo Alec saboreando el guiso de cordero.

Brodick comía con mucho ánimo, necesitaba reponer fuerzas. Había hecho de malabares para inventarse la historia y a su vez cocinar con rapidez. Levantó la mirada hacia su padre y éste le miró satisfecho, pero no dijo nada. Alargó el brazo para servirse un poco de agua.

— Está sabroso, es todo lo que puedo decir — aseguró el hermano menor con la boca llena.

— Cierto. — Pero a pesar de que Nina estuviera descompuesta y cocinara para ellos, ¿por qué no les sirvió la comida?, además conocía la sazón de ella, y el cordero le parecía hasta ese momento, un poco bajo de sal entre otros gustos que no supo bien determinar. Miró a su hermano con interés. — ¿Te dijo que tenía?

Brodick levantó sus cejas manifestando sorpresa.

— En realidad creo que está en uno de esos días. Me dijo que si podía ayudarla a recoger luego me lo compensaría, le dolía mucho la cabeza y que iba acostarse para que nadie la molestara. Ya sabes, ese dolor de cabeza que a ella le pega muchas veces, la ha hecho vomitar. Mejor dejarla quieta por esta noche, — Alec comprendió y asintió— además a mí no me cuesta ayudarla en lo absoluto.

— Suficiente Brodick. — intervino su padre provechosamente y con tono duro. — necesitamos no perder el tiempo en estupideces ahora, ¿comprendes? — Se dirigía a Alec principalmente— ya hemos discutido las nuevas noticias de Douglas, pero esta tarde se me ha ocurrido algo, alguien en particular, que podría ser influyente y decisivo para su caso. Necesito una entrevista con él lo más rápido que se pueda, y hay que encontrarlo por supuesto. Me dijeron que residía en Londres ahora, por consiguiente, uno de los dos me conseguirá esa entrevista. Hará el viaje para encontrarle y pautará un día dentro de esta misma semana de ser posible según sea la disposición de ese cretino.

— Podría ir Alec esta vez — sugirió el hermano con cautela y le observó— esta semana me aguarda mucho trabajo por aquí.

— Yo también tengo bastante que hacer, Brodick ¿lo recuerdas?, y no tengo remplazo al parecer. Creo que lo mío no puede esperar, tú en cambio puedes desprenderte de aquí un par de días...

La discusión abarcó un poco más de tiempo del esperado por él. Estaba ansioso, necesitaba calmarse para que no le descubriera, por un momento estuvo casi seguro de haber metido la pata por la insistencia, pero al final todo se arregló. En ese momento, recogía la mesa y si se daba prisa en la cocina, llegaría en unos treinta minutos. Debía esperar que cada quien se retirara a sus habitaciones, nada debía de salirse de la rutina nocturna para no despertar sospechas y mientras lo hacía tenía que controlar sus ansias que de nuevo regresaban. No con ella, no quería realmente lastimarla... a ella no se dijo consternado, pero era tan fuerte la necesidad que sentía de que suplicara, de verla llorar... Brodick respiró unas cuantas veces, necesitaba el autocontrol para ella y mientras más rápido lo disfrutaría mucho mejor.

Capítulo 9

Lyon observaba la casa en tinieblas. La había seguido a ella desde el bosque esa tarde y se encontraba indeciso, quería hablarle, intentar hacer de nuevo las paces con ella, la cosa en sí se había tornado grave y por lo mismo, necesitaba pedirle disculpas y explicarle de nuevo todo y por qué había actuado de esa manera, había caído en el desespero y perdió todo resquicio de cordura, pero el caso es que ya Lyon lo había intentado un par de veces, y la respuesta fue dura para él, pero desde luego no era de los hombres que se rendía a la primera, y sobre todo, que Nina creyera que él fuera capaz de matar a su yegua y de esa forma, lo mantenía mal, descompuesto, muy herido y perdido. Por aquellos días le fue imposible conciliar el sueño, todas las señales le apuntaban a él, pero en el fondo Lyon McKinnon era inocente de tal acto

de crueldad, y con eso le bastaba para luchar, para no flaquear y buscar de alguna manera limpiar su buen nombre delante de ella y de todos. Ciertamente que provenía de un hogar humilde, pero no era un asesino de animales, era médico, los sanaba y se requería tener una mente desequilibrada y muy perversa para matar una yegua de esa manera.

Desde ese punto estuvo seguro de que algo marchaba muy mal en casa de los Buchanan. Olía el peligro en el aire como una niebla espesa y amenazante, estaba en todas partes, y como el vil acto fue exactamente en dirección hacia la yegua, Lyon estaba seguro de que era a ella a quien querían lastimar, a Nina. Naturalmente. Cada vez que se preguntaba el motivo y por el culpable, no encontraba ninguna respuesta, a excepción tal vez del viejo loco. Con él sería más que suficiente para querer verla hecha polvo y sin embargo... pensó en dos cosas. La primera, no lo veía agachado descuartizando a la yegua de Nina por su precario estado de salud. Bruce podía aparentar una notable mejoría, pero no para intentar lidiar con la fuerza de la yegua, esquivar cualquiera de sus ataques y hierirla después a muerte. Luego, concederse el tiempo dentro del establo y descuartizarla por partes. Regresar a la casa sin ser observado ni echado en falta para cambiarse de ropas, lavarse bien y eliminar cualquier rastro.

No. Eso era una teoría demasiado absurda. La segunda... no le gustaba, pero encajaba mejor según el perfil. Estaba bajo la pista ese día y también hacía varios días que decidió que era mejor mantenerse cerca y vigilarla, y eso era precisamente en lo que había ocupado el tiempo libre cuando no estaba trabajando para otros clientes. Cuando vio a Alec a lo lejos, supo de mala gana que ella estaría cerca y se ocultó esperando una oportunidad. Luego la comenzó a seguir, hasta que apareció Brodick en el camino. Escuchó toda aquella ridícula conversación, pero no la comprendió al momento, tuvo que continuar el trayecto a pie, siguiendo las huellas de los cascos del caballo. No alcanzaba adivinar cuál era su alegría, y el no saber además que alimentaba su curiosidad al extremo también comenzaba a molestarlo. No conocía la casa a la cual ella se refería con Brodick y tan animada, sino hasta que por fin había llegado a la cabaña y la detallara con sus propios ojos. Desde allí todos sus pensamientos estaban más confusos, no comprendía un comino del condenado asunto.

Entraron y se tardaron lo suyo, conversaron a buen tono, se reían, luego todo se silenció hasta que fue Brodick quien finalmente hablaba, pero por las distancias en que Lyon había decidido mantener para no ser descubierto, las palabras se distanciaban y las disolvía el viento frío de la noche. Revisó el cielo nublado, la luna estaba llena, sabía que algunos animales estarían en el bosque al acecho, buscando cualquier cosa para comer, por suerte y a pesar de que esa cabaña estaba en un lugar casi nunca transitado y bien escondido entre los árboles, por lo menos no era zona de animales grandes ni salvajes, se relajó y repasó sus ideas con detenimiento esta vez.

Él apagó todas las luces y la dejó a ella adentro. Esperaba escuchar algo, un ruido, cualquier cosa, pero nada ocurría. ¡No era lógico maldita fuera!, además su relación con él era casi perfecta, no habían tenido malos tratos y prácticamente el conocía que

se trataban como hermanos, muy diferente lo que pensaba de Alec. Le había pillado mirándola con extremado deseo y eso lo mantenía cabreado, ¿cómo se atrevía siquiera a desearla?, se habían criado juntos, era como una hermana y lo peor, es que en realidad Alec había demostrado ser un completo déspota miserable con ella durante muchos años. Pero la cosa no terminaba allí, ellos al parecer se veían y hablaban en algún lugar, y Lyon angustiado hasta la muerte, se preguntaba de qué y para qué, y cuáles serían los verdaderos motivos para ese cambio descabellado. Porque cuando él llegaba a su casa, más atrás lo hacía Nina o viceversa y precisamente en esos momentos de rabia, Lyon estaba seguro de que se le hinchaban y le trituraban las pelotas sin ningún asomo de piedad.

Estaba celoso, pero eso ya lo había reconocido desde un principio y hasta le gustaba sentirlo y aceptarlo, tal vez fuera un extraño caso de hombre enamorado y muy masoquista, pero si era por ella, valía la pena y tampoco le importaba hacer también el ridículo de vez en cuando.

Pero ahora, agachado tras los arbustos y en medio de la oscuridad, sólo los rayos del astro nocturno, con únicamente el silencio silbando a sus espaldas y el frío traspasando su chaqueta, y una casa solitaria y en penumbra -desolado en apariencias sí, - porque ella estaba dentro, el panorama se modificaba delante de sus agudos ojos azules. El corazón le comenzó a latir con fuerza. ¿Qué significaba para ella aquella casa?, era un nuevo refugio supuso, y pensó en la alegría que demostrara al hablar sobre eso temprano, pero ¿por qué?, pensaba abandonar la casa familiar por un tubo, sonaba lógico en su mente, lo que no resultaba así, era aquel silencio se repitió, y también la hora. Si no quería encontrarse con verdaderos problemas, Nina sabía que se le había hecho demasiado tarde. El viejo loco estaría para aquel momento, echando espuma por la boca lleno de hambre y de rabia. Imaginarse el rostro del viejo por un instante le hizo sonreír.

De cualquier forma, lo averiguaría. Lyon se dirigió a la cabaña y la bordeó despacio, intentaba escuchar cualquier ruido, pero no lo logró. La puerta delantera la había dejado con pasador Brodick, uno nuevo y de paso, se aseguró de meterle un seguro con barra de hierro, le pareció algo extremadamente extraño que no había podido observar desde lejos. Golpeó la puerta dándole unos toquitos apenas. Decidió darle vuelta de nuevo a la propiedad e intentó golpeando una de las ventanas cerradas de madera. Un ruido extraño se dejó distinguir en medio de la noche y le heló los huesos.

— ¿Nina? — de nuevo el ruido se incrementó, repitiéndose con cierta fuerza.

Lyon busco la puerta de atrás, comenzó a empujarla con el peso de su cuerpo hasta que cedió la madera ya vieja y desgastada y entró. Todo estaba en una terrible y profunda oscuridad, necesito de unos instantes para acostumbrarse a la penumbra, se frotó los ojos y respiró nervioso. Ella gimió y se dirigió a esa habitación, pero no veía nada. Las ventanas una a una cerradas como una amarga prisión, tropezó y le dio de lleno con la rodilla a la cama. Busco unas cerillas en el pantalón y encendió.

— ¡Nina!

Ella tenía los ojos bien abiertos y llenos de lágrimas, se debatía para poder zafarse. Lyon soltó la cerilla y palpó hasta encontrar la mordaza en su boca.

— ¡Detrás de ti! está la lamparilla, ¡date prisa por favor!

— ¿Qué demonios está pasando aquí, Nina? — preguntó con la misma angustia con la cual ella le había hablado

Encendió la lámpara y se fijó en su aspecto. La había atado cada miembro a los cuatro extremos de la cama, su cuerpo estaba casi desnudo.

— ¡Por todos los cielos Nina!

— ¡Desátame!, ¡desátame Lyon por favor!, ya va a venir... ¡Está loco! date prisa, ¡oh Dios! No lo puedo creer, Brodick, mi hermano... oh Dios, oh Dios, está loco... él...

El sollozo y el agotamiento la silenciaron.

— Ya está, estarás bien— dijo soltándole las piernas con la navaja que le acompañaba, luego saltó al otro extremo y le liberó las muñecas heridas. — está enfermo, es un enfermo sexual. ¡Cielo santo Nina! — Estaban tan fuertes los amarres con aquella cuerda vieja y sucia, que le cortaba la circulación de sus brazos.

Cuando quedó completamente libre, ella le rodeó el cuello y se echó a llorar. Pero el instinto de él le gritaba que se encontraban en peligro aún. Debían salir de allí a como dé lugar.

— ¿Puedes caminar?

— Sí, creo que sí. — Lo miró a los ojos azules con tristeza— Lyon, siempre pensé que habías sido tú, pero no fue así, ¿no es cierto?

— No Nina, no fui yo, sería incapaz de matar a tu yegua, ni a ningún otro animal. Y mucho menos lo haría para lastimarte, ¡joder! si más bien me estaba volviendo loco, ciego y estúpido por ti, porque te amo de verdad, sino ¿Por qué rayos te he seguido hasta aquí?, ¿me crees verdad?

— Desde luego que te creo, yo no fui justa tampoco contigo, no te di la oportunidad de que me demostraras que... oh Dios, Dios ¿Cómo pude ser tan cabezota y estúpida?

— Shh, cálmate. — Le dio un rápido beso en los labios y ella por un segundo sintió felicidad de que estuviera con ella, le necesitaba— Necesitamos irnos de esta maldita y loca casa-prisión y luego hablaremos todo lo que tú quieras. — ella asintió y se quejó cuando bajó las piernas de la cama.

— Sácame de aquí Lyon. Él dijo que volvería o eso creo.

— ¿Tu ropa...? — ella negó con la cabeza y se encogió de hombros.

Lyon se despojó de su chaqueta y la envolvió con ella. La sujetaba por la cintura mientras caminaba con dificultad.

— ¿Qué demonios te hizo?

— Estábamos hablando de lo más tranquilos, un poco del pasado, de esto y aquello y comenzó a comportarse extraño, de pronto me besó, como un hombre besa a una mujer, no como mi hermano y bueno, sé que suena estúpido, pero no me lo esperaba de él — le miró con mucha seriedad, aquello le dolía en el fondo de su alma. — me dijo que me daría otro regalo y en ese momento supe que me estaba distraendo, porque... él me pasó la mano por los senos y esa fue mi distracción, unos segundos para que él sacara de algún lado una inyección y me sedara. ¡Brodick me drogo, Lyon! Fue... espantoso.

— Lo sé, lo sé, pero todo ha acabado ahora Nina. — le dijo en tono bajo mientras se dirigían a la puerta de atrás.

Ella se paralizó un instante vacilante en el umbral y lo miró.

— ¿Escuchaste eso? — Lyon negó y le alentó a seguir.

Brodick a lo lejos observó el resquicio de luz en medio de las tablas de la vieja casa, y decidió bajar antes del caballo. Recorrió un tramo de pocos metros hasta allá, necesitaba saber si ella estaba sola. De por sí estaba seguro de que no lo estaba, porque nunca se habría ella desatado, bajado sola de la cama y encendido la lámpara, pensarlo era una estupidez lo sabía, se golpeó la frente y se reprendió por pensar así, no lo hacía correctamente algunas veces. Era un nuevo intruso si, y ya se las pagaría, se las pagarían los dos porque ella de esa casa y de su vida saldría únicamente muerta. La rabia comenzó a brotar en su pecho y apretó la mano alrededor del arma que había desenfundado, bordeó con mucho sigilo...

Ya había pensado en él, desde luego. Siempre el mal nacido de McKinnon pero ella... ella jugaba en ese momento con su paciencia, estaba lista para abandonarlo con él... y se interpuso entre él y su pistola.

— ¡Déjalo Brodick por favor! — gritó ella al verlo.

— Apártate Nina — le ordenó con voz baja y peligrosa, sin mirarle a la cara, lo miraba a él. Mataría de una vez por todas al mal nacido. — caminen los dos hacia atrás o no respondo de a quien le dé, lo dejaría a la suerte esta vez, no me importaría en realidad. ¿Quieres que la mate aquí McKinnon, frente a tus narices?

Lyon sujetó a Nina por el brazo echándola hacia atrás. Los ojos de él no mostraban la mirada habitual, la que él conociera. Hablaba en serio esta vez, y por todo lo que había sido capaz de hacer no dudaría de su pulso ni un minuto. Tenía una mirada asesina, llena de odio, rencor, una expresión enfermiza.

— Nina... no permitiré que te lastime. — Brodick rio ante la absurda promesa de Lyon.

Al pasar frente a la habitación, Brodick recogió la lámpara que permanecía encendida, iba a sus espaldas y apuntándoles mientras pensaba en la manera de

deshacerse del problema con rapidez. Quería disfrutar de la noche, había soñado con eso toda la tarde y ese malnacido intentaba arruinar sus planes. Al llegar a la sala, le golpeó la cabeza con el arma con brutalidad, hasta dejarlo inconsciente tirado de largo a largo en el piso.

¡Más fácil que quitarle un dulce a un bebe!

Nina gritó y se arrodilló a su lado de inmediato. Le palpó la cabeza que le sangraba a un lado. Brodick se dispuso entonces a encender la otra lámpara y luego el fuego del hogar, con una tranquilidad que helaba los huesos, como si nada estuviese pasando allí o por lo menos nada fuera de lo común. Sabía que ella no se movería del lado de él. Su alma caritativa y sus arraigados falsos principios, no le permitirían abandonarlo a la mala suerte de caer en manos de Brodick. Meditó mientras pensaba en que tenía más trabajo del que deseara por esa noche.

— ¿Por una vez en la vida, no puedes hacer lo que te digo, Nina?, soy tu hermano debes de obedecerme, me perteneces ahora y tenía buenos planes esta noche para nosotros, sí. — le lanzó una mirada perturbadora y ella agachó el rostro en la espalda de Lyon. No quería verlo. — ahora tengo que encargarme de arreglar la maldita puerta de atrás, también tengo que encargarme de él.

— ¡No Brodick!, prométeme que no le harás daño por favor. — le suplicó.

— En realidad, ¿te preocupa, Nina? — arrojó un leño al fuego y las llamas surgieron iluminando más el cuerpo inerte de McKinnon y el resto de la vieja habitación. Los ojos de él estaban enrojecidos por la ira que sentía en ese preciso instante.

Se dirigió a ella sin vacilar y se acuclilló a su lado.

— No deberías preocuparte por él Nina, ¿recuerdas lo que te hizo? ¿Recuerdas que intentó violarte en el establo? — como ella no le respondió Brodick le sujetó por el cabello y la obligó a mirarle a la cara — ¿comprendes?

— Si... — susurro y apretó sus labios con fuerza. Aquel no era su dulce Brodick. Estaba aterrada y le molestaba que él lo supiera. Una lagrima rodó por su mejilla de nuevo.

— No quiero que pienses en él como lo haces. El escogió su destino Nina, así como nosotros hemos escogido nuestros destinos juntos, ¿no es así? — ella asintió y el conforme le soltó y sonrió. — Bien. Has hecho entonces una buena elección. Verás, deja que me ocupe de todo y luego hablaremos a solas, querida, no me gustaría hacerme a la idea de que tengo de nuevo que drogarte, para que te tranquilices y me dejes trabajar en paz.

Se levantó y ella le siguió con la mirada cada movimiento. Él estaba buscando algo y Nina movió el cuerpo de Lyon mientras Brodick estaba de espaldas a ellos, le susurró al oído que despertara, pero no reaccionaba, le colocó los dedos sobre el cuello para verificar si mantenía el pulso regular. Por lo menos respiraba se dijo, pero necesitaba sacarlo de allí, ¡oh Dios!, ¿qué podría ella hacer en ese momento?, estaba

desde todos los puntos de vista, en desventaja. Se sentía sola y el miedo y la confusión no la dejaban pensar con claridad. No podía únicamente arrastrarlo hasta la puerta. Brodick era mucho más corpulento que el mismo Lyon, tenía incluso más fuerza que él, producto del arduo trabajo con los animales y las tierras desde muy niño, se mantenía en buena forma, y, sobre todo, él conocía perfectamente como pensaba ella. De seguro estaría preparado para cualquiera de sus ocurrencias, un encuentro cuerpo a cuerpo sería del todo estúpido y dejaría resultados innecesarios en su contra. Ya había sopesado además la idea de salir de allí corriendo y dejar a McKinnon mientras encontraba ayuda, pero lo mataría sin titubear si quiera, lo veía en su mirada.

El ruido de la silla la hizo saltar. Brodick en dos zancadas había ganado el cuerpo inerte de Lyon y lo levantó hasta dejarle postrado al asiento. Luego pasó sus brazos a sus espaldas y los amarró tras el espaldar de la misma con una delgada cuerda, lo mismo hizo en sus tobillos, era la misma con que él la amarrara horas atrás. Le rompió su camisa y sacó un girón de tela que le sirvió para amordazarlo también. La chica se mantuvo de rodillas en el suelo observando horrorizada. Ella buscaba algo a su alrededor para atacarle y poder escapar, pero incluso su arma la mantenía en el cinto, tal vez si...

— Pronto despertará Nina, te permitiré con él un par de minutos para que se digan adiós, ¿me has entendido?

— ¿Por qué haces esto Brodick? ¡Puedes tenerme aquí!, — dijo intentando que no temblara la voz— estoy aquí contigo, no hay necesidad de que lo lastimes a él. Yo no me iré de tu lado, ¿recuerdas?, pero déjalo vivir... por favor Lyon, no te ha hecho nada malo.

— ¿Te parezco acaso estúpido? — Le gritó de pronto con el rostro encolerizado — si le dejo vivir es mi perdición, y no iré a la cárcel, no por ese maldito gusano, Nina. No haré ningún trueque contigo, por si no te has dado por enterada, ya estás aquí, y no puedes hacer un cuerno para cambiar el hecho. Y sí, él maldito ha hecho algo, ha puesto sus manos en ti, los ojos en ti y se ha atrevido a intentar apartarte de mi lado, eso es imperdonable.

Ella negó con la cabeza.

— Yo hablaré con él Brodick, lo prometo. Lyon no te denunciará y todos estaremos bien, tú y yo seguiremos juntos aquí... como habías planeado y...

— ¡Cállate! — le rugió y se acercó a ella con los puños— No creas ni por un maldito minuto que no te conozco. Se lo inteligente que eres y también sé que estas acostumbrada a mantener sobre todos nosotros el maldito control, sólo por abrir tu maldita boca y darnos la limosna de palabras tiernas y dulces, pero eso ya se terminó Nina. Si lo entiendes perfecto, sino me encargaré de ti también. No intentes nada para cambiar su destino o el tuyo, te lo advierto.

Se pasó la mano por su cabeza, tenía que pensar. Se golpeaba las sienes, y caminaba en círculos visiblemente alterado y ofuscado. Estaba ya desesperado, las

cosas se le podían escapar peligrosamente de las manos y no lo permitiría.

— ¿Es que no lo entiendes, Nina?, no quiero lastimarte a ti también... — se dejó caer a su lado y la abrazó fuerte. Ella abrió los ojos como platos, no quería que la tocara siquiera y mucho menos sería capaz de devolver aquel abrazo.

— Yo no tuve la culpa, ¿sabes?, yo no los maté fue padre, pero... él dijo que había sido yo, ¡pero yo no estoy loco!, no lo estoy... yo sé bien que él fue él quien tiró del gatillo y después preparó todo, sí. Hizo todo cuanto pudo para que yo limpiara la escena, y se creyera que él había matado a su esposa primero.

El cuerpo de Nina se puso más rígido y se echó un poco hacia atrás, necesitaba verle la cara.

— ¿De qué me estás hablando, Brodick?

Este sacó el arma y la empuñó vacilante delante de ella. Sonrió perturbado y de pronto el frío hierro tocó la frente de la chica.

— ¡Boom! ¡Boom!— Se echó a reír con sorna— Yo no les disparé a tus padres, pero fue él, fue Bruce, quien lo hizo. —el escalofrió que le recorrió por la espalda se expandía por todo su cuerpo ahora. Deseaba correr y gritar muy lejos de allí, se sentía al borde de sufrir una crisis nerviosa, lo más difícil era ocultarlo de Brodick.

Pensó en Alec, ¿acaso no la extrañaría ni un segundo en casa, como para no salir a buscarla?, desesperadamente necesitaba creer en que él la encontraría. El arma bailaba delante de sus ojos de un lado al otro, no tenía seguro puesto, ¡Oh Dios!, pensó de pronto un poco más aterrada.

—...Él no les permitiría al final de cuentas vivir. — Continuó. — La venganza entonces no sería completa, ¿sabes?, no le bastaba con quitarle a sus dos hijas no. Yo pensaba que eso sería suficiente, pero no. Nunca estuvo de acuerdo conmigo. Decía que yo debía aprender de él y dejar de ser un ser tan inútil. Así que... tu padre no mató a tu madre ni se suicidó, pero ya es tarde para reconciliaciones ¿verdad?

— ¿D... Dos hijas?, no comprendo... está Willa y ella siempre estuvo con ellos, y yo, que estuve siempre con ustedes ¿no es así? — él le acarició la mejilla con el hierro frío y meneó la cabeza con aquellos ojos que antes le parecieran bonitos pero que ahora se mostraban fuera de órbita, la mirada que tenían en ellos no era nada normal.

— No, es la parte de la historia que no conoces. Cuando naciste ustedes eran tres. Tres niñas, todas iguales, todas pelirrojas y eso selló el maldito destino de esta familia. Tu madre había deshonrado a mi padre, eso lo sabes, pero el parto fue difícil y cuando la comadrona le informó que había tocado dos cabezas más después de que saliera tu hermana, él le ordenó que le entregara a la criatura y no dijera nada o la mataría, la mujer obedeció y envolvió a la recién nacida en un tartán para entregársela. Desde luego, tu madre nunca lo supo, casi muere en ese parto, fue unos segundos donde perdió la conciencia y él... buscó a alguien entre sus amigos, y le pagó una buena suma para que se la llevara y la regalara muy lejos de allí, esa es la

verdad Nina.

— Trillizas...— una lagrima calló despacio y luego otra. Tenía el corazón destrozado en ese momento, ¿Cómo pudo hacerlo Bruce? ¿Cómo pudo...?

— Si te sirve de consuelo, mi madre que era una puta fue quien se le metió a la cama a Bruce y destrozó su matrimonio en realidad. Pero tu mamá era una buena mujer, lo sé, aunque Bruce te haya dicho lo contrario durante todos estos años. Su pecado fue otro y pagó su error durante toda su vida. ¡Ni siquiera supo que había parido trillizas!

— ¿Por qué... nunca me lo dijiste? — Le miró con mucho dolor entonces— ¿Sabes acaso cuanto te he querido Brodick?, ¿Por qué rayos lo permitiste, lo ayudaste para que asesinara a sangre fría a mis padres? Tú no eres un asesino, lo sé. Tienes un corazón dulce y tierno y sé que me amas también. ¿Y dónde está esa niña ahora?

— Tú no lo comprendes Nina. — él bajó su rostro y apoyó a su lado en el suelo el arma. Nina la miró de reojo cuando la dejó allí abandonada. Brodick hundió su rostro en las manos desesperado. — No podía decírtelo, nunca... pero ahora que eres libre y estaremos juntos, te mereces saber la verdad. Padre me hubiera entonces matado, ¿Te acuerdas cuando nos encerraba en el sótano y nos dejaba allí sin comida por dos o tres días?, teníamos que aprender la lección, pero cuando me tocaba estar allí sólo, el castigo era mucho peor para mí, tú nunca lo supiste, ¿no es cierto?

Lyon llevaba algunos minutos consiente escuchando aquella horrible historia. El caso era que intentaba desesperadamente zafarse las manos, la cuerda era débil y delgada y la frotaba contra la madera, quizás necesitaría unos minutos más para lograrlo y debía mantener los ojos cerrados para no despertar ninguna sospecha con aquel sujeto desquiciado y enfermo, era capaz de matarlos a ambos allí y a sangre fría.

— No, no lo sabía, lo siento Brodick — ella buscó de respirar en esta oportunidad un poco más lento y profundo. Necesitaba encontrar la manera de transmitirle más confianza por medio de sus palabras. — dime, ¿Dónde está ella, la otra niña?

— Yo no la conozco. Pero un día padre le otorgó la tarea a Douglas para que la buscara. La bastarda creció en una casa de millonarios ingleses, está bien, y fuera del alcance de la mano de Bruce, si eso te tranquiliza.

— ¿Alec... lo sabía?

Él levantó la mirada cínica hasta sus ojos y le sonrió.

— Ah... ¿quieres saber si tu amado Alec te lo ocultó?, está bien, creo que tienes todo el derecho de saberlo. Alec conoce toda la historia desde luego, ¿Qué te hace pensar que por pasarse un buen rato contigo en el río te lo contaría todo? — Soltó una ruín carcajada cuando vio la expresión de sorpresa de la chica— es cierto, es mi hermano también, no lo olvides... te engaño.

—... él formaba parte de la venganza. La bastarda debía entonces pagar la deuda. Alec sólo tenía que ir a buscarla con el pretexto de casarse con ella, pero no, nunca

padre permitiría que ni a ella ni a ti le diéramos nuestro apellido, eso sería una ofensa para los Buchanan. En realidad, Willa iba a ser otra... Nina nada más. La utilizaríamos a/y por placer, nos la turnaríamos cada día, cada noche. Por cierto, déjame recordarte querida de algo que casi se me pasaba por alto y es en sí muy importante... ¡ahora ha llegado mi turno! — de nuevo se echó a reír con ganas. Nina luego de escuchar todo eso estaba a punto de vomitar y desmayarse allí mismo, pero primero lloraría por lo que Alec le había hecho, ¿cómo había sido capaz... y que clase de personas eran?

—...y también nos lavaría, nos serviría y serian nuestras más valiosas putas, — continuó con el mismo buen humor— para nuestra satisfacción el resto de sus inútiles vidas. En realidad, lo siento Nina...

Él le sujetó la barbilla a ella para levantarle el rostro, pero ella le dio un manotazo y se la apartó. El carcajeó con ganas y le echó un vistazo a McKinnon. El maldito aún permanecía inconsciente, eso le quitaba diversión al asunto.

Nina adivinó sus pensamientos y le sujetó la mano cuando iba a levantarse.

— Quiero agua... por favor. — Brodick la examinó con cautela.

El agua era una de las cosas que la cabaña aún no tenía. Había que buscarla al río, a unos cincuenta metros cuanto menos. Brodick se frotó los ojos con el índice y el pulgar un par de segundos pensando en que no debería perder el control, o por lo menos no todo. Sonrió.

Introdujo su mano con rapidez bajo la chaqueta y le apretó un seno. Ella chilló.

— No es recomendable que tienes la paciencia que tengo contigo. — luego la empujó con fuerza hasta que golpeó la cabeza contra el piso y Nina comenzó de nuevo a llorar, aquellas pesadillas no eran de las que terminaran tan fácilmente, se dijo.

Pero de pronto sus ojos encontraron el arma olvidada en el suelo y ella miró a Brodick al frente. Estaba de espaldas a ella. Nina alargó su brazo y la tomó y escondió detrás de su cuerpo. Necesitaba pensar en un plan, ella no sabía disparar, ¡oh Dios! Era una inútil, pero tendría que cambiar en ese mismo momento.

Cuando él llegó frente a McKinnon, lo agarró del cabello y tiró de él hacia atrás.

— Despierta — le canturreó. Le dio entonces algunos toques en la cara. — ¡necesito distracción joder!

— Tal vez yo te pueda dar un poco — le dijo ella desde atrás intentando darse valor.

Cuando Brodick se giró para mirarla, puso los brazos en jarras y se echó a reír con ganas.

— Suelta el arma preciosa, sabes que no le darías ni a un caballo, aunque lo tuvieras de frente, podrías incluso darle a tu amigo por equivocación, y sé que eso no es lo que quieres ¿o sí? Además — dijo cambiando su expresión a la que usaba con

ella en un pasado. El arma la sentía pesada y a Nina le temblaban las manos sumida en un manojo de nervios— no quieres en realidad lastimarme, no a tu Brodick, soy tu hermano cariño...

El caminó hacia ella porque estaba seguro de que no dispararía. Nina apretó el gatillo, pero apenas le rozó el hombro y terminó la bala en la pared de madera. Eso lo detuvo un instante, luego se le abalanzó con furia y la cago con el puño. El arma se disparó cayéndosele de las manos a un lado y ella aterrizando del otro. Pero Brodick no contaba con que Lyon lo asaltara por la espalda en ese instante.

Los dos hombres rodaron por el suelo ante el desafío, se gritaban mientras los puños salían al aire y producían el sonido al chocar en algún lugar del cuerpo, convirtiéndose en un ataque lleno de furia y salvaje para los ojos aturridos de la chica. Nina sintió aquel golpe de manera atroz, no podía incluso mover su mandíbula. Intentó por todos los medios posibles incorporarse, y se arrastró, queriendo ganar el tiempo y la distancia hacia el arma que brillaba a la luz del fuego de la chimenea, pero que se mantenía fuera de su alcance.

En medio de la furia, Brodick todavía en el suelo, logró apartarse un segundo a Lyon y le golpeó de nuevo la cara. Lanzo una mirada lisa a su alrededor buscando el arma también, lo mismo que ella y ambos se miraron automáticamente en suspenso unos segundos. Él se lanzó a por ella primero pero ya Lyon lo había sujetado por el otro brazo restándole movilidad y todo fue muy rápido. Brodick alcanzo el arma y cuatro manos forcejeaban entonces, pero luego se disparó, una vez y otra, Nina gritó cuando la sangre se derramaba y no sabía precisar de quien era en realidad. Los dos permanecían con la misma expresión en su cara que conservaran segundos antes.

Lyon fue el primero en moverse y se apartó a Brodick echándolo a un lado. Nina entonces pudo ver la sangre en el estómago de Brodick. De inmediato junto las fuerzas necesarias y como pudo llegó hasta McKinnon

— ¡Lyon!, ¿estás bien?, ¡oh Dios!, gracias a Dios que estas bien. — él negó un poco con la cabeza, exhausto, pero al verla y saber que todo había pasado le dedicó una sonrisa.

— Estaré mejor, pero por ahora, me temo que también él me ha dado a mí, Nina.

Ella siguió su mirada hasta su muslo herido, luego observó al que ella pensó que sería su hermano por mérito, aunque no de sangre si por crianza y amor. Sabía que el dolor de su traición no pasaría, de todo lo que él le había dicho y hecho, tampoco se olvidaba del plan de ellos incluyendo a Alec, sin embargo, en algún momento tal vez las heridas sanarían y sería entonces capaz de ver las cosas con mayor claridad...

— Debemos irnos Lyon, ¿puedes, aunque sea ponerte de pie? — él asistió y se apoyó de ella.

— ¡Por todos los malditos infiernos, como duele esta mierda! — ella se echó a reír un poco por como lo dijo, y muy a pesar de que sabía que era su costumbre para levantarle el ánimo muchas veces y darle las fuerzas que necesitaba.

Lo sujetó fuerte por su cintura, y él pasó su brazo por encima de sus hombros para caminar hacia la salida de aquella casa que nunca olvidaría, y aunque sintió un poco de curiosidad de ver por encima del hombro, no lo hizo, no quería llevarse esa imagen con ella los días siguientes, con saberlo ya era muy duro y más que suficiente. Brodick al igual que ella habían decidido su destino, y resultaba irónico meditó un instante, al repetir en su mente las palabras que él dijera con unas horas de anterioridad.

El cuerpo inerte y sin vida de Brodick, permaneció mirando hacia el techo que él mismo había remplazado días atrás, en medio de un charco de sangre.

Capítulo 10

Lyon McKinnon había ganado esta vez.

Por primera vez en su vida tenía que ser el paciente en vez del médico, pero la situación a la final no resultó ser tan desagradable como lo esperaba. El asunto se resumió a la extracción de la bala, la ingesta adecuada de los medicamentos, y la atención personalizada de una bonita enfermera en el hospital de su localidad, afortunadamente el tiro no le dio a la arteria Femoral ni halló ningún lugar importante, en algún instante sintió miedo de quedar en malas condiciones, pero no fue así, fue una suerte se dijo mientras cerraba el periódico y lo dejaba a un lado. Nina, se había mantenido con él todos esos días, fiel al pie de su cama, al igual que el día que se enteró de que aquel viejo loco de Bruce Buchanan, al ver llegar varias patrullas de la policía a su propiedad, decidiera que lo mejor sería volarse la maldita tapa de los sesos con su rifle Winchester. Fue todo un suceso en los diarios locales y ella no comentó nada al respecto, tampoco hacía falta que lo hiciera con él, ya que él no pecaba de ignorante a lo que ella sentía en realidad, desde luego conocía todos los hechos y lo mucho que había sufrido. Alec ni siquiera intentó conversar con ella luego de eso, no la buscó, en el fondo se imaginaba lo muy mal que la estaba pasando en su interior. Lyon suspiró y se quejó cuando intento cambiar de posición.

Ella le confesó toda la verdad sobre ellos lo cual fue un golpe bajo, sin embargo, lo aceptó como parte de los sucesos trágicos de esa familia y el poder y la manipulación que ejercieron sobre ella. Él no la amaba por un pedazo de piel que a la final iba derecho al botadero, la pureza de Nina radicaba en lo que ella era, en como pensaba y en su inmenso corazón, sin embargo, estaba al tanto de que ella necesitaría tiempo, se lo había pedido así por lo que, si Lyon debía esperar por ella un tiempo más, asimismo lo haría. La puerta de la habitación se abrió dando paso a la linda enfermera de cabello corto y rubio, tenía los ojos de un tono gris poco común pero bonitos al fin. Le traía de nuevo su tratamiento, y de nuevo sentiría la aguja en su piel, subió los ojos al cielo cansado, ya había perdido la cuenta así que se preparó

resignado y ella sonrió.

— Ya le faltan pocos días señor McKinnon, sé que estar en un hospital no es lo más idóneo para las personas, pero... — se detuvo mientras extraía la cantidad necesaria en la jeringa y sacaba un algodón preparando la zona con destreza y rapidez. — sólo será un pinchazo y no lo sentirá, ya lo verá.

— Si, ya lo sé, y eso justamente es lo que me preocupa. — respiró profundo y ella de nuevo sonrió cuando él tembló un poco y el líquido pasó. La mujer era realmente hábil y rápida, eso no había que cuestionarlo jamás, Lyon sonrió, tal vez si le gustara trabajar con animales...

— Ojalá todos los pacientes fueran como usted. Creo que eso se debe a que usted también es un médico, claro no es lo mismo animales a personas, pero ya conoce todo el proceso y hace de mucha ayuda. Pero algunos no se quedan tan tranquilos, se lo aseguro.

— ¡Esperé! — la detuvo cuando se daba la media vuelta para alcanzar la salida. — ¿por casualidad ha visto usted a mi acompañante?

— Hmm déjeme ver... — subió los ojos grises al techo mientras recordaba. — ah sí, desde luego. Se encuentra en sala de espera con unas personas que han venido a verle, al parecer vienen desde muy lejos por lo que pude escuchar cuando pasé a su lado.

El asintió y se relajó en la cama.

— Muchas gracias por la información.

— De nada, ¿quiere que le dé algún recado cuando salga?

— No, no se preocupe, yo la esperaré aquí. De hecho — le sonrió a la dulce enfermera— creo que no podré irme a ningún lado esta vez.

— Otra agradable noticia— rio entre dientes— si necesita alguna cosa sólo hágamelo saber. Dentro de un rato volveré a venir para la hora de la cena.

Una hora después, Nina entró a la habitación y se sentó al borde de su cama con cuidado. Lyon parecía dormir, su semblante se mantenía relajado e irradiaba cierta paz y casi estuvo dispuesta a envidiársela en un santiamén. Ella acomodó un poco su sábana antes de ir por algo que leer mientras se despertaba.

— Pensé que no llegarías. — sonrió y abrió los ojos para mirarla.

— Estuve ocupada. — confesó mientras sujetaba su mano fuerte entre las suyas.

— La enfermera me dijo que habían venido a verte unas personas, ¿Quiénes eran?, si se puede saber — preguntó con interés.

— Incluso si te lo dijera no me lo creerías— le sonrió con una alegría que no llegó hasta sus ojos verdes, luego de una pausa que consideró conveniente para convencerse de que en realidad había ocurrido, le dijo casi de manera casual. —

conocí a mis hermanos, bueno en realidad sólo a dos de ellos.

Él buscó de sentarse con mucha calma, Nina le acomodó entonces las almohadas en su espalda y le acarició la mejilla con ternura.

— Dime que, y como llegaron aquí, no comprendo.

— Bueno, Ian Kinnaird traía a Caroline o... a Willa — ella sonrió — él le dice Willa, pero su amigo el señor que es americano le gusta más llamarla por su otro nombre, a la final me pareció muy gracioso. Uno la llamó Willa otro Caroline y ella soltó una carcajada al ver que yo no les acertaba la gracia. En fin, Ian los trajo a Escocia porque necesitaban saber sobre el paradero de sus tíos porque al parecer quieren llevárselos consigo a América por un tiempo, pero creo que Alec también me mintió respecto de su paradero y de lo que había hecho con ellos... no los encontraron por ningún lado, incluso Anselan nunca apareció y mientras más pienso en el asunto, menos comprendo y más logro a asustarme Lyon. No sé si los mataría al final, hace más de dos meses que no he visto a ninguno de los secuaces que acostumbraban a estar con Alec y acompañarlo en sus estúpidas reuniones o los caprichos del viejo. Como sea, esto me parece que se complica cada día más.

— ¿Y porque ellos no le han buscado todavía?, lo más lógico es que Alec les dé su paradero o una respuesta.

— Lo sé. Pero él no aparece Lyon. Llevan dos días buscándolo y nadie sabe de Alec. El primer lugar donde buscaron fue en la casa, pero ni siquiera están los animales, parece que los vendió o los ha soltado, no lo sé, no están los caballos, las reses tampoco están pastando, los vecinos cercanos no saben que ha ocurrido y nadie vio nada. Al parecer se lo ha tragado la tierra.

— No me agrada lo que voy a decirte, pero ¡joder! ... creo que un hermano tras las rejas, un padre que decidió que la mejor salida era el suicidio y un hermano muerto y por los motivos, razones y actos que lo llevaron a ese desenlace, eso es un golpe duro para cualquier hombre. — le apretó la mano para confortarla. — si estuviera en su lugar, por muchas razones lo vendería todo y me desaparecería del mapa de ser posible para comenzar otra vida mejor. Lo malo de todo esto es que no se sabe lo que ocurrió con tus tíos, o bueno, con los de ella o como rayos quieras aceptarlos tú de ahora en adelante en tu vida.

— No sé si fue capaz de matarlos a ellos, pero no quiero que me importe tampoco — le dedicó una mirada vacía y recostó la cabeza en su pecho — han sido muchas cosas y no quiero seguir pensando en nada. Me quiero ir lejos de aquí. No quisiera sonar egoísta, pero, yo no los puedo considerar todavía mi familia y se los dije, fui muy sincera con Willa. Así que no permitiré que me duela y no puedo preocuparme más por todo el asunto. Lo que sabía se los dije y el caso está en manos ahora de la policía, entonces que sean ellos quienes los busquen y también a Alec.

—...Zanjando el tema, me comentaron también sobre la otra, ya sabes... la bailarina. Creen que lo más recomendable es mantener las cosas tal y como están, no abrirle los sentidos a una verdad que la volvería loca, destruiría su mundo por

completo y que además causaría más daño que beneficio en esa familia. — ella suspiró con una expresión de cansancio. — es complicado Lyon, pero tienen razón. Por lo menos una de las tres se salvó de la tragedia, y si se puede dejar que las cosas en la vida de Katerina continúen así, mucho mejor. Tal vez algún día pueda conocerla, o tal vez lleguemos a ver alguna de sus presentaciones, eso sería fabuloso, no me la imagino tal y como Willa me contó hace un rato. Dice que baila como los dioses, que transmite mucho sentimiento y que al parecer y según las noticias de arte y entretenimiento, ella y el otro primer bailarín, tienen su historia juntos, y ya se comenta de un posible matrimonio entre las familias.

Él suspiró y miró hacia el techo raso.

— Tiene algo de juicio, dejar todo como está quizás podría ser beneficioso, aunque parezca una traición desde un punto de vista menos práctico. Saberlo no les va a hacer ningún favor a ustedes, porque si no me equivoco, ella se crío con otra manera de pensar, es inglesa no lo olvides, tiene otra posición económica, posiblemente y como primera instancia, el rechazo se levante como un muro entre ustedes tres o cuatro con Ian, ¿lo has pensado?, eso se convierte automáticamente en un golpe bajo y no lo merecen. Por un tubo que necesitará proteger su vida privada de los curiosos, la mala publicidad en medio de su carrera la consternaría y la pondría en medio de cotilleos y mucho riesgo. ¿Mi pensamiento es errado acaso? — ella negó con la cabeza.

— ¿Qué te parecieron?, — continuó— digo, ¿cómo es Willa y los demás?, me hubiera gustado estar allí en ese momento, no me lo imagino.

— Ella y yo... es difícil explicar. Desde luego habla gaélico como nosotros, nació aquí, sería estúpido decir lo contrario, tiene nuestra manera de hablar, de comportarse de vestir. Estuvo siempre tan cerca y a la vez tan lejos de mi vida. Fue difícil conocerla en este momento, fue una sorpresa, porque mi vida está de reveses justo ahora. En su manera de ser es segura de sí misma, parece que tiene mucho carácter y físicamente somos idénticas, hasta el largo del cabello lo tiene igual, dirás que estoy loca, pero juraría que es como si compartiéramos los mismos gustos, ¿sabes?

— Entonces nunca me la presentes...— él sonrió.

— ¡Tonto! — le dijo cuándo cayó en cuenta y le pellizcó levemente el brazo. — no la dejaría.

— ¿En serio que no? — ella levantó la cabeza y miró a sus ojos.

— No. No podría darle semejante castigo. — ambos rieron y él le besó en la frente.

— No espero nunca que lo hagas y gracias, por no haberte alejado de mí estos días.

— Te aseguré que tu madre no piensa lo mismo. En fin... — Lyon iba a replicarle y ella con un dedo lo silenció y le dibujó una sonrisa— mejor no hablemos sobre ella y ponme atención un momento, ¿quieres? Quería decirte que Willa está próxima a

casarse con el americano. Me habló de su boda en los próximos días y me preguntó si...

— Quiere que te vayas con ella, ¿no es cierto? — le atajó de pronto y ella asintió con rapidez.

— No le dije que sí, quería conversarlo contigo primero. Me dijo algo como que deberíamos “cooperar” los tres un momento a solas, conocernos, compartir y esas cosas que hacen las chicas, ya sabes... creo que es algo rara.

— No, es humana Nina y quizás quiera recuperar algo de tiempo entre ustedes. Considero que es buena persona también. Me parece que sólo estas asustada, — gimió cuando se movió para sentarse — el aislamiento no es natural para ningún ser vivo, tampoco saludable y en este caso muy particular, lo aplico en ti. Debes darles una oportunidad, viviste un confinamiento toda tu vida, y ver que hay otras personas además de las que ya tú conoces, es algo que te acorrala, te enloquece, aunque no lo repares buscas estar sola. Esas personas como ellos, como yo y como muchos otros existimos, que de pronto sientan interés en hablarte, abrazarte, eso creo que te estrangula.

Nina soltó una carcajada.

— ¿Acaso te parezco una de tus yeguas para que me analices de ese modo? — sonreía y se le subió un poco el tono a las mejillas. — Es increíble cómo has llegado a conocerme Lyon. Algunas veces me provoca correr de ti, pero también sería perder un valioso tiempo cuando trabajas mejor que un agente especial, de hecho, estoy segura de que te equivocaste de profesión, serías grandioso créeme. Tú me encontraste y me salvaste, no lo olvidaré, sin embargo, no toleraré que me trates como la hermanita pequeña de Tarzán.

— Gracias por lo que me toca, pero... no trates de esquivar tu grado de responsabilidad en este asunto, ¿eh?, no es únicamente que les otorgues la oportunidad a ellos de acercarte y conocerte, es que permitas dártela a ti también, es si lo quieres ver de algún modo, míralo como un trueque saludable que te será de mucho beneficio para ti en un futuro. — le guiño un ojo con astucia, y decidió dejar el terreno abonado hasta allí. — Me ha picado la curiosidad por conocerla ¿Sabes?

— Ya la conocerás, dijo que mañana se pasaría a verte. Pero volviendo al tema, el viaje correría por su cuenta al igual que los gastos, pero no creo que sea buena idea... — observó su rostro serio y el entrecejo fruncido sin ocultar. La presionaba. — ¡no digo que no lo haré, Lyon!, sólo que no quiero ser una carga para ella cuando ni siquiera la conozco, ¿comprendes?, no ahora. Creo que será mejor esperar otra oportunidad, pero con mis propios recursos económicos, tengo que saber a partir de ahora que haré con mi vida, buscarme un lugar, como ganarme un espacio entre la gente, el sustento, esas cosas.

— Ven — le abrió los brazos y ella aceptó la invitación aliviada. — creo que es lo más sensato por los momentos, pero es tu decisión, ¿comprendes?, estos días yo también he aprendido una que otra lección desde que me fui de ese establo, ya

sabes... la tarde de mi loca, digamos ¿obsesión por ti?, y es que a partir de ahora respetaré todas y cada una de tus decisiones, mientras no sea por supuesto, actos excéntricos y desequilibrados que atenten contra nuestras vidas y te empujen a auto infringirte dolor,— rio de nuevo animándola— pero te prometo que yo estaré aquí para cuando regreses, y también te prometo que si no lo haces rápido yo iré tras de ti a buscarte, por los cabellos si es necesario.

Ella rio.

— ¿Serías capaz de buscarme a América, hombre de las cavernas? — él levantó su mano solemne.

— Lo juro. Hasta el último rincón del mundo yo iría por ti, con el fin de echarte el lazo, no lo olvides...

Epílogo

Aquellos que conocen los inviernos de esa tierra,
saben que son duros y violentos...

WILLIAM BRADFORD

Invierno: mucha nieve en este lado del continente americano, pero me gusta el cambio.

“Este es mi primer diario, por fin he podido sentarme a llevar un diario como cualquier chica normal, y lo acabo de comprar en una tienda grandiosa, con una hermosa pluma muy elegante y sofisticada, como lo son, todas las calles de esta atractiva ciudad. Llena de magia, colorido y vida, una ciudad donde se puede percibir claramente el espíritu de navidad que se mezcla en cada esquina, en cada una de las personas que se desplazan con pasó rápido, que desean llegar pronto a su destino cualquiera que sea, y, asimismo, bajo cada farol y en cada composición de alguna melodía que se escuche a lo lejos. Esto me recuerda que serán mis primeras navidades alegres y felices en familia, que abriremos pronto nuestros regalos bajo el inmenso árbol que hemos terminado de adornar Willa, Niccolai, Ian, Joseph, Samantha, Tom, y yo el día de ayer.

Estoy sentada contra todas sus protestas debido al clima, en un banco del Central Park luego de sacudir la nieve, mientras ellos terminan de realizar las compras tempestivas de último minuto. Hay una brillante alfombra blanca muy nívea por todas partes, el frío es intenso y los dientes me castañean ahora, pero el panorama es hermoso desde aquí, contemplando la maravillosa belleza natural, el blanco vistiendo los árboles y cada rincón donde yo detalle -aunque todavía no está nevando, se espera un poco más en horas de la noche- pero necesitaba un rato a solas y descansar mis pies y las piernas que permanecen hinchados. Hoy fue un día extenuante e increíble además, estuve admirando el diseño Neogótico de la Catedral de San Patricio, que es la catedral más grande de la ciudad y fue dedicada al santo patrón de Irlanda, me llevaron al Museo Metropolitano de Arte, también le he dedicado una rápida ojeada al Castillo Belvedere pero prometí regresar muy pronto, después Niccolai nos enganchó para ir a ver al Ángel de las aguas en La Fuente Bethesda, luego de contarme toda la historia y el gran significado para la ciudad, nos llevó a un buen restaurant para almorzar, y me prometió muchas tiendas de marcas. La Quinta Avenida es tan maravillosa como me había prometido y no me decepcionó al final de cuentas. Espero con ansias que llegue el verano porque es cuando nos llevará al festival teatral más importante de Central Park, en el Shakespeare in The Park, pero por ahora estoy aquí llenándome de toda la inspiración que me rodea, descansando un poco y deseando asimilar y absorberlo todo, para plasmar en estas páginas perfumadas mis memorias, y poder recordarlo más adelante.

Luego de aquella tragedia, todo cambio para mí y para bien, me siento orgullosa de todo lo que he conseguido. Gracias a Caroline Willa Kinnaird, escribo, leo y me he matriculado en enfermería, dentro de poco sé que me graduaré y es todo por mi empeño, pero sin su ayuda tal vez me hubiera tardado algo más.

Fue interesante conocerla, es una persona increíble al igual que mi medio hermano Ian, él es dulce y hábil en su trabajo, y ni siquiera lo pensó cuando ella le

dijo que la vida era muy corta, como para que permaneciéramos distanciados otros veinte años adicionales. Y aunque no llegué para la boda que llenó todas las páginas de sociales de todos los periódicos y revistas famosas, fue un evento mágico lleno de regalos exclusivos e inolvidables para ella, y lleno de muchas ocurrencias por parte de Niccolai Astor, pero los comentarios también me emocionaron mucho cuando me relató todo por carta. ¡Es sencillamente genial!, tener con quién armar planes a futuro próximo y cotilleos sanos, tener de vez en cuando a quien darle un abrazo y recibirlo, hacer barbacoas, cocinar juntas nuestros platillos de Escocia, tomar un vino, salir de compras y contarnos las cosas que hicimos desde que mantenemos memoria... incluso tenemos el gaélico, nuestro propio lenguaje privado que podemos utilizar en público muchas veces y pocos aquí nos comprenden, eso nos permite un grado más elevado de intimidad y acercamiento, pero retomando el tema... meses después conseguí en base a mi esfuerzo llegar hasta aquí, la verdad que las referencias por carta no le hicieron justicia a esa mansión. En este preciso instante, comienzo a sentirme segura de mí misma por primera vez en mucho tiempo, y debo dejar para más tarde mis anotaciones, porque todavía debo pasar por el supermercado que está cerca de aquí, y comprar lo que creo que me faltará para el postre de esta noche, y como aun no me he decidido qué preparar, cogeré algunas cosas variadas, por si cada dos minutos cambio de parecer en casa, pero antes necesito y quiero, recrearme un poco más y escribir sobre Lyon.

Mi corazón es complicado y a pesar del tiempo que le pedí a él, sigo sin comprender algunas cosas, como por ejemplo sé que lo amo, pero si todo terminará allí en esa frase estoy segura de que sería más fácil para mí. En todos estos meses Lyon ha venido un par de veces a la ciudad y se ha abierto camino por sí solo, montó su propio consultorio veterinario y su futuro cada vez resplandece mucho más simultáneamente con él. En este instante está en el estado de Florida con Mr. Laurent, un caballo que correrá en el Derby y lo ha mantenido en perfectas condiciones e inmejorable forma, además de que es considerado uno de los favoritos para esta temporada. He aprendido con él a apostar a ganador después de todo, pero como broma privada, mantenemos a Ian muy al margen de ese sano entretenimiento, por su bien, aunque lo peor ya lo pasó y el río finalmente volvió al cauce de su vida...

Lyon quiere que me sume a la juerga con él y me lo estoy pensando muy en serio y en grande, pero Florida no está digamos, a la vuelta de la esquina.

Sé que el amor de él me llena de gozo, él me ha aceptado tal como soy y por lo que soy, sin importar las amargas y dulces consecuencias que esto ha traído en el camino, y para mí eso vale mucho más que miles de piedras de diamantes y cualquier saco de oro al final de cualquier arcoíris. El amor de él me inspira, me anima a continuar, me recuerda que, aunque fracase puedo levantarme y sustituirlo por un triunfo nuevo cada día. Me reconforta, es delicado y pleno, también está lleno de excitación al extremo con sus ideas innovadoras, ocurrencias y retos, el amor de él es la alegría contagiosa, la seguridad y el balance en mi vida y una serie de factores poderosos, que unidos al hecho, de que no fue fácil verle la cara a la muerte, cuando

me encontré frente a frente con mi cruel destino y al borde de un precipicio, él fue quien me rescató y me salvó la vida, y lo hizo todo por mí, todo por amor, y me siento tan agradecida con Lyon en realidad, que sería incapaz de lastimar de nuevo su corazón. Sería perfectamente una estúpida si no lo aceptara de una vez por todas como esposa y eso es lo que precisamente me propongo a hacer en primavera, cuando el invierno pase, y el hielo que hoy cubre mi corazón haya cedido, espero rotundamente que así sea.

Lo amo, aunque la vida se ha encargado de que no pueda olvidarlo a él tampoco, a Alec, y creo que es porque no tuvimos un cierre, o porque la última vez que nos vimos tenía la certeza de que me amaba, lo vi en su mirada, en sus ojos, en nuestros momentos íntimos, sé de alguna extraña manera que lo que sentíamos era real, y luego de todo esto y a secas, me abandono. Para mí es complicado saber que él no sabe por lo que estoy pasando ahora, y sé que le correspondería saberlo, el caso es que no he sabido nada de él. Permanecen únicamente preguntas flotando entre los dos y que no llegan a responderse por sí solas, eso es lo peor.

Desde luego que sólo creer en la versión de Brodick sería lo más fácil pero la moneda siempre tiene dos caras, ¿o no?, lo que necesito saber es ¿Porque se fue?, ¿Por qué no regresó a mí, a darme una explicación?, ¿cuál fue su participación y que es lo que realmente sabía de todo?, ni siquiera apareció para defenderse ante mí, y me ha hecho sentir con ello tan poca cosa... en serio que después de lo que fuimos y que simplemente se alejara es un trago amargo, porque yo no hablo sólo de nuestros momentos como pareja nada más, siento y pienso sobre el estar siempre juntos, crecimos juntos y tuvimos nuestros buenos momentos, antes de que se convirtiera en un hombre manipulado por Bruce Buchanan, entonces es duro el engaño, la ausencia o la falta, no es algo sencillo digerirlo aún y me hace sentir la plena necesidad que tengo de olvidarlo, está muy claro que no me merece porque si no, no hubiera actuado de esta manera, que mi futuro no debe ser a su lado y que ha perdido todas y cada una de las oportunidades que podía tener hasta este momento, ¿o acaso podría ser de otra forma?

¿Pero cómo podría olvidarlo justo en este invierno?, ha sido muy poco tiempo, llanamente era algo de lo que también me estaba preparado, y debo decir que no lo olvido, pero necesito conseguirlo, y aunque no quiera mi corazón parece que está justo en donde comenzamos, en el principio de toda mi vida, y esto me debilita y me consume, su amor me consumía antes y me hacía sentir plena, me daba la certeza de que junto a él todo podía ser posible y maravilloso, fue él quien me hizo mujer, fue mi primer amor y aunque Alec nunca lo supo, yo ya le amaba en silencio, pero nunca me miró de esa manera y preferí callar. Y Lyon es completamente diferente, el representa la seguridad que sólo puede otorgar un corazón genuino. Es todo muy desequilibrado para comprender, pero los dos son muy desiguales.

Entonces me cuestiono, algunas veces me castigo por sentir lo que siento, por no darme por completo a quien realmente se merece todo mi corazón en una pieza y no por partes. ¿Eso me hace ser una mala mujer?, ¿quién entiende este corazón?, ¿acaso alguien, alguna otra mujer le ha tocado estar en mis zapatos?, ojalá lo

supiera, ojalá la conociera para que me enseñe a cómo salir de este rollo sin lastimar a nadie, a Lyon, no quiero lastimarlo jamás y aunque pueda ver a Alec en un futuro, debo reprimirme, debo alejarme con todas mis fuerzas de él y de lo que siento por él, así eso signifique sufrir de nuevo, pero necesito mantenernos a salvo, crear y refugiarme en una zona de seguridad donde pueda sentirme en paz, y no ser yo esta vez quien dañe lo más bonito que tengo en mi vida. Estoy segura tres cosas en este mismo instante: de que amo a Lyon, de que estoy segura de que a Alec también lo amo, y de que debo olvidar a Alec al final, y Willa únicamente se ríe y disfruta mi drama, porque dice que es algo extremadamente romántico, me dice que “todo pasará, lo prometo, ya lo verás...”, asimismo asegura que mi problema lo complican las hormonas, y probablemente tenga la razón. Es otra cosa difícil de exponer...

Lyon es pieza fundamental en esta historia y he aprendido que el amor verdadero nace con raíces sólidas y va construyendo poco a poco, con empeño y paciencia y mucho coraje, a su alrededor. El resultado es una gran arquitectura con diseño propio y muy sólido en acero, capaz de soportar las peores y duras pruebas en una pareja. Si, hoy puedo decir que su paciencia y amor van de la mano, que su corazón es más valioso que cualquier piedra preciosa, que tiene una resistencia casi inmortal, y que sin darse cuenta está preparándose para un futuro, en dado caso de que algún día el mundo para mí dé otra inesperada vuelta. Él es hábil, diestro y su valentía no conoce los límites, simplemente lo amo, no es una cuestión de sexo increíble en un futuro, aunque desde luego eso ayude un montón, en términos generales me gusta la pasión que ejerce en mi vida y lo posesivo que se mantiene, tampoco es un asunto de lucha de poderes, es el compartir, es la equivalencia, es la aceptación y el jamás echar la toalla a un lado. Somos como el ave Phenix actualmente, y los planes serán siempre avanzar por los que amamos, por nosotros mismos y el camino que juntos escogimos.

Aunque todo lo que he vivido me ha enseñado a que la venganza es un mal tema, es mala consejera y siempre traerá consigo una que otra desgracia a su paso, e indudablemente, desencadenará inalterables resultados, me pregunto algunas veces ¿de qué manera podría repetirse toda la historia de nuestras vidas? En realidad, me lo he tanteado un centenar, y ahora distingo que el destino tiene cierto humor negro que no se permite pasar desapercibido ante los ojos de nadie. Tal vez sea el ego u orgullo propiamente de él, que nos hace que nos atrape en su oleada de excelsitud e intolerancia, pero el resultado siempre será el equivalente a lo que se ha escrito, ahora lo puedo ver con claridad.

Quizás cambien esta vez el papel de los protagonistas, quizás los guiones no sean los mismos, pero siempre el destino estará allí presente, deslizándose silenciosamente mientras gana más territorio del que debería abarcar, conquistándose un espacio entre la piel de todos nosotros, sin importar si son los Buchanan o los Kinnaird a quienes en esta oportunidad le toque lanzar a los dados. Será entonces una cuestión de honor, de sangre, no porque sí o por capricho, sino porque, aunque no lo busquemos y no lo deseemos al final del camino siempre él nos encontrará, sino es por medio del amor, será por el odio y sino por nuestra propia venganza.”

Nina Kinnaird cerró su diario, lo dejaría para luego, para cuando llegara a su hogar provisional, y esto sólo hasta que Lyon terminara con la negociación de la propiedad en Florida y quizás entonces se decidiera ella a casarse. Sonrió y se levantó del banco de madera, se colgó el bolso en el hombro mientras aspiraba el aire frío que parecía colarse como vidrio molido hasta quebrantar sus huesos. Sujetó las bolsas con su nuevo vestuario, y con la otra mano acarició su voluminoso vientre. Pronto nacería su pequeño, y ya lo esperaba con ansias, aguardaba desesperadamente que fuera una niña, pero si no, bienvenido fuera de igual forma, aunque Willa decía que cuando los niños llegaban de hijos de partos múltiples, cabía un buen porcentaje de que el embarazo también lo fuera. Sería muy irónico si fueran dos o tal vez tres.

Lo esperaría para darle mucho amor, le cantaría las canciones de cuna que nunca escuchó ella, y le leería siempre por las noches, y cuando deseara conocer el verdadero futuro de ambos, solo le bastaría con abrazarlo fuerte, besar su mejilla y mirarle directamente a sus ojos. El destino la puso a prueba una vez más, y desde luego, puso de todo su empeño y por esta vez ella le dejó que ganara, alcanzando a Nina al final de cuentas, y mostrándose de acuerdo en que siempre se lo recordaría aquella mirada castaña de la familia Buchanan.

Alec...

Él sin otra cosa, había necesitado tiempo para asimilar la tragedia. La noticia de Brodick le estalló de golpe en el rostro haciéndole sentir culpable, ¿cómo no pudo darse cuenta de quién era en realidad su hermano y lo que había llegado a planificar con su padre?, la pregunta le martilló la mente durante muchos días después, y luego, el orgullo, el amor y su ego se habían quebrantado, cuando se enteró de quien había salido a su rescate, y aceptar que McKinnon había jugado un papel importante y con eso ganado terreno y él no, fue duro. Nina esperaba que fuera él y la defraudó de nuevo. Sabía que no quería verlo, se imaginó su corazón destrozado por una traición a la cual nunca había participado e indudablemente sintió que no se la merecía. Decidió entonces dejarla libre, intentaría por todos los medios olvidarla, y lo vendió todo en la primera mediocre negociación que le ofrecieron, lo último fue la propiedad, y tuvo que ajustarse en ese momento a un presupuesto, y una noche

Robert le soltó de pronto en la taberna, que ella se había ido a América a probar suertes, pero el resto llegó por añadidura así que, decidió poner mar y tierra de por medio yéndose a Irlanda unos meses, pero fue vano.

En realidad, fue un poco más fácil lidiar con la desgracia de su familia que encontrarse completamente sólo, sin un norte definido, sin raíces, sintiéndose que había perdido su identidad, por aquel tiempo bebió tanto que no recordaba los días de mantener su cabeza lo suficientemente erguida y en su sano juicio. Se arrastraba por las tabernas de la isla todas las noches, y terminaban sacándolo cuando ya era muy tarde y miserablemente. Desaliñado, sucio, ya no le importaba si regresaba a la habitación, si comía o se bañaba, en realidad no era para Alec significativo, se merecía aquel castigo por ser más débil de lo que se suponía. Lo desgarrado se lo gritaba el reflejo en el espejo cuando se atrevía a observar lo muy poca cosa en que se había convertido, ¡un Buchanan!, ¡se llevaría todos los demonios con él al maldito infierno de ser necesario!, pero renunciar a ella fue lo más cruel y difícil que había decidido hacer en toda su maldita vida. Cayó arrestado unos días por agresión a un tipo, que tuvo la mala suerte de encontrarse por el camino con su desdicha, pero no resultó ser nada grave así que lo soltaron. Como fuera, tampoco le importaba un cuerno si no lo soltaban, le daba igual estar encerrado o libre en su mazmorra personal. Alec era desdichado e infeliz. Se sentía el peor ser capaz de caminar en toda la maldita faz de la tierra, y en esos momentos recordaba a Nina, amaba a su pequeña fiera y la necesitaba más de lo que alguna vez hubiera imaginado o sentido por alguien o por alguna cosa.

El sol de una mañana soleada le dio de lleno en la cara despertándolo, sintiendo su cabeza pesada y dando vueltas hasta vaciarlo todo encima de la arena a la orilla del mar. Cuando levantó la vista, la gente lo observaba con desprecio, otros con indignación y una niña se acercó para preguntarle si se sentía bien, la niña tenía los ojos azules como el cielo y su aspecto angelical lo desarmó al igual que su cabello rojo.

¿Era acaso alguna estúpida señal? Pero la mirada azul llegó con mucha compasión y lastima. Tenía en los brazos unas caracolas y le obsequio una, la más grande. Dijo que se había dormido en la playa y que seguro cogería un resfriado, que si quería fuera al restaurant que quedaba cerca de allí y era de sus padres, con gusto se los presentaría. También le habló de que debía tomarse una buena sopa y allí ellos la tenían caliente y a buen precio. Alec le agradeció el regalo y sin prometerle nada a ella, se despidieron. Su mirada la acompañó hasta perderse en la inmensidad de sus pensamientos. No podía continuar de esa manera, si algo le debía a la vida era al menos intentarlo.

Regresó a Escocia, y como las noticias en los pueblos se expanden con más lujo de detalles que en los mismos periódicos, así que allí estaba ahora, en el Central Park observándola. Midiendo su tristeza, deseando poder correr hacia ella y abrazarla y estrecharla en sus brazos. Llevarla a algún lugar específico y hacerla suya de nuevo, pero entonces se preguntó ¿quién era él en ese momento?, ¿qué le quedaba?, sino un puñado de culpa, de pena, pero, sobre todo, ya no le quedaba una moneda certera en

su bolsillo. No tenía casa, no tenía tampoco valor. ¿Qué le diría cuando se acercara a ella?, ah sí, le diría: Por cierto, lo lamento tanto, todo lo que sucedió con mi familia y también el hecho de que mi hermano haya sido un demente que te secuestro y quiso abusar de ti, que mi padre halla asesinado a los tuyos a sangre fría, y que yo no fuera capaz de rastrearte para salvarte de Brodick, pero un desconocido sí lo consiguió sin problemas... Ah y gracias por cuidar de nuestro hermoso hijo que llevas adentro mientras yo te abandonaba a tu suerte y tu seguías adelante con el embarazo, pero realmente ahora mismo soy un don nadie, que no tiene nada bueno que ofrecerles ni donde caerse muerto, así que... debes continuar donde estas, porque me lo he bebido todo y no tengo donde y como comenzar una vida con ustedes...

No. Esos desde luego no eran sus planes. Alec salió de las sombras cuando ella caminó dándole la espalda. Envuelta en aquel abrigo negro, con su brillante cabello rojo y suelto cayendo sobre sus hombros hasta llegar a su cintura, sus caderas anchas y su vientre tan crecido como él se habría imaginado. Deseó con desespero poder tocarlo, sentir su calor en la palma de su mano, sentir sus movimientos cuando él le hablara, desnudarla y besarla por completo y besar a su hijo que iba a nacer, deseaba amarla como ella lo había merecido toda su vida. Su hijo... producto del amor que sintieron y que él aun sentía y desde luego, ese no era ni sería un adiós, solo permanecería cerca, cuidándola, dándole tiempo a que se pudiera recuperar del resultado de sus malas decisiones, las de él, y tenía en mente que fuera en un plazo muy reducido. Ya había conseguido un buen trabajo en la ciudad, vivía en un departamento decente y por ahora con eso le bastaba.

Ella era suya, punto y final. Y por amarla la dejaba ir hoy, le otorgó la libertad de que se alejara de él sin saberlo, porque no quería que se agitara, el embarazo ya estaba muy avanzado y una discusión entre los dos era algo inevitable para un próximo encuentro. Las emociones le afectarían tanto a ella como a su hijo, pero de alguna manera durante los días siguientes, Alec se aseguraría de que supiera que él ya estaba allí para ella, y nunca los dejaría marchar... esa era toda su verdad.